



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Viernes 28 de Marzo de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de San Marcos, núm. 33.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoyena, Benavides, Bueno, Boroa, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feliu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorezana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa Olavarría, Olózaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (G.), Rodriguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Serrano Alcázar, Sellés, Saamartin, Trueba, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por D. J. A.—Recuerdos poéticos, por D. Gregorio Romero Larrañaga.—De la libertad de imprenta en Inglaterra.—Sueños.—De la influencia del Cristianismo en las Artes, por D. Emilio Castelar.—Juicio del libro, por D. José Güell y René.—Consideraciones sobre España, por D. A. Ribot y Fonsaré.—Italia, ensayo descriptivo, artístico y político, por D. Joaquín Francisco Pacheco, por D. Francisco Muñoz del Monte.—La desamortización en España, por D. Antonio Ferrer del Rio.—Los ferrocarriles y su administración considerados bajo el punto de vista económico y social, por D. P. C. Calvo Martín.—Luisa Molina, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—El 13 de Junio. Estudios sobre las preocupaciones, por D. Manuel del Palacio.—Teatro de Moratin.—Fragmento de una carta trnducida del francés por M. Hollander, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Sueños.—El génio (poesía), por D. Eusebio Asquerino.—Reclamos.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Tantos y tan importantes son los sucesos políticos ocurridos desde la publicación de nuestra anterior Revista, que al reseñarlos, hemos de ser muy parcos en consideraciones. La índole de ellos es tal, que las hace innecesarias y quizás enojosas; tanta es la gravedad que ofrecen, tan definido y claro es su sentido.

Aceptado por la mayoría de la Asamblea el voto particular del Sr. Primo de Rivera, las sesiones de la Cámara han ido languideciendo progresivamente, notándose solo bastante animación al llegar á su término la debatida é importantísima cuestión de la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico. Entretanto, cuestiones de ferro-carriles, de importancia suma para el país, pues siempre envuelven agios que le cuestan bien caros, pero á las que presta escasísima atención; la discusión monótona y lánguida del proyecto de creación de ochenta batallones francos, aprobado al fin y algunas otras, han entretenido las sesiones de una Asamblea agonizante, muerta, desde el momento en que votó la República y entregó el poder á los federales.

Puesta de nuevo á la orden del día la cuestión de abolición, por todos se creía que de esta vez había de quedar definitivamente resuelta, por hallarse dispuestos á ceder en algunos puntos importantes los partidarios del proyecto presentado por el gabinete Ruiz Zorrilla. Debatida nuevamente la cuestión y en tal estado los ánimos, un admirable discurso del Sr. Castelar dió el resultado práctico y apetecido de que los más avanzados retrocediesen algo, y los más retrógrados avanzasen, votando unánime la Cámara en sustancia el proyecto del

Sr. Gasset como fórmula de transacción aceptable para todos. La noticia se comunicó incontinenti á Puerto-Rico, firmando juntos el telegrama los representantes más caracterizados de ambas tendencias. Tal cabo ha tenido una cuestión en que los ánimos de unos y otros partidarios se han manifestado grandemente enconados, tal fruto ha producido la elocuente palabra de Castelar. Jamás orador alguno ha obtenido triunfo parlamentario más brillante y fecundo. En otro lugar de este número hallarán nuestros lectores la ley.

Todas estas cuestiones han logrado apenas fijar la atención pública, preocupada febrilmente por otras como las de orden público, indisciplina del ejército, ataques á la propiedad, guerra civil y últimos momentos de la agonizante Asamblea nacional.

Todas las miradas se fijaban ansiosas en el poder ejecutivo cuyo jefe tanto había clamado contra la participación de algunas individualidades del partido radical en el gobierno, privado así de libertad en su acción. Homogéneo el gabinete, apoyado por la Asamblea, pronto debía el país tocar la realización de largas y lisonjeras promesas repetidas hasta la saciedad por los apóstoles del federalismo durante cuatro años y medio. Los más prudentes, los que no creían en la magia federal, esperaban sin embargo de la nueva situación reformas que no habían podido plantear los gobiernos de la interinidad y de la monarquía por anteriores compromisos y por fatales circunstancias, reformas que se llevarían á cabo en medio de la agitación propia del estado de cosas, pero á los que estaban obligados los individuos del gobierno por sagrados compromisos, por compromisos de honor, por la más vulgar consecuencia, y hasta por la presión misma de su partido. La Gaceta no ofreciera bastante espacio en sus columnas para contener tanta y tan saludable disposición.

Esto esperaban los menos optimistas. Calcúlese hasta dónde llegaría la esperanza de los más. De estos últimos éramos nosotros, que nos conformábamos á pasar por durísimas pruebas, que hubiésemos visto con ánimo sereno que se lastimaban algunos intereses, que se adoptaban resoluciones enérgicas, siempre dolorosas, pero que semejantes á esas atrevidas operaciones quirúrgicas que hacen temblar al que las presencia, concluyen, sin embargo, por cercenar la materia corrompida, estirpar los humores venenosos y sanar al paciente, próximo á sucumbir. Las decepciones han superado á las ilusiones; terrible cosa es tener que confesarlo. Y no se alegue lo corto del tiempo trascurrido, pues que nada, absolutamente nada hace el gobierno que pueda mantener la esperanza. Dos meses largos de vida cuenta la

República, y nada ha hecho su gobierno, nada indica que piense hacer; le rodean la oscuridad y el silencio de la inacción y la impotencia. Ningun ministro muestra iniciativa, ninguno traduce en decretos su pensamiento, ese pensamiento perfecto, acabado, que sobre todas las necesidades de la patria, sobre todos los abusos que la tienen postrada y exánime, debían haber traído al poder, según creíamos por sus afirmaciones, pues no se concibe un partido tan radical como el que gobierna, tan preparado por una larga oposición, que venga al poder sin programa completo, práctico y realizable desde los primeros momentos. Y si por acaso se nos creyese exagerados, bastará una lijera ojeada sobre los sucesos más importantes que han ocurrido en España desde la publicación del último número de LA AMÉRICA.

Al intentarlo se vuelven las miradas hacia el Norte, donde un partido decrepito, anacrónico ya, se empeña en luchar, y aun espera vencer, contra toda razón histórica, contra toda lógica, contra la elocuencia misma de los hechos y adornándole por única virtud la constancia en medio de mil vicios incurables y repugnantes. En esas provincias, las más venturosas, aunque las más culpables de España, se ha encendido por tercera vez desde la revolución del 68 la guerra civil. El optimismo de nuestros gobernantes nos presentaba la última como un chispazo no más, fácil de apagar en su principio, pero la nulidad de los que habían de ahogarle, ó las circunstancias azarosas en que han vivido los gobiernos, ó la falta de acierto en la aplicación de prontas, oportunas y eficaces medidas han hecho que aquel primer chispazo se convierta, como hoy le contemplamos, en voraz incendio. Pues bien, este prolongado desastre, como otros muchos, iba á ser reparado por los republicanos, que lanzarían al Norte sus belicosas cohortes y darian rápido y completo fin de las hordas carlistas. Y en verdad que era lógico y natural esperar lo así. Pues bien, la insurrección ha crecido, y el encargado de matarla, el general Nouvilas se pasea tranquilo de Pamplona á Estella, y de Estella á Pamplona. Una sola vez ha librado combate formal con las facciones, y más valía que tal no hubiese acaecido.

Vencimos, porque el soldado es siempre valiente, entusiasta, y pródigo de su sangre; pero victoria tan estéril y á tanta costa obtenida, equivale á una derrota. Mas digamos algo del glorioso combate, conocido en todos sus detalles por nuestros lectores; pero que merece se detenga siempre en su reseña todo el que siquiera haya de mencionarle.

Con la paralización de las operaciones se habían envalentonado los carlistas, hasta el punto de situarse el 9 del cor-

riente en las alturas de Monreal (Navarra), en actitud de aguardar el ataque de las columnas, lo cual jamás habían osado en esta insurrección. La posición estaba hábilmente escogida, pues Monreal se halla situado á la derecha de la carretera y dominado por una altura de difícil acceso, que le protege admirablemente contra quien le ataque en la dirección de nuestras columnas. Además, habían cuidado de repararse convenientemente, guarneciendo con tiradores las asperezas del terreno, las cercas, las casas y los muchos puntos desde donde podían ofender impunemente á las tropas obligadas á seguir la carretera, pues los flancos impracticables á causa de las lluvias, impedían desplegar sobre ellos las fuerzas. En tal estado, dispuso el general Nouvilas el ataque de la altura, encomendado al coronel Ibarreta. Al llegar la columna á unos cien metros del enemigo, fue recibida por un mortífero fuego dirigido desde la estensa línea del enemigo, sobre el solo punto de la carretera.

Dichas fuerzas y dos baterías que se le agregaron, no lograron disminuir aquel nutrido fuego, por lo cual dispuso el general que dos compañías se dirigieran á la cumbre, á fin de ganar así la izquierda del enemigo y apoyar la derecha en aquella posición que domina al pueblo, cuya operación ejecutaron con gran bravura, obligándole á abandonar su punto principal, y á intentar dos ataques á la bayoneta, con objeto de envolver nuestra izquierda por la carretera; pero ambos fueron rechazados por la caballería. Reforzadas las compañías se habían ganado la altura, y dispuesto un ataque general á la bayoneta, quedó desalojado el enemigo y en completa fuga. Las tropas que han llevado á cabo tan glorioso hecho de armas, se reducen al batallón cazadores de Puerto-Rico, dos compañías de Guadalajara, dos baterías de montaña y ochenta caballos de Pavía y Numancia, en total unos 600 hombres, contra cerca de tres mil, mandados por Olo, Dorregaray, Pélula y otros jefes. Debemos consagrar aquí un recuerdo á la memoria del bravo y entendido coronel Ibarreta, que mandó la vanguardia en el primer ataque, y que cayó muerto al ejecutarle bizarramente. Era un jefe de grandes esperanzas y muy amado de cuantos le conocían. Las tropas habían marchado ocho leguas sin racionarse, sobrándoles ánimo, sin embargo, para la empresa, que tan heroicamente realizaron, aunque á costa de sensibles pérdidas y escasos frutos.

La fama militar del general Nouvilas ha perdido no poco en este encuentro, pues se le hacen cargos de importancia por su manera de dirigir la acción, cargos que no ha desvanecido luego con pruebas de mayor pericia, él, que tanto

ha criticado la conducta de los que le precedieron en el mando.

El combate de Monreal ha sido el único suceso de importancia ocurrido en el Norte.

Las facciones, cada día más alentadas, numerosas y pertrechadas, entran y salen en los pueblos, imponen gruesas contribuciones, se apoderan de la correspondencia, y llevan a cabo todo género de violencias y de crímenes. Entre estos merece mención especial el último cometido por el feroz cura Santa Cruz. El express procedente de Madrid descarriló el 13 en las inmediaciones del puente de Castrieta de Villafranca, donde los carlistas habían inutilizado la vía con tal objeto. Una vez conseguido esto, rompieron el fuego sobre los atribulados viajeros, resultando muertos el fogonero, maquinista y dos guarda-frenos: Treinta soldados que iban en el tren se arrojaron sobre los carlistas, que fueron dispersados luego por una compañía de la Constitución y otra de carabineros que acudieron al oír los disparos.

En Cataluña siguen interrumpidas las operaciones a causa del estado de disciplina en que se halla el ejército, dedicado a hacer política en las calles, a perturbar más hondamente aun el país, y a destruir su propia organización. A todo ello le ayuda eficazmente el general en jefe, Sr. Contreras, que no se ocupa en cumplir su verdadera misión, sino en recorrer clubs y plazas públicas, rodeado de un enjambre de agitadores paisanos y militares, induciendo con tal ejemplo a la rebelión a los que hasta hoy fueron modelos de valor y subordinación. El soldado arroja el ros y se cala el gorro frigio, abandona las filas, vitorea a la federal, y se niega a marchar y a batirse, caso nunca visto hasta hoy en el ejército. Si los oficiales se empeñan en traerle al camino de la obediencia y el honor, vuelve sus armas contra ellos, y así hemos visto arrojados de aquel ejército más de cuatrocientos oficiales.

La diputación provincial de Barcelona, presa de una verdadera fiebre de federalismo y desorganización, decreta la disolución del ejército, y entretanto se encarga de dirigirlo con beneplácito del general Contreras. De todo ello resulta tal anarquía, que el presidente del Poder Ejecutivo Sr. Figueras se ha creído en el caso de marchar a Cataluña con intento de cortar el mal. El remedio ha sido de escasa eficacia.

El Sr. Figueras ha sucumbido ante la diputación y los clubs, árbitros y señores hoy, y el que iba a combatirlos ó a persuadirlos al menos del mal que causaban a España y a la República, ha tenido que ceder ante ellos, aunque sin confesarlo en sus partes, muy lisonjeros por cierto.

En el resto de España hay provincias que permanecen pacíficas, más otras están ofreciendo bien tristes ejemplos. La de Badajoz se ha propuesto cambiar la forma y estado actual de la propiedad. En Fregenal, Burguillos, Jerez de los Caballeros, Feria, Zafra y otros puntos, numerosos grupos de paisanos armados han derribado las cercas de las fincas, talado plantaciones y repartido las tierras al grito de ¡viva la República federal! En Málaga, son invadidos los cuarteles y desarmados y disueltos los batallones de Reina y Africa, cuyos fusiles han empunado los Voluntarios. Los carabineros han sufrido igual tratamiento, y la capital se ha declarado de hecho independiente y manifestado su resolución de no admitir en toda la provincia fuerza armada alguna. Así resulta que el contrabando se hace en medio del día, y el gobierno reside en un grupo de Voluntarios federales. Con razón, pues, se llama a Málaga la Independiente.

Estos acontecimientos y la debilidad del gobierno han llevado a los ánimos una gran desconfianza que el gobierno no logra desvanecer a pesar de negarles con el mayor desenfado toda su grave importancia.

La Asamblea, por su parte, no ofrece tampoco garantías de influencia en el mejoramiento de los negocios públicos, pero hallándose ya herida de muerte, sus debates, ó se arrastran fríos y sin importancia, ó revisten un carácter de enconado personalismo. Así se ha visto la renovación de la mesa, causa otras veces de grande animación, realizarse sin combate a pesar de la composición de la Cámara, quedando elegido Presidente el Sr. D. Francisco Salmeron.

Semejante estado no produce la desconfianza solo en nosotros. Europa mira con atención poco lisonjera para nosotros el camino que toman nuestros asuntos, y lejos de mostrarse dispuesta a reconocer el nuevo estado de cosas, se encierra en la más fina reserva, ó manifiesta abiertamente sus preocupaciones por nuestros males, que teme sean contagiosos.

Como si tantas desventuras no fuesen bastantes para abatir al asendereado gobierno, gran número de sus mismos amigos se encarga del resto. Los intransigentes lo exigen todo, lo perturban todo, y tienen al Poder ejecutivo en situación bien triste, pues ni sabe ni puede satisfacer a las dos tendencias que le combaten. El manifiesto dado al país el día 27 revela de una manera harto clara su vacilación, su temor, su miedo a confesar la triste verdad.

Lejos de abordar resueltamente las cuestiones palpitantes, de manifestar su opinión y su conducta respecto a la insurrección carlista, indisciplina del ejército, ataques a la propiedad, fermentación de la levadura demagógica y otras, el documento trata solo, y bajo un criterio optimista, de la insurrección, sobre la cual nada dice que no sea sabido. Para consuelo de la Nación, manifiesta que se ocupa activamente del armamento de los Voluntarios de la República, y calla acerca de sus medidas sobre los puntos que suponíamos había de tratar.

Como habrán podido ver nuestros lectores no pecábamos de exagerados cuando al comenzar esta revista les manifestamos que los sucesos de la quincena eran de tal magnitud é importancia, que hacían inútiles y aun enfadosos los comentarios.

Quiera el cielo que los de la próxima se presten más a la discusión y al comentario, pues será señal cierta y venturosa, de que no han sido tantos, ni de tan triste gravedad.

J. A.

RECUERDOS POÉTICOS.

Al terminar el mes de Mayo, que generalmente se llama mes de las flores, no hemos sabido resistir al deseo de consagrar otro artículo a estas hermosas hijas de la luz, de la tierra y del rocío, para justificar más claramente la natural inclinación con que las mujeres las miran, y el singular entusiasmo con que los poetas las celebran.

A la verdad que solo en su compañía deberían meditar los filósofos, los artistas y los hombres de genio, para que estuviesen sus ideas al lado de sus imágenes.

Si tratásemos de remontarnos a los primeros tiempos de la historia del mundo, encontraríamos que la poesía es casi tan antigua como él.

No entraremos en curiosos pormenores para averiguar si la música fue la madre de la poesía, ó si esta dió origen a la primera, puesto que tan naturalmente se concibe que, ó el eco armonioso de los primeros versos indicó la modulación del canto, ó que las sencillas canciones de los pueblos primitivos despertaron el deseo de componer palabras que, ajustadas a ciertas pausas y determinadas cadencias, produjeron una melodía semejante a los sonidos musicales. Es indudable que a la poesía y a la música se las encuentra siempre íntima y cariñosamente unidas, como dos hermanas, de cuya unión ha resultado sin duda la armonía de los universos.

El rumor de los torrentes pudo inspirar la primitiva idea del canto a los rudos salvajes, y el rumor de las flores y el estruendo de sus bosques agitados por el huracán, serían tal vez los primeros sonidos que imitarían instintivamente; de modo que en medio de sus selvas, bajo las ramas que entonces servían para formar sus aduares y las aras de sus dioses, recreándose con el perfume de las flores que les rodeaban, fue como concibieron la música y la poesía, entre el murmullo de las hojas y con el canto de las aves, compañeras de sus peregrinaciones.

Esto nos persuade, como antes lo hemos indicado, que las canciones poéticas son tan antiguas como los pueblos; hijas de sus trabajos, consuelo de sus grandes infortunios. Ya son la súplica de una tribu vencida; ya el himno de un país ba-

tallador; ya el grito de un ejército poderoso; ya la maldición de una horda proscrita; ya la blasfemia de una secta fanática; ya la súplica de una nación creyente. Ella ha asistido a los triunfos de los héroes dominadores; ella ha derramado lágrimas sobre los escombros de los imperios que han dejado de ser: ha despojado de su falso atavío al vicio sublimado y no por eso menos vil; y ha rendido alabanzas y loores al honor y a las virtudes. En fin, ella es la primera inspiración del alma, llegando a considerarla Platon como un ay espontáneo é irresistible del espíritu cuando anhela descanso.

Los versos más antiguos de que tengo noticia nos vinieron de la Arcadia. Thesalia fue el país privilegiado en que los griegos suponían el alcázar de las Musas; la Grecia, el suelo nativo de las canciones, y el primer cantor Anacreonte; su cuna la soledad de los campos y la compañía de las flores.

Desde el viejo memorable de Cors, que recorrió de villa en villa la antigua Grecia recitando aquella estensa y prodigiosa canción de la Iliada, de la cual, según un estimable poeta épico, tuvieron origen las grandes artes que florecieron en Atenas y en Roma, desde el divino Homero hasta el último de los vates modernos, todos los poetas han consagrado a las flores un culto tiernísimo y más de un recuerdo en sus brillantes inspiraciones.

Así es que desde el tristísimo cantor sagrado que iba a suspirar sus lamentaciones religiosas a la sombra de los olivos en los campos de Jerusalem, y del Rey, inspirado profeta de que nos hacen mención las escrituras bíblicas, hasta los apasionados poetas del Oriente, y los entusiastas trovadores de la Provenza, y los sombríos bardos de la Scandinavia, y los Menestres ingleses, todos las han rendido igual tributo de adoración sencilla, y todos han procurado embellecer sus composiciones, ya sublimes y de alta entonación, ya delicadas y de sentimiento, con las imágenes que les ofrecían las admirables flores a cuya pureza, frescura, suavidad, colorido y perfumes comparaban la belleza de sus vírgenes, la idealidad de sus ángeles, la ternura de sus afectos, la felicidad de sus amores, la dulzura de su esperanza. En ellas simbolizaron todas las pasiones dignas, todos los sentimientos delicados, todos los sueños deslumbradores del genio creador y poderoso, y nunca supieron agotar el fecundo tesoro que derramaba abundantemente a sus plantas la naturaleza, inagotable en sus frutos. El lenguaje de las flores, sobre cuyo asunto se han escrito tantos y tan bellos libros, justifica lo que decimos.

Los cancioneros de la corte de Augusto, Virgilio y Horacio, a los que siguieron Ovidio, Tibulo y Propercio, é imitación de lo que había hecho Anacreonte en Atenas, introdujeron las flores en sus banquetes, considerando sus perfumes como los escitantes más poderosos. Sin duda por esta razón se representa a Venus constantemente entre nubes de aromas, y por eso recelaría Perseo que pasease su amada por los jardines solitarios cubiertos de flores. Filósofos hay de la antigüedad que colocan el alma en la nariz, para percibir más pronto los perfumes; y aun cuando este sea una exageración pueril, creemos que no vá descominado Diderot cuando llama al olfato el más voluptuoso de los sentidos. El incienso de los altares, dice un eminente escritor favorece al recogimiento religioso, del mismo modo que el olor de los valles escita a una dulce melancolía.

Los aromas de las flores, según cuentan, predisponían a Mahoma para las inspiraciones y éxtasis extraordinarios que requería el importante papel que representaba entre sus adeptos, y leyendo la historia no es fácil olvidar la grandiosa catástrofe de los tres millones de combatientes a quienes derrotaron los pueblecillos más miserables de la Grecia, y nos figuramos ver al poderoso Xerjes recogiendo plantas y arbustos oloríficos y quemándolos en el puente de Helesponto, para conseguir con el efecto de sus perfumes la victoria que habría alcanzado con las armas. Y al mismo tiempo que esto sucedía y que Xerjes se utilizaba de este sencillo y misterioso auxiliar para su triunfo, otra pobre planta servía para sonrojar al gran conquistador Alejandro. Este, acostumbrado a renovar a su antojo pueblos enteros, trasladándolos a apartadas comarcas, no

pudo trasplantar una sola raíz de yedra para acimatarla en el suelo de Babilonia. Impotente esfuerzo de la humanidad que contrasta con el inmenso poder del Hacedor supremo. ¡El mayor héroe del mundo vencido por una yedra de las ruinas! Y no debe olvidarse que Alejandro puso en conseguir su deseo un obstinado y constante empeño, porque, según Plutarco, trataba de representar en Babilonia el papel del dios Baco con todos sus atributos.

Pero dejando aparte las consideraciones históricas, ¿puede nadie desconocerla íntima relación que tienen las flores con las bellas artes, y por lo tanto lo justificada que está la preferencia con que sus apasionados las estiman? ¿Quiénes serán los que no tengan alguna noticia del eminente pintor holandés, el cual no acertando a dar un bello colorido, de efecto combinado, a un grupo de tres figuras que tenía que pintar vestidas todas de blanco, halló resuelta su dificultad, y desvanecido el recelo que le retraía, observando en un montecillo, debajo de un álamo copudo los diversos matices blancos que ostentaban unas flores silvestres? ¿Y a la verdad, los blancos del lirio, los de la margarita, los de la anémona, narcisos y jacintos, no ofrecen mil variadas tintas, y proporcionan admirables modelos que estudiar a los artistas observadores? ¿Todos los demás colores, con especialidad, no tienen en mil y mil macetas infinidad de graduadas tintas y de variados tornasoles, que son un album atural y precioso en donde la naturaleza ha regalado a las artes lecciones sublimes, en los sencillos modelos que les presenta?

Si de la pintura pasamos a la arquitectura, la caprichosa configuración y plegado de las hojas, ¿no ha servido en más de una ocasión de modelo a sus dibujos? ¿La palma no la enriquece en sus adornos? La flor de Acanto ha dado origen a un magnífico decorado arquitectónico, y en un artículo en que se refieren algunos detalles de las flores, no nos atrevemos a dejar de narrar la poética historia de este suceso.

En una provincia del Mediodía, se amaban con reciproca ternura dos jóvenes, a quienes la suerte negó el consuelo de vivir enlazados. El amante sucumbió en el campo de batalla; su prometida no resistió al dolor de una separación eterna, y murió también. Se la erigió una modesta tumba entre las flores del valle: una tarde paseándose Calimaco, el arquitecto, se acercó a la losa fúnebre que cubría los restos de la enamorada joven, pero se detuvo para contemplar un lindo canastillo que contenía preciosas flores campestres y un velo de desposada, ofrenda cariñosa que una nodriza leal había colocado junto a la pobre sepultura de su hija adoptiva. El canastillo cubierto, con un pañuelo, se hallaba eslocado junto a la planta de un Acanto, y sus flores rodeándose a los mimbres, y entrelazadas con ellos no pudiendo crecer con libertad, porque las oprimía la tela que servía para cubrirle, se plegaron por su estrechura enroscando caprichosamente las puntas de sus hojas. Calimaco, sorprendido de tan vistoso conjunto, y contemplando con detenimiento aquel magnífico decorado campestre, ideó allí mismo y trazó despues el chapitel de la columna corintia, tal como hoy día le admiramos.

Pero nos detendremos en más pormenores; creemos que no en vano han sobresalido por la escelencia de sus obras los artistas que han habitado al lado de tan inspiradoras imágenes.

Desde el sombrío Miguel Angel, recorriendo los vergeles de Italia, hasta el divino Rafael penetrando de incógnito en sus valles y copiando bajo los toldos de siempre vivas los rostros de las napolitanas, de cuyas facciones se inspiraba para sus vírgenes, todos han vivido entre ellas.

¿El famoso Dominiquino, no construyó un soberbio palacio para el cardenal Aldrovani en Frascati, convirtiéndose en jardinero, y arreglando él por su mano el parque, las alamedas, las caídas de agua y los invernáculos y terraplenes para las macetas más estimadas? ¿La mayor parte de los pintores y escultores de Florencia y Mantua, no hicieron lo mismo con otros muchos personajes notables? ¿No existe aun la casa de campo del cardenal Sechetti, obra insigne por su fábrica, por sus jardines y florestas, debidas al gran Pedro de Cortona? Pedro

Brengel y Félix Meyer, el uno por las montañas del Tiro, el otro por las cumbres de los Alpes, pasaron su vida entera, espionando, por decirlo así, a la naturaleza a todas horas, en todas sus épocas, para reproducir sus cuadros naturales y prodigiosos en lienzos igualmente admirables. En una palabra, el primero acaso de los paisistas; el inmortal Pusiño, tenía a la vez cuatro casas de campo, de las que no salió más que para el sepulcro. Una en Frascati la risueña; dos en las alturas de Roma y otra en la pintoresca Tiboli.

En cuanto a la influencia que ejercen las flores en el ánimo de los poetas, está de todo punto reconocida: la naturaleza inclina a los hombres, al cultivo de las plantas que recrean sus ojos y enamoran sus sentidos; de aquí el afán de reunir las y el origen de los jardines.

Los antiguos pensiles de Babilonia son acaso los primeros que se recuerdan, y tan celebrados por su magnificencia como por haber descrito sus maravillas las elegantes plumas de Diodoro y Strabon.

Sin embargo, se debe poner en duda la parte fantástica de la construcción acerca de aquellos verjeles, que no han merecido al historiador Herodoto ni una leve mención, siendo así que con tanta prolijidad y estudio refirió todas las grandezas de ciudad tan notable. Acaso serían montañas cortadas, esmaltadas de flores, coronadas de árboles, y simétricamente divididas en terraplenes, pues la novedad y extrañeza de esta invención pudo ser bastante para fascinar a los crédulos babilonios.

En la mayor parte del Oriente, en el Asia y en el África sobre todo, los jardines son rudos y naturales; la copia de plantas y variedad de arbustos que brotan de aquella tierra abrasada, inunda espaciosa llanuras. Mahoma elevaba su espíritu entre los perfumes, como ya hemos indicado; la felicidad que promete a sus adoradores, está representada bajo la sombra de un árbol inmensamente populoso, entre cuyo ramaje las prometidas Huris se columpiaban muellemente. Las almas de los poetas, retiradas en la glotis de ciertas aves extrañas, revolotean sobre el árbol de la dicha, y acompañan los coros divinos. De modo que a la felicidad se la coloca sobre unas hojas.

Hasta en la muerte, si hemos de dar crédito a los viajeros, y entre ellos hay alguno que le merece ciertamente, las tribus de las costas africanas entierran a los poetas y a los músicos en los baobales, árboles gigantes de los que se alimentan los negros del Senegal, y con cuyo jugo se curan las fiebres malignas. En la Abisinia, se eligen los troncos que están ya abiertos, y aquel hueco se considera un sarcófago estrecho pero honroso, una breve tumba privilegiada, y allí se los sepulta. En todo el hombre unido a las flores y a los árboles.

Los jardines persas son de gran nombradía. Los aman con tanto esceso que los llaman sus Paraísos. Ciro el Grande poseía uno magnífico en Sardas en la Lidia, y Xenofonte encarece sus maravillas.

Los griegos, teniendo un suelo privilegiado, naturalmente han sobresalido en este ramo, sin embargo de las sangrientas luchas que han cubierto de sangre sus hermosas campiñas; pero para reconocer su importancia nos basta el testimonio de Homero cuando canta los del rey Alcino.

En Roma fué donde se singularizaron por sus jardines. Sus poetas han referido todos los encantos de la naturaleza les prodigaba. Allí, exclamaba Plantio el cónsul, que no había vivido sino los nueve años que había habitado su granja de Tiboli. El gran Ciceron llamaba al campo su academia. Cayo Mário, a quien por excelencia se denominaba el amigo de Augusto, se dedicó a propagar el conocimiento de las plantas, y se envanecía de haber enseñado el cultivo de las flores. Su vida acabó dulcemente entre ellas, sonriendo a la muerte, que le sorprendía escribiendo las útiles lecciones de agricultura, que con tanto elogio cita Collumella.

¿Cuál sería el aspecto de aquella memorable ciudad de palacios y de verjeles? No se os representan las de Cayo y Lucio, hijos adoptivos de Augusto, situados en las colinas que daban frente a los de Domicia, posteriormente llamados jardines de Comodo, cerca de la casa de Laterano, hoy San Juan de Letran? Yo aun

distingo los árboles del de Mecenas, y los de la casa dorada de Neron compitiendo con los de Agrippina. Allí los de Lamien tan queridos de Caligula; aquí los de Tarquino; por este lado los del César junto al Tiber; por aquel los de Eleogábalo junto a la puerta Nervia; más allá los de Agripa lindando con el Panteon, ambos legados al pueblo como herencia.

Dirigid, por último, los ojos hacia aquel extremo de la ciudad donde debió levantarse un día la puerta Salara sobre el monte Quirino, y acaso distinguireis la vaga sombra del famoso historiador, recorriendo lentamente las oscuras alamedas que a su sombra y entre cuyos rumores escribía. Observad bien, y reconoceréis al inmortal Salustio en sus jardines, y al alejaros de Roma no dejéis de mirar al monte Plucio y a sus contornos, para que tengáis una idea de las quintas pintorescas que Horacio y Quintiliano, Propertio, Catulo y otros ciento han immortalizado en sus obras. Y a la caída de la tarde, cuando el crepúsculo confunde ya las torres, los bosques y las colinas, retened el paso y dad sentido a las voces del viento murmurador, y creéis que os relata los versos de Juvenal ponderando aquel suelo delicioso, y repetiréis las bucólicas de Virgilio, y las endechas de Tibulo, y los tristes de Ovidio, cuando paseis rozando con las tapias de los retirados verjeles, en que suspiraban sus dulcísimas canciones, bellas como las macetas que le rodeaban, delicadas como sus perfumes, inmortales como la flor que se renueva todas las primavera. Entonces comprenderéis por qué se admiraba Marcial de que Curcio pudiera morir entre tantos jardines!

Si siguiésemos, aunque de ligero, las épocas del decaimiento y progresos de la poesía, la veríamos enmudecer en esta misma Roma, cuando la austeridad del cristianismo se opuso a la excesiva libertad de estos escritos impregnados de imágenes en demasía licenciosas.

Cuatrocientos años de fanáticas contiendas desfiguraron la lengua romana é impidieron sus adelantos, hasta que de sus restos se formaron las tres que hoy se cultivan en la moderna Europa. El italiano, el francés y el español. Y por este tiempo, en Provenza, que podemos llamar la Grecia moderna, fué cuando renació el espíritu poético, y entre flores recibió su desarrollo y cultivo, viniéndose fácilmente a nuestra memoria la casa de campo rodeada de jardines en donde se reunían los juglares y trovadores de todos los países. El rey artista, el bondadoso René, protector de los ingenios y de las artes, eternizó esta época, denominando a unos claveles especiales, y a ciertas margaritas, claveles y margaritas del poeta, cuyo nombre aun conservan.

En la Europa moderna subsiste igual esmero por el cultivo de las flores.

En Alemania poseen suntuosos parques, en los que sobresale la elegancia y el buen gusto más esquisito, reflejándose en la armonía y sencillez con que se observan plantadas la natural bondad y ordenadas costumbres de sus hospitalarios cultivadores.

Los ingleses han llegado a reunir en sus jardines la mayor simetría y riqueza combinadas con los naturales hechizos de una vegetación rústica y sencilla. El oro se derrama en aquellos plantales a manos llenas, y nada les parece bastante para enriquecerlos. El parque de Wentworth, el de Dumcombe, el de Hagley, son magníficos. En este último, sobre una colina pintoresca, se eleva un bellissimo pabellon octógono consagrado a la memoria de Thompson, del célebre autor de las Cuatro Estaciones, poema que se escribió en aquel sitio porque el poeta no acertaba a inspirarse más que entre flores.

Los jardines de Holanda son riquísimos por la variedad y extrañeza de sus vegetales y plantas exóticas, conteniendo cuantas flores rarísimas se conocen, habiendo conseguido sus industriosos moradores aclimatarlas en su país a fuerza de desvelos y de paciencia. Hay una población en la que los tulipanes bastan para producir el pago de las contribuciones que pesan sobre ella; y en 1637, a beneficio de la Casa-hospicio de huérfanos, se vendieron ciento treinta tulipanes con sus renuevos en la enorme suma de nueve mil florines.

En Escocia está algo más descuidado

su suelo, y únicamente la clase ilustrada tiene quintas de recreo. Jonnson, que tanto amaba las flores, se lamenta de los escoceses porque dice: que allí se ignora lo que es ponerse a cubierto de los rayos del sol. Sin embargo, a los alrededores de Edimburgo hay bonitas casas de campo, y aun en muchos puntos de Irlanda se cultivan las flores con inteligencia y esmero.

En la Italia moderna, no necesitamos decirlo. Desde Lorenzo de Médicis, que plantó el primer jardín que puso orgullosa a Florencia, hasta Nico Rucelli que construyó otros magníficos, punto de reunión de los sabios de Europa, y sitio en que celebró sus sesiones la Academia Platónica, hasta Cosme de Médicis, el primero que le compró con el palacio Pitti, y la célebre Leonor, su esposa, que con Clemencia instituyó los juegos florales, asunto del que tampoco nos ocupamos por ser tan conocido, la Italia se puede decir que es toda un vergel inmenso y delicioso.

La España apenas cuenta verdaderos jardines, siendo su tierra y su cielo envidiados del universo.

Será coincidencia casual, pero en los cortos viajes que hemos hecho por el extranjero, casi siempre el nombre de un árbol, de una planta oscura, de una flor olvidada, nos han hecho recordar a los poetas eminentes.

Recuerdo que observaba yo un moral que servía de emparrado a las ventanas de mi hotel, cuando una exclamación del dueño me hizo pensar en el autor de Hamlet. «Este no vale lo que el moral del poeta.»

Sus palabras me recordaron que el célebre Shakespeare plantó un moral por su misma mano en Warwick-Shere. Hasta el año de 1759 se conservó con particular respeto, pero M. Castrell, ministro protestante, profanó aquella memoria, y cuando compró la propiedad de Newplace lo derribó por tierra. Aquel árbol produjo una revolución en Strafot, que honra al escritor de Maché: aquel árbol hizo después la fortuna de un relojero que se propuso fabricar de su madera cajas de tabaco, que le arrebataron los compradores para derramarlas por el mundo. En Strafot solo enseñan la casa del poeta y el sitio en que crecía el moral; después os conducen a la iglesia, y allí sobre la losa fúnebre, vais al grande hombre escribiendo su mismo epitafio. Dice así: *Amigo, por amor de Jesus, no levantes el polvo que aquí se encierra. Bendito sea el que respeta esta piedra, y maldito el que desparza mis huesos.*

Un naranjo advierte al que atraviesa por las cercanías de Argua, a nueve millas de Pádua, en uno de los valles que franquean los Alpes de Enganucen, que allí hay otra tumba gloriosa. El olor del azahar recuerda la ternura del trovador cautivo: Torcuato Tasso no morirá nunca mientras exista este árbol benéfico. Lord Byron, antes de partir a Grecia, para morir entre sus esforzados héroes, escribió en la corteza de su tronco.

Reducido es el número de personas que conoce por sus escritos al fabulista por excelencia de la Alemania, pero si cruzasen por Leipsic, les sería imposible olvidar el nombre de Gellert. Macetas de tulipanes, lirios y madreselvas coronan la última morada del justamente llamado el padre de las gracias alemanas. En un medallón de la fábrica leímos: «Gellerts Audenken a la memoria de Gellert.»

¿Quién en Italia al pasar por delante de la iglesia de I. Fiori, para que hasta el nombre las recuerde, no vé la piedra a donde iba a sentarse el Dante, cuando trazaba las páginas de aquel infierno prodigioso a cuyas puertas quedaba la esperanza?

Shenstone, el escritor célebre, consagró otro sepulcro a Virgilio en las playas del golfo napolitano, y un laurel es el que señala a los gondoleros la tumba, aunque modesta, esclarecida. Y recorriendo aquellas comarcas, no las abandonaréis sin que antes os hayan enseñado los jardines del autor de Orlando el furioso. Os detallan las flores que él prefería, el cultivo que las daba; porque Ariosto era un verdadero naturalista, y plantaba y podaba los arbustos, y herborizaba con sus vegetales, y amaba con delirio las flores que debían recompensar prodigamente su cariño.

Kant, el filósofo, no acertaba a escribir sus profundas lecciones, desde que echaron por tierra el árbol bajo cuya

sombra meditaba, y él mismo añadía, «que era deudor del buen gusto y armonía que se admiraba en su jardín, a la lectura de las hermosas descripciones de Spencer, y de la naturalidad de sus escritos, a la sencillez de las flores que contemplaba.»

Spencer, a quien elogia Kant, no salía del parque de Kilcolman, y en sus sombríos, compuso el célebre poema de la Reina de las hadas (Jairi-Queen).

Pope mandó construir en Twickenham una gruta de sauces y flores, y la celebró en sus cantos. A nueve millas del castillo de Windsor, cerca de la Aldea de Binfield, hemos visto una haya herida del rayo; y aquel tronco cicatrizado immortaliza la memoria de este poeta. Se conoce en toda Inglaterra por el árbol de Pepe. Está lleno de inscripciones; entre ellas hay una de lady Gower, notable por su espresiva sencillez: «Her Pope sung.» Cuando niño, era débil y enfermizo, y solo entre las flores se sentía animado. A los doce años compuso su oda a la soledad bajo aquella haya protectora; y después abandonó con pesar inconsolable su sombra, para hacérsela con sus escritos a los primeros ingenios de Inglaterra, Addison, Gay Stael y otros. Sus inspiradoras fueron las flores.

La Francia debe a Rouseau la primera aurora que amaneció para sus jardines. Del lastimoso estado a que le habían reducido sus ardientes pasiones, buscó el consuelo en el campo. El marqués de Girardin plantó en Ermonville a diez leguas cortas de París, un hermoso parque en donde reposa el autor de *Eloisa y Abelardo* en medio de flores, cubierto el túmulo del musgo benéfico que él tanto encarecía, y en cuya yerba simbolizó el amor maternal.

En nuestra patria no hay recuerdos para los artistas ni el poeta. Garcilaso es deudor a las flores de sus mejores églogas: Boscan de sus más tiernas ideas, Lope de Vega del pensamiento de su Arcadia, soñada entre los cigarrales de Toledo: todos los poetas las han encarecido, todos las deben sus más delicados conceptos, todos las hacen justicia. Pero debemos terminar para no hacernos molestos.

No nos ha sido dado en un artículo hacer ni una imperfecta reseña de mil ideas que hubieran dado mayor enlace é importancia a estas líneas; nos limitamos por lo tanto a consignar al terminirlas, que desde D. Juan el II apenas se conoce un solo poeta que no haya rendido culto cariñoso a las flores, con cuyas imágenes han engalanado sus escritos. La historia solo de las guirnaldas y coronas con que se premiaba a los artistas bastaría para escribir un libro.

Desde los poemas latinos del jesuita Rapin, hasta los de Monsieur Fontanes en francés, escritores de toda Europa han tenido singular empeño en celebrarlas; y Owen, Cowley Buchanan que tanto han sobresalido en sus elogios, y M. Darvius en su libro de los Amores de las plantas, nos han dado un testimonio de que las consideraban, no como un asunto trivial, sino como objetos de importancia verdadera. En Alemania se conocen libros profundos y de inestimable mérito sobre las flores: en inglés hay colecciones preciosas. Una flor ha bastado para conquistar una reputación merecida. E. Constant es célebre por unas breves páginas que las ha dedicado. Dubois es conocido como poeta de primer orden por varios idilios en que las canta.

Yo solo aspiraría a que mi nombre se recordase en alguna; en la modesta yerba de azules florecillas que se llama el romero; que disculpa tiene mi humilde anhelo cuando tanto se envanecían las ilustres familias de la antigüedad con llevar el nombre de algunas plantas sencillas y el mismo Plinio se creía ennoblecido y contaba como uno de sus títulos más gloriosos el que se denominase con el nombre de Pliniano una de las ocho clases de cerezos en que se dividen las especies de este árbol lino y fructífero: é igual distinción creían haber merecido los hombres célebres que se denominaban Léntulos, Fabios y Cicerones. Si yo prefiero como Bernardino de Saint-Pierre, en lugar de un monumento que el tiempo destruye y el polvo hace desaparecer, ver eternizada mi memoria por una flor, que aunque de escasa vida, todos los años se reproduce, y en la estación primaveral recordaría al pueblo agradablemente mi memoria.

Amemos, pues, el campo y los maravillosos frutos que produce para nuestro recreo; reconozcamos su importancia y su utilidad, reflexionando que sin los frutos de la tierra careceríamos de todo hasta del aire puro que respiramos, y que las flores purifican.

¿Porque llamaban los griegos á Ceres la Diosa legisladora? Porque los primitivos preceptos de moral y de engrandecimiento provienen del cultivo de la tierra. Y preciso es confesar que las primeras semillas de la civilización de un gran pueblo deben su origen á las plantas y á las flores, siendo, como es innegable, que sus primeras leyes nacieron de su agricultura.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA EN INGLATERRA.

I.

La libertad de imprenta, este elemento vital de todas las naciones civilizadas, ha producido do quiera, combates empeñados, antes que se lograra la dicha de alcanzarla y plantearla. También la Gran-Bretaña, este terreno propicio á toda clase de libertades, ha luchado mucho tiempo antes de que fuera lo que es en el día. Constituye, pues, el origen de la libre prensa en Inglaterra uno de los capítulos mas interesantes de la historia nacional.

Con colores muy atractivos nos la pinta Macaulay en la continuación de su historia de Inglaterra. (1) Aun cuando hasta el año de 1695, época en que el rey Guillermo se apoderó de Nanneur y Russell, bloqueó la flota francesa en Tolon, no habían todavía visto la luz pública los primeros periódicos; habiéndose estos, sin embargo, ya dos años abierto el camino de la publicidad, debido á la imperturbable actividad literaria de Charles Blount, el cual empujó una lucha hábil y sin tregua contra el censor Bohun. La narración que nos pone de manifiesto el conato y las tendencias de Blount, tal como la refiere Macaulay, es sumamente interesante. Dejémosle, pues, hablar á él mismo.

«Vivia entonces en la ciudad un hombre descendiente de buena familia, llamado Charles Blount, bastante instruido y dotado de algun talento literario. En cuanto á sus principios políticos, perteneció á la fracción extrema del partido *wigh*. En la época del *bill* de exclusiones, fue uno de los más intrépidos campeones de Shaftesbury, y habia, bajo el nombre de Junio Bruto, encarecido las virtudes y los servicios públicos de Tito Oates, y escitado á los protestantes de tomar venganza en los papistas por el incendio de Londres y la muerte violenta dada á Godofredo.

Lo que concierne á las controversias teológicas que entonces estuvieron muy á la orden del día entre protestantes y papistas, mantúvose Blount de todo punto imparcial. Pertenecía al número de los escépticos, y era el jefe de un partido, hártamente reducido, de incrédulos, atormentados de un frenesí irresistible de hacer prosélitos. Tradujo del latín una parte de la *Vida de Apolonio de Tiana*, estampando observaciones adicionales, que por su poco fundamento y por su impiedad, produjeron la más severa crítica de un escéptico de otra especie, á saber: el célebre Bayle. Blount atacó el cristianismo en varias obras originales suyas, ó que al menos las declaraba como tales, pues en el fondo no fue Blount otra cosa que uno de los mas osados filibusteros literarios, copiando sin aprensión algunas páginas enteras de obras ya publicadas.

«A pesar de que Blount adolecía de faltas de consideración, no podemos negarle por otra parte el alto aprecio á que se hizo acreedor por haber contribuido tan esencialmente á destruir las trabas á las que estaba sujeta la prensa inglesa, iniciando la lucha contra la censura y los censores. Las hostilidades fueron inauguradas con una obra que se publicó sin el permiso debido, que llevaba por título: *La verdadera defensa de la ciencia y*

de la libertad de imprenta, por Philopatris. Todo aquel que lea el libro y no sepa que Blount era uno de los filibusteros literarios de menos conciencia que jamás se conocieron, estará admirado si entre muchos pensamientos por demas pobres y palabras vacías de un libelista de baja ralea halla pasajes que respecto á la sublimidad de las ideas y de la expresión, podrán medirse con lo mejor que existe en la literatura.

«Es lo cierto que la verdadera defensa la componen principalmente pasajes escogidos del libro que, bajo el nombre de *Arcopágetica*, lanzó al público el célebre Milton en favor de la libertad de imprenta. Aquella celebrísima obra quedó bastante desapercibida de la generación á la que estaba dedicada propiamente, y reducida muy luego á un total olvido. La actividad literaria de Blount parecía al proceder de aquellos bárbaros que explotaron el coliseo de Pompeya como canteos; que de frisos jónicos construían casetas informes y sobre columnas de lapiz-lázuli plantearon cuadras para sus ganados. Blount terminó, como lo habia hecho Milton, con el dictamen, de que sin previo permiso se imprimiera, estampándose el nombre del autor ó editor.

«Otro libelo que publicó despues llevó por título: *Principios de la libertad de la prensa*, con un apéndice intitulado *Carácter real y verdadero de Edmundo Bohun*, escrito con mucha dureza y acrimonia. Citaba pasajes de los escritos de este censor, á fin de demostrar que predicaba la doctrina de la obediencia pasiva; motejábale como amigo y discípulo de su predecesor Sir Roger; en fin, el bosquejo característico de Bohun, trazado por Blount, no pudo ser vendido públicamente, pero sin embargo, su circulación fué bastante grande.

«Mientras que pasaba de mano en mano, y que los *wighs* en donde quiera consideraban al nuevo censor como un segundo LeStrange, se solicitó de él á que autorizara la publicación de una obra anónima con el título *El rey Guillermo y la Reyna Maria Conquistador*. Accedió muy luego porque entró los principios consignados en este libro y los sustentados por él durante mucho tiempo, habia tal afinidad, que muchos hasta consideraban á él como autor del mismo, siendo así que procedía de la pluma de ese famoso Blount, que al propio tiempo se esforzó en despertar la animadversidad, tanto contra los actos de censura, como contra el censor.

«Fácil es de colegir el objeto que al efecto tuvo Blount: el plan fué de mala especie, pero concebido y ejecutado con rara habilidad, pues trajo consigo la perdición de Bohun. El republicano supo representar el papel de su *tory pur sang*, y el ateaista el de un príncipe de la Iglesia. El libelo concluía con una oración fervorosa para que el Dios del amor y de la luz ilumine el entendimiento de los ingleses y guíe su voluntad, para que conocieran lo que era menester para su paz y bienestar. El censor se entusiasmó en extremo; en cada página hallaba estampados sus propios pensamientos, y expresados con mayor precisión que á él le hubiera sido dado hacerlo. Parecía que jamás se habia antes fijado con tal evidencia la sumisión que los súbditos deben á sus reyes; no dudaba ya que la nación fraccionada, tanto tiempo há, en partidas, se uniría, que todojacobita que leyera aquel admirable libro se convertiría irremisiblemente.

«Entregado Bohun á tan agradables sueños, no pasaron muchas horas despues de la espencion de la obra que tanto le encantó, cuando llegó á su noticia que el título del libro habia producido en Londres una honda sensación y que las palabras *El rey Guillermo y la reina Maria Conquistador* despertaron la indignación entre la muchedumbre, que no habia leído más. Al cabo de cuatro días de la publicación supo Bohun, que habiéndose presentado en la Cámara de los Comunes una moción relativa hubo varios miembros de la misma que calificaron el libro de infame, quedando en su consecuencia resuelto que en vista de ignorarse el nombre del autor comparécese el censor. Con esta noticia abatióse extrordinariamente el espíritu de Bohun, de cuyo azáz débil, pero en fin, marchó al Parlamento.

«La mayor parte de los miembros del mismo que encontró por las galerías y salon de descanso, le dirigieron miradas

muy sombrías, y esto mismo se reprodujo cuando ya se encontraba en presencia del Parlamento reunido. Cuando llegó el momento de contestar á las preguntas que relativamente á la publicación de la obra se le hicieron, apoderóse de él tal embarazo y perplejidad, que ni ménos supo responder con algun concierto, siendo por último blanco de burla manifiesta, acompañada de estrepitosas risas de parte de los miembros del Parlamento, lo que le confundió naturalmente aun mucho más.

«Luego que Bohun se habia retirado, resolvió el Parlamento, por unanimidad, que se recogiese este libro peligroso para que los ejemplares fuesen quemados por el verdugo público en un patio del palacio. También quedó sin exposición alguna, acordado á que se suplicase al rey destituyera á Bohun del cargo de censor, lo que efectivamente tuvo lugar, habiendo sido además todavía encarcelado.

«Este episodio dramático dió al traste con la censura previa, reemplazada por otra disposición ménos rigurosa, cuyo *bill* respectivo se sostuvo en vigor durante dos años, al cabo de los cuales cesó su efecto y tuvo principio la publicación de los periódicos.»

En París corrian noticias de que á consecuencia de negociaciones muy activas seguidas entre los legitimistas franceses y algunos carlistas importantes, Cabrera se mostraria más inclinado á tomar la dirección del movimiento carlista en España. La noticia seria grave, caso de confirmarse; pero á nuestros ojos exige se la acoja con gran reserva. Sin embargo, tales pudieran ser los males sociales de nuestro país que el conde de Morella se decidiese á salir de su abstención aunque fuera solo para dirigir, moderando las tendencias de su partido. El Cabrera de 1873 en nada se asemeja al de 1840; pero por lo mismo los exaltados aseguran, y acaso es verdad, que Cabrera ha dejado de ser carlista.

Mientras la derecha conservadora de la Asamblea de Versalles agita la cuestión de las elecciones, resolviendo que estas, en interés del orden social y de la paz pública, no pueden celebrarse antes de la primavera de 1874, el partido republicano inicia un movimiento muy vivo en favor de la disolución para este otoño. Los dos partidos se prometen para sus miras el apoyo del presidente de la República.

El rey de Portugal ha concedido á M. Thiers la gran cruz de Santiago, instituida para premiar el mérito en las ciencias y la literatura. La República francesa no piensa que la democracia exija la abolición de estas recompensas, útiles cuando son merecidas.

Las cantidades ingresadas en el Tesoro francés por el último empréstito de tres millares, se elevan ya á dos millares y medio. Las rentas en Enero y Febrero esceden en seis millones de francos á los presupuestos. Bien es verdad que jamás ha estado Francia tan gravada.

En una reunion de los llamados católicos viejos celebrada en Munich bajo la presidencia del profesor Friedrich, se anunció que estaban á punto de llegar á su término las negociaciones con el gobierno de Berlin para constituir una Iglesia nacional independiente, resultado que, al decir del profesor, asombrará al mundo. Esa idea ha sido concebida por M. de Bismark, que prosigue su realización con incansable perseverancia.

El emperador de Alemania, M. de Bismark y el general Moltke llegarán á San Petersburgo el 29 de Abril, cumpleaños del Czar. La noticia es oficial.

El Times, refiriéndose á telegramas de Bayona, publicados por *La Liberté* de París, dice que las tropas del gobierno español han recobrado el puesto de aduanas de Urdax, de que estaban posesionados los carlistas hacia dos meses.

Pocas veces hemos presenciado mayores muestras de cordialidad y buena armonía como despues de la votación de la abolición de la esclavitud, presenciámos la noche del 22 en el salon de

conferencias. La fórmula de transacción satisfizo á todos: esta cuestión que ha podido producir serios conflictos, quedó resuelta en una votación unánime; todos los brazos se tendían, todas las manos se estrechaban, y un solo deseo animaba todos los corazones, la integridad de la patria.

Hé aquí el parte que, redactado en medio del mayor entusiasmo, ha sido remitido á los jefes del partido conservador, y del partido reformista de Cuba y Puerto-Rico: «Marqués de la Esperanza y doctor Goico.—Fundidos en un mismo pensamiento, y en una misma aspiración todos los partidos, la Asamblea ha votado por aclamación la ley de abolición de la esclavitud. Unión, orden y concordia. ¡Viva España! ¡Viva la integridad nacional!—Sanz.—Labra.—Ulloa.—Padial.—Gámazo.—Alvarez Ossorio.»

¿Hubieran podido creer nuestros lectores, hace quince días, que estas firmas se habian de hermanar y confundir en un mismo deseo, al pié de un documento abolicionista?

Dicen de París á *El Times* que contra lo que se esperaba, no se hallará presente M. Thiers en la sesión de la Asamblea del sábado, en la que debe discutirse la cuestión relativa á la espulsion del príncipe Napoleón de Francia.

La síntesis de lo que el presidente de la República ha manifestado á lord Lyons respecto del tratado de comercio es la siguiente: M. Thiers se lamentó de que la proximidad de las vacaciones de Semana Santa no permitiese la inmediata discusión del tratado; pero añadió que este seria discutido tan pronto como volviera á reunirse la Cámara, y que, á pesar de cuanto se ha dicho en contrario, tenia la firme convicción de que seria ratificado.

Creimos poco probables los rumores de *El Gaulois* sobre regreso del duque de Madrid á Suiza, y segun vemos en *El Times*, la noticia es cierta. El gobierno francés demuestra sincero propósito de cerrar la frontera, pero en cambio el poder ejecutivo hará bien en no abrir de par en par las puertas á tendencias que la republicana Francia, como la autocrática Alemania, tienen que mirar con profundísimo recelo.

El Correo de las Antillas aconseja á nuestros hermanos de Ultramar que vayan unidos á las urnas y acierten con su elección á matar de un solo golpe al filibusterismo armado en las trochas y solapado en las ciudades de allende y aquende los mares.

La isla de Cuba, tomando por base la ley votada para Puerto-Rico, y con las variaciones convenientes, adoptándola con su siempre probado patriotismo, y yendo á las urnas como un solo hombre, á fin de que en las futuras Cortes Constituyentes la integridad nacional se salva, daría una prueba más de que en la gran Antilla sigue prevaleciendo ese patriotismo en que pudiera aprenderse mucho por acá.

Resistan nuestros hermanos con energía todas las sugerencias que se hagan para dividirlos; su interés es uno solo, y uniforme debe ser la actitud. Así serán fuertes y se salvarán, porque defienden, como nosotros, una causa grande y patriótica que Dios no puede abandonar.

Dice el periódico autógrafa de París, *La Política Europea*, que el mártir reinaba grande agitación en el Círculo legitimista, á quien se supone protector de los intereses políticos de D. Carlos. Los legitimistas secreen injustamente atacados por los periódicos franceses y españoles, que dicen que apoyan con su influencia y su dinero á hombres como el cura de Santa Cruz. Los legitimistas se obstinan en asegurar, que protegen la causa carlista, que miran como la salvación de España, pero de ninguna manera el vandalismo. Es muy posible que un periódico legitimista, muy caracterizado, haga declaraciones en este sentido.

El activo empresario del circo de Recoletos, M. Thomas Price, ha llegado á Madrid, y se ocupa en disponer lo conveniente para abrir sus puertas en uno de los días próximos.

(1) *Collection of British Authors. Tauchnitz Edition. Volumen cccxxxvii.—cccxli: The History of England. From the accession of James the Second. By Thomas Babington Macaulay. Vol. vi.—viii. Leipzig, Bernhard Tauchnitz.*

DE LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LAS ARTES.

Las sociedades antiguas, basadas en el fatalismo, sin más idea religiosa que la adoración del hombre, dogma encerrado en sus artes y sus ciencias, después de haber sufrido con sin par grandeza todas las posibles transformaciones, cayeron en grande abatimiento, cuando la idea cristiana, descendida del cielo, amaneció en la conciencia del hombre, levantando en su mente altas ideas, y vertiendo en su corazón sublimes sentimientos.

Examinemos el cristianismo en su aplicación al arte, y como el arte es la síntesis de todas las ideas, cumpliendo reunir los elementos de la vieja sociedad, y presentarlos frente a frente de los elementos que el Nuevo Mundo, surgido del Calvario, encerraba como arca santa, que atestigua la alianza de la humanidad con Dios.

Maravillosos resplandores había derramado la idea pagana. Su teogonía daba vida a la naturaleza y al espíritu. No le bastaba el movimiento concertado de los astros, la hermosura de la tierra, la naturaleza en sí como un ser independiente; para su alto fin necesita el paganismo poner en cada gota de agua encerrada en el mar, en cada mundo perdido en el cielo, un suspiro del alma del hombre, una centella de su ser.

Así, cuando el arte, aparece siempre la divinización del hombre, la apoteosis de su naturaleza. Su alma centellea en el relámpago, tiñe de azul los cielos, canta en el arroyo, se esconde en la gota de rocío, esmalta la naciente aurora, se derrama, en fin, como soplo de eterna vida por las profundidades de la creación.

Pero cuando aparece el cristianismo, el hombre pierde tan hermosa aureola para ganar otra que centellea con luz más nueva. Ya no es uno con la naturaleza; el alma no se pierde en el confuso cantar de todos los seres, antes bien se levanta, formando una persona limitada, que es el individuo, y una persona absoluta, que es la humanidad, ideal desconocido de los antiguos. Y de aquí parte la diferencia trascendental que separa estos dos mundos.

El arte clásico es el reflejo del hombre animado por la naturaleza, el arte cristiano el reflejo del hombre animado por el espíritu de Dios. Por eso con razón se le ha llamado el arte clásico bello, y el arte cristiano sublime. Y si se quiere ver la diferencia que los separa, convirtamos los ojos a un templo griego, y pongámoslo frente a frente de un templo cristiano. Los más hermosos templos del paganismo estaban aislados de la sociedad, en los montes, en los valles; aun los más próximos a las ciudades, en alguna eminencia, rodeados de los tributos de la naturaleza. Los templos cristianos se hallan siempre unidos al hombre; a sus plantas duermen los pueblos, como protegidos por su providencia; no se levanta monasterio que no congregue en su torno una aldea; aun esos magníficos y solitarios monumentos erigidos en los altares, donde la vida se pierde, en medio de las marmóreas y eternas nieves de los Alpes, están destinados a socorrer al viajero extraviado, a llevarle consuelo en sus angustias, como si la religión fuese la eterna poesía del dolor.

La idea de Dios debía separar y separaba a las dos civilizaciones. Aquel Dios múltiple, que se encerraba en todos los accidentes y leyes de la naturaleza, siempre vario como las fuerzas ciegas de la creación; aquel Dios sin nombre, multiforme, perdió su cetro ante el Dios hombre, humilde y desconocido, que no tenía un asilo en la tierra, hechura de sus manos, y que venía en pos de la muerte para dar al hombre vida.

Esta idea sublime de la divinidad, encarnándose en la vida misma del hombre, debía dar al arte cristiano naturaleza bien distinta de la que tuviera el arte clásico.

Así, en aquel las formas son todo; como Dios, no resplandece sino en la materia, la idea no luce sino en levantadas y hermosísimas encarnaciones; y en este punto el arte griego no tiene rival en la historia del mundo; pero más vago, más sublime, menospreciando las formas como vestidura mortal, que ha de concluir por desvanecerse en el seno de la naturaleza, el arte cristiano se levanta a las alturas, y se pierde en el cielo.

La oración de estas dos religiones significa admirablemente la diferencia del arte clásico y del arte cristiano. La oración de los pueblos clásicos es un hermoso canto, la oración del cristiano es una lágrima que se evapora en los aires, un latido del corazón, una palabra, un eco del alma. Un griego llama a sus dioses, ora arguroptos, ora tenicestes, ora nelefares, zénus; el cristiano dice: «Padre nuestro.» Aquellos pomposos epítetos, y esta sencilla exclamación; el llamarle los unos el de las cejas de luz, el señor de los nublados; y llamarle los otros simplemente, *Padre nuestro*, prueba como la humanidad ha arrancado el velo a la naturaleza, comunicándose directamente con Dios.

Pasemos de aquí a otros sentimientos, si menos altos muy arraigados en la naturaleza. El destino del padre escende a todos los grandes destinos que la sociedad dejara al hombre. El hombre rodeado de sus hijos, dándole la luz de su mente, los sentimientos de su corazón, aventaja en grandeza aún al repúblico que dirige a los demás hombres. El padre era de durísimo natural en las sociedades antiguas, y a esto le inclinaba la organización de la familia, que ponía en sus manos el cetro del señor, y a sus plantas solo esclavos. Las relaciones de padre e hijo, estos dos individuos, que deben ser uno en el amor, eran rígidos, pues las leyes ayudaban de tal suerte esta dureza de sus corazones, que bien puede asegurarse, que habían ahogado con su crueldad a la misma naturaleza. El padre cristiano siempre que se presenta es bien visto de sus hijos, siempre que tarda esperado con anhelo; el amor le cobija y le da aliento la virtud para encaminar el corazón de sus hijos, a la verdad y al bien; modelo de ternura, compañero en todos los dolores, solícito en acudir todas las necesidades, dirige la familia por medio de la educación cristiana, que es fe en Dios, amor a los hombres, y esperanza en otra vida más dulce, que no consiente ocaño. Y esta relación de las familias tan distintas y separadas, influye prodigiosamente en la vida del arte. Subid a todos los tipos de la paternidad, que nos presenta el arte antiguo, desde Priamo hasta el padre de los Horacios, y vereis cómo se diferencia de los hermosos tipos que nos presenta la civilización cristiana. Y si de aquí pasamos a la mujer, ¿qué diferencia entre el arte clásico y el arte cristiano? La mujer, aún la más hermosa, es siempre un elemento de perdición en el arte clásico. La madre de Aquiles, que se levanta como blanca niebla del seno de los azules mares, y anuda su blonda cabellera quedándose las gotas de agua cuajadas en blancas perlas en sus trenzas de oro; aquella mujer que fuje Homero tan hermosa, no sabe consolar a su hijo, ni interceder por él, sino encendiendo pasiones y levantando guerras. Sofocles, para pintarnos lo más sublime que imaginarse podía en aquella sociedad, como por intuición presintió la mujer cristiana, y no las presentó en Antígonas; acompañando a su padre Edipo, ciego, maldecido de los dioses y abandonado de los hombres; pero esto es prueba evidente de lo poco en que avaloraban la mujer; pues Antígonas en nuestra sociedad cumplirá con una obligación sagrada, será una mujer y no un ser superior como la presenta Sofocles.

De aquí parte el distinto modo con que presentan el amor. Es para los paganos el amor como un beso de fuego, que une en fugaz placer dos corazones, a manera que la fuerza une los átomos en los cuerpos; pero el amor cristiano es luz que no se apaga, espejo que no consiente dos caras, pasión divina que vuela por los espacios del alma, como un ángel, y viviendo eterna vida se burla del tiempo y pone sus más dulces y serenas esperanzas en la eternidad. Esta es la Beatrice del Dante, que le alegra viva, y le sonríe muerta; esta es la hermosa Laura de Petrarca que llena los espacios del mundo, y vive en el corazón de su amado, aun después de haberse perdido en brazos de la muerte: esta es la Justina de Calderón que vence sus pasiones y las domeña, y abre el camino del cielo al oscurecido espíritu de Cipriano, derramando el amor en su corazón.

Y la diferencia del arte clásico al pagano trasciende a la sociedad, a la misma naturaleza. Por un misterio sublime la educación del género humano perteneció a la mujer. Ella pone las cuerdas de la lira del corazón. Su amor de madre es la enseñanza más sublime de la virtud. La mujer es el ángel de paz que se inclina sobre nuestra cuna para secar las lágrimas del dolor, e infundirnos su alma. La primera oración que se levanta del fondo de nuestro ser, la aprendemos de sus labios, cuyos son nuestros sentimientos, cuyas las ideas más puras que atesora el alma. Por eso el cristianismo puso el ideal de la virtud en María, iris de paz que se estiendo entre las tormentas de la tierra, y la serenidad de los cielos.

Así, en vez de ser como una esclava, sin amor, la mujer cristiana acompaña a su esposo a las catacumbas, le consuela en sus persecuciones, le sostiene en sus desgracias; y llegada la hora del martirio, cuando la vida se apaga y se abre la eternidad, la mujer cristiana más sublime, trasfigurada por el dolor, serena, sonriendo, el cielo como término de la tormenta que arrecia, como último fin y descanso que Dios reserva para el alma dolorida.

He aquí, pues, como alpar que puso el cristianismo un nuevo Dios en el sagrado altar, un nuevo jefe de familia en el seno del hogar, nuevas ideas en la mente, y sentimientos más tiernos en el corazón; cómo a la criatura más bella de la creación, e inundó su alma con los eternos resplandores del cielo, y así transformó la sociedad y la naturaleza humana, siendo fuente sublime y misteriosa de un nuevo arte, que como sus dogmas llegarán hasta los estrechos límites del espacio y el último punto del tiempo.

Esta revolución tan portentosa, que transformó la sociedad que trajo la idea del individuo, y la idea de humanidad, que hizo de la patria lo que de la mujer, una madre amorosa y tierna, y no una rígida y austera señora; esta revolución que llevaron de un extremo a otro del mundo pobres apóstoles, desconocidos, sin más armas que su palabra, sin más auxilio que su bendito amor; esta revolución tan portentosa y grande amaneció de repente en el cielo, inundando con su luz la tierra. Por desgracia, las ideas más altas, aun las ideas divinas, se sujetan a la coyunda del tiempo, que las oprime como una losa, y a los grandes obstáculos que les opone siempre el espacio. La idea cristiana tiene tres grandes manifestaciones: la manifestación dogmática encerrada en esos grandes doctores y maestros que se llaman San Juan, San Pablo, y andando el tiempo San Agustín y San Jerónimo; la manifestación poética que se encierra en sus prodigiosos himnos, en sus magníficas leyendas, y la manifestación monumental, que atestiguan esas basílicas, burla del tiempo que como el arca de Noé han flotado sobre las varias olas de los hechos históricos, encerrando en sí la imagen salvadora del verbo, espíritu divino de la civilización cristiana.

Pero examinemos cómo cada una de ellas arribó a su complemento. El Evangelio ni es ni ha sido la única manifestación cristiana. Es la semilla, sí, que contiene todos los dogmas, pero solo una semilla. Más que una doctrina razonada, lógica, perfectamente concluida, fué una aspiración, el eco del sentimiento cristiano, que hablaba con la divina voz de la naturaleza; era, en fin, la poesía y la doctrina del pueblo contenida como siempre en símbolos luminosos, floridas comparaciones, e imágenes deslumbradoras; porque la imaginación, siendo como es el órgano que nos pone en comunicación con el cielo, oye siempre atenta esas armonías del corazón que no alcanza a entender la inteligencia.

Pero la doctrina cristiana antes de llegar a su complemento, pasó por varias y diversas transformaciones. El primero y más señalado ejemplo fué dado al mundo por San Pedro y San Pablo. Representante aquel de las tradiciones religiosas orientales, quería que los convertidos no pudiesen penetrar en la religión cristiana, sin haber pasado antes bajo los arcos del templo de Jhovah, sin haber aceptado el Viejo Testamento, y sufrido como el Salvador la circuncisión; porque siendo el cristianismo el epílogo y el complemento de la ley antigua, no podía, según San Pedro, ser aquella menospreciada ni desoída, al recibir el néfite la iniciativa de la verdad cristiana.

Más humanitario San Pablo, comprendiendo con su mirada de águila los infi-

nitos males que surgirían de oponer resistencia al triunfo del Evangelio, y creyendo encerrado todo el Génesis de la idea divina en su último y eterno día, que es el cristianismo, llamó a los pueblos paganos, sus antiguos lares, se abrazasen a la cruz, sin necesidad de pasar antes por la antigua ley. Y este pensamiento, más humanitario y más grande que el pensamiento de San Pedro, prevaleció en la religión cristiana, y el mundo se salvó.

Pues lo mismo sucede en los nuevos dogmas del cristianismo. Para allegarlos, la Iglesia trabaja incansablemente, levantándose cual pintada mariposa a la celeste lumbre, en alas del amor y la esperanza. Así el dogma cristiano se fué desarrollando con renir las ideas de todos sus doctores. Unos se inclinaban como los góticos al neo-platonismo, creyendo solo en la realidad de Dios; otros, como el grande Orígenes, rendían tributos de adoración al panteísmo oriental, sumergiendo en el caos de la creación, el rayo de eterna luz que forma el alma del hombre; otros más dados a la tradición bíblica, y seducidos por el prepotente genio de algunos de aquellos sabios judíos, que como Filón pasaban a Alejandría, querían eclipsar el Evangelio con la luz divina de la Biblia; y aún hubo entre los sabios orientales, apóstoles que daban una alta y portentosa significación a los filósofos y paganos creyéndose santos, y proclamando los Bautistas de la buena causa.

Y en medio de estas recias tormentas y continuos combates; ora desde el oscuro seno de las catacumbas; ora desde el altar sagrado del martirio, batallando siempre y siempre venciendo, sin darse punto de reposo, la idea cristiana formaba sus dogmas; proclamaba sus principios, distinguía la libertad del hombre de la providencia de Dios, trazaba límites a la razón humana, veía con claridad más nueva las virtudes del alma, depositaba en la conciencia el germen de nuevos mundos, y levantaba esplendente, maravillosa, la ciudad de Dios, ciudad fundada sobre los restos del Capitolio, y las ruinas de los templos de los falsos dioses, que caían sin rayos en las manos sin coronas en las frentes, al eco sublime de ese nuevo dogma difundido en los aires.

Lo que sucede en el dogma, sucede también en el arte. Es bien seguro que el arte cristiano no nace de repente; antes bien se desarrolla lentamente por grados, separándose del mundo antiguo, y tomando el vuelo en pos de otras regiones más serenas y tranquilas, donde el sol de la verdad no tiene ocaño, y donde la idea resplandece como la luz, antes de ser en el mundo, resplandecía increada en la frente de Dios.

En el arte, la primera manifestación que aparece es siempre la poesía lírica. Ni puede ser de otra suerte. El hombre necesita manifestar sus más íntimos sentimientos, que le levantan a salir fuera de sí y perderse en el seno de Dios; y de esta suerte la poesía lírica, emanación de nuestro ser, es como el aroma de esa flor escondida en el lodo de la tierra, que se llama alma. Y la poesía lírica de los primeros cristianos encerrada en sus himnos y leyendas nose aparta completa y radicalmente de la poesía pagana.

El antropomorfismo no murió instantáneamente, pudiendo verse aun en los mismos monumentos literarios que nos restan. En el Apocalipsis, que desde nuestro punto de vista profano, debemos tener por una gran leyenda, se echa de ver que todas las virtudes tenían formas reales, como en la poesía pagana. Cual si las tradiciones orientales y clásicas al morir, quisieran dejar tras sí un eterno recuerdo, vemos en este poema tomar forma humana la naturaleza, y aun la misma idea divina; aparecen monstruos abortados por el averno, predecesores de aquellos monstruos, engendros de imaginaciones calenturientas que poblaron la medrosa noche de la Edad Media. Esto mismo vemos en la leyenda de Hermes, que fué tenida por canónica durante largo espacio de tiempo. Estando Hermes en Roma, encontró a una hermosa mujer. Sus ojos resplandecían como el sol, su frente era como el cielo. Atraído, cautivado por su dulce mirar, la siguió, sin conocer que le llevaba a un desierto. Allí la misteriosa mujer, que tenía la misma forma que una olvidada amante

del místico, fulguró con más brillo, y levantándose en los aires, y tomando el camino del cielo, le dijo: «Soy la Iglesia.»

El libro de María nos atestigua también esta verdad. La muerte de la madre del Verbo está rodeada de una poesía semi-pagana. La naturaleza toma parte en su muerte. Tráslademos de esta leyenda los rasgos más maravillosos.

Mil años, después del pecado original, Dios trasplantó al jardín de Abraham el árbol misterioso de la vida, cuyo fruto envenenó al humano linaje. Dios le dijo al padre del pueblo escogido, que aquel árbol daría flores más bellas que las rosas, y que de las flores se levantará una mujer, perfumada con todos los aromas de la creación, madre divina del Verbo. Pero era preciso que hubiese antes una raza de guerreros, destinada a abrir paso al Salvador del mundo con su espada. Un día, al salir la aurora, amaneció florido el árbol. Una hermosa hija de Abraham aspiró sus aromas. Desde aquel punto se sintió madre. Perseguida por creencia criminal, la arrojaron a una hoguera, y se convirtió en rosas blancas, y en divinos lirios. El guerrero que fué el jefe de la casa de David poseía el árbol hermoso de la vida; ignoraba sus virtudes. Sabía solo que era saludable para los heridos. Cortó uno de sus frutos con un cuchillo, y limpió el cuchillo en su desnudo muslo. Pero ¡oh maravilla! A los pocos días le nació una hija en la pierna. El príncipe mandó a uno de sus criados que la arrojase a un monte para pasto de las fieras. El criado, no obedeciendo, la depuso en un nido de cigüeñas. Este pájaro, que desde entonces es sagrado en la memoria del pueblo, alimentaba a la tierna niña. Pero un día, el príncipe Ja-nuel, que así se llamaba el nieto de Abraham, hirió a la cigüeña, y el rastro de sangre le mostró el nido donde se encontraba su hija. Sorprendido, la lleva consigo, la une a Joaquín, y dan a luz a María, madre del Verbo. Hé aquí, pues, como en estas leyendas, que son contemporáneas del Evangelio, se mezcla la idea cristiana con los símbolos, fabulas y personificaciones del paganismo. ¿Qué otra cosa es tal leyenda, sacada del libro de la Virgen, que hasta los tiempos del Papa Gelasio fué tenido por sagrado y en igual estima que el Evangelio, sino una prueba más de lo costoso que debía ser a la imaginación apartar de las florestas del paganismo? Esta leyenda, cuyas formas más ó menos grotescas en nada daban al fondo, son como una reminiscencia del nacimiento de Minerva, y de la triste historia de Edipo. Todos los principales héroes del Evangelio juegan en estas leyendas un papel semi-pagano y semi-cristiano. Marta en el Mediterráneo hace lo que en Europa: Joseph de Arimathea, purga, como Hércules, la tierra de monstruos; Proculus, mujer de Pilatos, huye de su lado, buscando asilo en desierta isla, donde un ángel la recoge para el cielo; en fin, todo lo maravilloso de la Teogonía pagana se une al espíritu cristiano en estas primeras leyendas. ¿Qué otra cosa son los libros de los Sibilas, los hermosos versos atribuidos a Orfeo, a Lino y demás poetas primitivos y sagrados del mundo clásico, sino una despedida tiernísima, que el genio cristiano da a la gran civilización, que desaparecía, obedeciendo los inflexibles decretos de la Providencia? Pero conforme se va apartando la memoria de las ruinas del mundo antiguo, la poesía legendaria más ideal, más cristiana, más profundamente religiosa, si menos poética, pierde todos los desvarios paganos y se hace dueña y señora de la nueva idea. Tal prueba la leyenda del *Judío Errante*, la vida de muchos mártires y anacoretas con que a el eterno poeta, el tiempo ha escrito siempre la historia de sus ideas.

Vemos las manifestaciones monumentales. Siguen el mismo camino que las manifestaciones poéticas. La idea cristiana se vió obligada a reposar en las sombras. Todo pensamiento, antes de salir a luz, vuela por los espacios de la conciencia. La idea cristiana se encerró en las Catacumbas. Aquel fué su sagrado asilo; pero saliendo poco a poco, logró que los templos paganos diesen prontamente en tierra, y sobre sus ruinas erigió las Basílicas. Aquellos para quienes las artes no son sino formas acaso no vean en el arte cristiano una nueva luz del espíritu. El cristianismo en su cuna debió odiar el arte como de-

dicado a celebrar dioses mentidos y sangrientos sacrificios. Lo primero que hizo el cristianismo fué ornar las tumbas, como si pusiese toda su vida en la muerte. Después las tiñó con bermellón, color con que se teñían el rostro los generales vencedores, como para simbolizar que concluyen los combates solo en el seno del sepulcro, y que la muerte es la verdadera victoria para el alma del justo. Los sarcófagos se introdujeron cuando los senadores y otras ricas familias abrazaron la religión cristiana. Por lo general son de orden corintio, y sobre ellos se ponía la imagen del Salvador, como para purificar el arte de todo recuerdo pagano; pero atestiguando de esta suerte que el espíritu del arte es siempre uno a pesar de sus varias manifestaciones. Pero de donde fueron estraidas estas imágenes del Salvador, primeros monumentos de la escultura cristiana? Unos dicen que San Lucas era pintor y le daba el retrato; otros que uno de los enfermos, que curó Jesús, le alzó una estatua; otros que la Verónica le dió un lienzo a un neófito griego, pintor; pero nosotros encontramos explicación más clara en la necesidad que siente el alma de dar forma, vida a sus ideas. El Salvador no tiene nunca en estos restos, ni la apostura de Júpiter, ni la voluptuosidad de Apolo; es el símbolo de un arte, cuya hermesura consiste en lo ideal, que no traduce fácilmente a la piedra la escultura.

El arte cristiano salió al fin de las Catacumbas. Entonces pudo levantar templos. Veamos la historia de las Basílicas. El papa Silvestre recibió de Constantino el palacio de Letran. Este papa hizo erigir tras el templo un batisterio octógono, dedicado a San Juan Bautista. Desde aquel punto tomó posesión el catolicismo *urbis et orbis*. Constantino levantó un templo en el circo de Verona. Así se fueron extendiendo las iglesias por el mundo. Las Basílicas eran antes de ser consagradas por la religión cristiana, lugares cubiertos donde al par que se dispensaba justicia, se vendían todo linaje de mercancías. Este sitio servía mucho para las reuniones de los cristianos. El altar fue puesto en el sitio que ocupaba el tribunal. Y sus innumerables columnas sirvieron de atrio y templo. Véase, pues, como todos las formas artísticas caminan paralelamente. El cristianismo hizo del arte pagano su pedestal. ¿Cuántas veces entrando el cristianismo en los templos de Grecia, al arrodillarse sobre el pavimento para adorar a Jesús, han descubierto esos moriscos donde estaba la historia de Júpiter? En cuántas ocasiones habrá reposado la frente del cristianismo en la columna sobre que se levantaba Apolo!

Concluámos. La idea, la poesía, el arte cristiano debieron caminar así, separándose gradualmente del arte antiguo; pero animados de un nuevo espíritu para dar de sí la ciencia de Santo Tomás, el poema del Dante, la catedral de Colonia, las vírgenes de Murillo y el drama de Calderón.

EMILIO CASTELAR.

JUICIO DEL LIBRO de poesías de D. José María Heredia, ministro de la Audiencia de Méjico. Nueva y completa edición, incluyendo varias poesías inéditas. — Dos tomos en un volumen. — Nueva York, Roc Lockwood, etc. Sou, librería Americana y Extranjera, Broadway, núm. 414.

Hace quince años, que debiendo separarme de las playas de mi amada Cuba, fui a la ciudad de Matanzas a estrechar entre mis brazos, quizá por última vez de la vida, a mis compañeros de la infancia, a mis más tiernos y queridos amigos. Ellos me recibieron con el cariño hospitalario de hermanos, y en su compañía visité el valle delicioso del Yumuri, sembrado de palmeras y cocos, de espesos mangos, tamarindos, mamoncillos y guanabanas, de caseríos risueños, de riachuelos fresquitos y de agninaldos y flores olorosas, porque las flores alfombran las tierras de la Isla, las orillas de los torrentes, y por los campos el azahar y el guayabo trascienden en el soplo delicioso de la brisa.

Acompañado de mis amigos visité las sombrías, profundas y muy extensas cuevas del Yumuri. Aun recuerdo las teas encendidas a cuya luz penetramos en aquellos lóbregos subterráneos, que se dividen en mil aposentos caprichosa-

mente sostenidos por pilares, de estalactitas a veces transparentes, a veces de color de alabastro, a veces rojizas, según de donde mana la humedad de que se forman.

A mi memoria se viene como un sueño delicioso, las escenas que allí pasaron; el vocear de mis amigos, que entre las sombras de aquellos oscuros subterráneos parecían evocar los días pasados, llamando las generaciones que debieron vivir allí encerradas en los años azarosos de la conquista.

Recuerdo las conversaciones llenas de fuego y el melancólico abatimiento de los poetas de Matanzas. Recuerdo en seguida mi visita al Caminar, al Caminar, río caudaloso, cuyas márgenes están sembradas de árboles corpulentos coronados de flores, y cuyas aguas transparentes van a hundirse silenciosas y con sepulcral grandeza a las azuladas ondas de los mares. Recuerdo entre aquellas orillas divinas, donde el silencio tiene escondido su ángel, la tristezas sus flores, y la soledad su asilo, el amor de mis amigos, de mis amigos, que no me olvidarán nunca y que en aquellos momentos me traían a la memoria, unidos a los pensamientos de la patria, los días dulcísimo de la infancia, que no se burrarán jamás de mi leal corazón.

Eran ellos los jóvenes poetas, y literatos de Cuba: los jóvenes poetas que conmigo principiaron a encanecer, que ya hoy tienen hecha su reputación, y que como yo habrán perdido la fe y muchas esperanzas, y muchas ilusiones.

¡Poetas y amigos que partisteis con mi corazón el cariño suave de vuestras amas americanas, yo recuerdo para saludaros antes de principiar a juzgar a nuestro hermano Heredia!

¡Oh! ¡si algún día pudiera estudiar vuestras obras para llamar la atención del mundo, como voy a hacerlo con las de este desgraciado compañero, que consolado latía mi corazón! ¡Pero mi mano no podrá verificarlo, porque ella no coloca flores sino sobre el sepulcro de los que pasaron. Cuando la justicia puede ser severa; cuando el amor puede llorar sus lágrimas sin interés; cuando la envidia no bate maligna sus venenosas alas; cuando el poder no teme; cuando el odio duerme al pié del sepulcro; cuando el suelo natal que dejó morir de hambre al hombre de genio, necesita su memoria para orgullecerse, para ser grande y decir en las páginas de oro de la historia: «Estos son mis blasones.» ¡Tales fueron mis hijos!

¡Ay, para entonces es la patria! Antes es bien ingrata. Pero dejémos estas lucubraciones y el dolor de los recuerdos, para los que viven siempre desconsolados; no traigamos a la memoria la ingratitude de la humanidad; fatalmente esa es su ley, y mi amargura y la historia del mundo.

En su céniz aparan hasta las heces los grandes y los pequeños, los soberbios y los humildes, los sabios y los ignorantes. ¿Quién estará libre de la movible rueda de la fortuna? ¿Quién del huracán que arrastra a la suerte de los hombres como a nubes por el espacio inmenso de la vida?... Los que habeis visto arremolinarse las hojas arrancadas de los árboles, impelidas por el viento, y seguisteis en el curso del torbellino el movimiento de una, más ó menos amarilla, que sin saber cómo, ha subido a la altura ó bajado al fondo precipicio la primera ó la última; si os detuvistis a meditar, os habeis hecho cargo de que tales el destino de las criaturas sobre la tierra.

El por qué delira el genio; el por qué está condenado a derramar innumerables lágrimas; el por qué su corazón no halla en el mundo consuelo; el por qué el alma vive separada por distancias eternas, del alma a quien adora; el por qué gime el poeta atado a la cadena de su dura suerte, solitario y triste siempre; el por qué canta la libertad ó la tiranía, sin deberse ni a la una ni a la otra; plácemes ni dolores encerrado en la lóbreguez de la miseria, como el ruiseñor entre los troncos carcomidos, y muere al fin loco en el destierro, ó en un hospital, es un misterio inescrutable. La inspiración es del cielo; y en el martirio del genio se cumple la voluntad de Dios que todo lo dispone con sabiduría.

Y por eso, la vida del pobre Heredia, que es la vida del más grande poeta cubano, enternece el alma y trae a los ojos las lágrimas. ¡Desgraciado cantor! ¡tus

ecos, resonaron lejos del hogar dulce de la patria! ¡bajo las oscuras nubes de extranjero cielo se alzó por los aires tu armonía de ángel, y tu grito de gigante, tu inspiración terrible como el huracán, sublime como el Niágara, y grande como la tierra y como el espacio azul del mundo!

¡Pobre Heredia! tú no has podido cerrar los ojos cariñosos y benditos de tu dulcísima madre, ni antes de morir has regado de flores la piedra fúnebre de tus abuelos!... la angustia te mató a los 35 años; tu cabeza estaba ya teñida con el nevado color de los años; y sin embargo ¡tu eras joven!

Tu frente se había arrugado; y tus ojos inundados de melancolía, buscaban en el cielo la paz y el amor; que solo habrás hallado en el sepulcro; porque solo en la noche eterna de la muerte hay consuelo para el que tiene un alma de fuego como la tuya.

¿Quién ha visto nunca a la humanidad, sintiendo el gemido del hombre desesperado? ¿qué mano enjugó las lágrimas del poeta en sus horas sublimes de dolor y martirio? ¿quién advinó nunca el misterioso silencio del alma desgarrada por la melancolía y la tristeza? ¿a qué hora ha llegado el ángel de la esperanza a refrescar con su beso de caridad la frente del desgraciado? ¡ay! cuando ya lo ha envuelto el blanco sudario del martirio, cerrando la mano de la muerte con la frialdad de la destrucción, el límite oscuro de la vida.

¡Dichoso Heredia que has descansado de tus dolores bajo la fría y solitaria piedra del sepulcro! ¡Dichoso tú que no tienes que fijar los ojos en este ruiseñor mundo de soledad y de egoísmo!

Tus cantos son inmortales: las edades te enviarán sus coronas, y Cuba principia su historia diciéndole a la civilización: «Heredia es mi hijo...» sin hombres como tú, su tierra nunca hubiera sido más que monton gigante de oro, bosque eterno de verdura; lugar de duelo y de esclavitud; sí, de esclavitud, donde de las edades que vienen hallarán fabricaciones portentosas de azúcar, cultivos grandes de tabaco y de café, regados con la mano esclava de los hombres, y nada más; pero eso se olvida y se disipa, como se perdió la memoria de los comerciantes y mercaderes de Grecia, para inmortalizarse aquella nacionalidad, en el ciego Homero, que es el sol reflejante de su gloria.

Tengo la esperanza de que Heredia no será el más grande, ni el último poeta que saldrá de Cuba: allí hierve el ingenio; el sol ardiente que dora sus montañas, la luna que platea sus mares, las estrellas que parecen llover oro en noches apacibles sus campos, cuyos bosques son tan antiguos como la creación; sus brisas deliciosas; sus ríos cristalinos; su clima de fuego, sus hermosísimas mujeres; melancólicas y valerosas hasta el heroísmo; ¡ay! todo presagia que Cuba producirá hijos que la hagan imperecedera en los tiempos que vienen; todo presagia que llegará a tener una historia joyal que se cumplan estas ilusiones alegres de mi corazón.

El genio y las ciencias immortalizan las naciones. Cuba se immortalizará por sus hijos; yo tengo esta esperanza arraigada en el alma, y con ella principio a hacer el juicio del desgraciado Heredia.

El poeta D. José María Heredia nació en Santiago de Cuba, una de las ciudades de la Isla, en 31 de Diciembre de 1803.

A los diez años de edad escribió el primer cuaderno de sus poesías y comenzó sus ensayos poéticos a los quince; ¿qué eran sus poesías a los diez años? Esta es la muestra.

El filósofo y el buho.

Por decir sin temor la verdad pura, un filósofo echado de su asilo, de ciudad en ciudad andaba errante, detestado de todos y proscripto.

Un día que sus desgracias lamentaba un buho vio pasar, que perseguido iba de muchas aves que gritaban: — «Ese es un gran malvado, es un impío, esa maldad es preciso castigarla. — Quitáosle las plumas, así, vivo. — Gou muy buenas razones procuraba de su pésmo intento disuadirlos. Entonces nuestro sabio, que ya estaba del infelice buho compadecido, a la tropa enemiga puso en fuga y al pájaro nocturno dijo: — «Amigo, ¿por qué motivo destróizarte quiere

«Esa bárbara tropa de enemigos?»
 «Nada les hice—el ave! responde;—
 «El liver claro de noche es mi delirio.»
 A los diez y ocho años se recibió de abogado en Puerto-Príncipe, ciudad de la isla, y se fue á Matanzas á ejercer la profesión.
 Desde allí salió desterrado para el Norte-América.
 A los veintidos años publicó en Nueva-York las composiciones que escribió á los quince, y que siguió reuniendo hasta esa época.
 Fueron recibidas en el mundo literario con aplauso, y se tradujeron en la mayor parte de las lenguas europeas.
 En Toluca de Méjico publicó en el año 1831 una obra en cuatro tomos, titulada *Leciones de la Historia universal*.
 En el año 32 dió á luz una segunda edición de sus poesías publicadas, haciendo en ellas varias correcciones.
 El treinta y seis volvió á Cuba después de tan largo período de emigración, á respirar los aires de la patria y á estrechar en sus brazos á su anciana madre.
 A los cuatro meses volvió á Méjico.
 El 7 de Mayo de 1839, después de largos padecimientos, enfermó del pecho; espiró en Toluca á los 35 años de edad.
 A los veinticinco años, época en que reimprimó sus poesías, había sido, como él mismo dice en las advertencias de ellas, abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado y poeta.
 Es triste que todo esto lo fuera en una nación extraña y donde siempre fue extranjero; á pesar de los altos cargos que desempeñó.
 Ahora vamos á juzgar al poeta; quiero seguir el curso de sus composiciones por orden de fechas; y como están publicadas en la edición de Nueva-York, en que se incluyen varias poesías inéditas.
 Principiaremos por decir que la edición no es digna del gran poeta; pero basta, tal como es, para que sus obras reunidas se conserven eternamente, sean leídas y estudiadas como modelo de inspiración y de sentimiento.
 El editor principia con una noticia biográfica de Heredia, exacta y clara; y luego continúa con la advertencia que aquel puso á sus obras cuando las reimprimó: las poesías amorosas son las primeras del libro; su epigrafe es *Scribere jussit Amor*; y como Ovidio, desgraciado, escribiendo con la ternura del corazón, lamenta desde el destierro y canta *La hermosura* en sáficos adónicos de esta manera:
 Dulce hermosura, de los cielos hija,
 don que los Droses á la tierra hicieron,
 oye benigna de mi tierno labio
 —————
 La grata risa de tu linda boca
 —————
 es mas dulce que la miel biblica;
 —————
 tu rostro que con clavel y rosas
 —————
 candido lirio.
 —————
 Bien cual se mueve acarada espuma
 —————
 del manso mar en los cerúleos campos
 —————
 así los órbes del nevado seno
 —————
 leves agitas.
 —————
 Si al alto vuelo la llorosa vista,
 —————
 en la pureza del etéreo cielo
 —————
 el bello azul de tus modestos ojos
 —————
 lánguido miedo.
 —————
 Si miro acaso en su veloz carrera
 —————
 al astro bello que la luz produce,
 —————
 el fuego miro que en tus grandes ojos
 —————
 mórbido brilla.
 —————
 Es de la palma la gallarda copa
 —————
 imagen viva de tu lindo talle, etc.
 —————
 En la composición hay desigualdad, pero el sentimiento y la lozanía están rebosando en toda ella, y se adivina ya en estos versos, compuestos en 1820, lo que debia ser el poeta.
 La *prenda de fidelidad*, escrita tambien en sáficos adónicos, y los endecasílabos libres á *El fino*, amigo muy caro del autor, están llenas de dulzura, y hay algunos períodos en esta última composición, modelos de rotundidad y de armonía.
 No podemos menos que transcribir íntegra la oda que dedica á su caballo.
 Amigo de mis horas de tristeza,
 —————
 ven, alívame, ven. Por las llanuras
 —————
 desalado arrebatame, y perdido
 —————
 en la velocidad de tu carrera,
 —————
 olvídate ya mi desventura fiera.
 —————
 Huyeron de mi amor las ilusiones
 —————
 para nunca volver, de paz y dicha
 —————
 llevándome tras de sí las esperanzas.
 —————
 Corrióse el velo; desengañó impio
 —————
 el fin señala del delirio mio.
 —————
 Oh, cuánto me fatigan los recuerdos
 —————
 del pasado placer! Cuánto es horrible
 —————
 el desierto de un alma desolada,
 —————
 sin flores de esperanza ni frescura!
 —————
 Ya, ¿qué le resta?—Tédio y amargura.

«Este viento del Sur!... ¡Ay! me devora.
 ¿si pudiera dormir!... En dulce olvido,
 —————
 en pasajera muerte sepultado,
 —————
 mi ardor calenturiento se templara,
 —————
 y mi alma triste su vigor cobrara.
 —————
 ¡Cahallol, ¡fiel amigo! Yo te imploro.
 —————
 vólemos ¡ay! Quebrante la fatiga
 —————
 mi cuerpo débil; y quizá benigno
 —————
 sobre la árdua frente de tu dueño,
 —————
 debate yo tan dulce refrigerio...
 —————
 Mas otra vez avergonzar me hiciste
 —————
 de mi insana crueldad y mi delirio,
 —————
 al contemplar mis pies ensangrentados,
 —————
 y tus hijares ¡ay! despedazados.
 —————
 Perdona mi furor; el llanto mira
 —————
 que se agolpa á mis párpados... Amigo,
 —————
 cuando mis gritos resonar escuches,
 —————
 no aguardes, no, la devorante espuela,
 —————
 la cruzacude, alza la frente, y vuela.
 —————
 ¿Quién, que tenga corazón para sentir
 —————
 los dolores de la humanidad, no adivinará
 —————
 las penas de este poeta, al leer esta
 —————
 composición sencilla en la forma, copiosa,
 —————
 tierna y valiente? Heredia principia
 —————
 apostrofando á su caballo como si hablara
 —————
 con un amigo; sobre él vuela huyendo
 —————
 de su desgracia, en su agitación le
 —————
 hiere, y lamentando su delirio, concluye
 —————
 pidiéndole que perdone su furor; y que al
 —————
 oír resonar sus gritos, vuelva por el espacio.
 —————
 ¡Qué verdad! ¡Qué sentimiento y qué
 —————
 bravura hay en esta oda publicada en
 —————
 1821!
 Sigue *La Inconstancia*, dedicada á don
 —————
 Domingo Delmonte, malogrado literato
 —————
 que murió en Madrid hace pocos años, y
 —————
 que había estado ocupado toda su vida
 —————
 en recopilar documentos para la historia
 —————
 de América. Yono puedo menos de pagar
 —————
 un tributo de cariño á la memoria de este
 —————
 bibliófilo cubano, conocido en la república
 —————
 de las letras, y que si viviera hubiera
 —————
 sido con sus escritos una de las
 —————
 glorias americanas. A él le cuenta el desgraciado
 —————
 Heredia las inconstancias de su amor
 —————
 querido, y así se espresa al concluir
 —————
 esta composición:
 Cuando el fatal prestigio con que ahora
 —————
 la juventud y la beldad te cercan
 —————
 haya la parca atroz desvanecido,
 —————
 para salvar tu nombre del olvido
 —————
 el triste amor de tu infeliz poeta
 —————
 será el único timbre de tu gloria.
 —————
 La mitad del laurel que orne mi tumba,
 —————
 entonces obedecerás; y de tus gracias
 —————
 y de tu ingratitud y mi tormento
 —————
 prolongará mi canto la memoria.
 —————
 ¡Hermosura fatal! Tú dispaste
 —————
 la brillante ilusión que me ocultaba
 —————
 la corrupción universal del mundo,
 —————
 y la vida y los hombres á mis ojos
 —————
 presentaste cual son. ¿Dónde volaron
 —————
 tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
 —————
 así olvidarte de tu amor primero?
 —————
 ¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma
 —————
 que fina te adoró, falsa, te adora.
 —————
 No vengativo anhelaré que el cielo
 —————
 te condene al dolor; sé tan dichosa
 —————
 cual yo soy infeliz; más no mi oído
 —————
 hiera jamás el nombre aburrido
 —————
 de mi rival, ni de tu voz el eco
 —————
 torne á rasgar la ensangrentada herida
 —————
 de este corazón; no á mirar vuelva
 —————
 tu celeste ademan, ni aquellos ojos,
 —————
 ni aquellos labios de letal ponzoña
 —————
 ciegos bebi... ¡Jamás!—Y tú en secreto
 —————
 un suspiro á lo menos me consagra,
 —————
 un recuerdo... ¡Ah cruel! no te maldigo,
 —————
 y mi mayor anhelo
 —————
 es elevarme con mi canto al cielo,
 —————
 y un eterno laurel partir contigo.
 —————
 Así principia en esta composición que
 —————
 dirige á la mujer que adora, admirán-
 —————
 dola en la oda que titula *El Baile*.
 En el baile:
 ¿Quién hay, mujer divina,
 —————
 que al mágico poder de tus encantos
 —————
 pueda ya resistir? El alma mia
 —————
 se abrasó á tu mirar; entre la pompa
 —————
 te contemplé del estruendoso baile,
 —————
 altiva y magestuosa descollando
 —————
 entre tanta hermosura,
 —————
 cual palma gallardísima y erguida
 —————
 de la enlazada selva en la espesura.
 —————
 De tu rosada boca la sonrisa
 —————
 más grata es ¡ay! que en el ardiente Julio
 —————
 de balsámica brisa el fresco vuelo,
 —————
 y tus ojos divinos resplandecen
 —————
 como el astro de Vénus en el cielo.
 —————
 Más ágil y serena,
 —————
 al compás de la música sonante
 —————
 partes veloz, y mi agitado pecho
 —————
 palpita de placer. Cual azucena,
 —————
 que al soplo regalado
 —————
 del aura matinal mueve su frente,
 —————
 que coronó de perlas el rocío,
 —————
 así, de gracias y de gloria llena,
 —————
 giras ufana, y la espresion escuchas
 —————
 de admiración y amor, y los suspiros
 —————
 que vagan junto á tí...
 —————
 El resto de esta oda está lleno de admirables rasgos de ternura, aunque descuida en ella, como en otras de sus poesías amorosas, algunas de las reglas del arte.
 El *desamor* es más bella aún que las

que llevamos citadas: comienza apostrofando á la noche de esta manera:
 ¡Salud, noche apacible! Astro sereno,
 —————
 bella luna, salud! Ya con vosotras
 —————
 mi triste corazón de penas lleno
 —————
 viene á buscar la paz; Del sol ardiente
 —————
 el fuego me devora,
 —————
 su luz abrasadora
 —————
 acabará de marchitar mi frente.
 —————
 Solo tu luz ¡oh luna! pura y bella
 —————
 sabe halagar mi corazón llagado,
 —————
 cual fresca lluvia el ardoroso prado.
 —————
 Hora serena, en la mitad del cielo
 —————
 ríes á nuestros campos agostados,
 —————
 bañando su verdura
 —————
 con placida frescura.
 —————
 Calla toda la tierra embebida
 —————
 en mirar tu carrera silenciosa;
 —————
 y solo se oye la canción melosa
 —————
 del uerno ruiséñor, ó el importuno
 —————
 grito de la cigarra; entre las flores
 —————
 el céjiro descansa adormecido;
 —————
 el pomposo naranjo, el mango erguido
 —————
 agrupados allá; mi pecho llenan
 —————
 con el sublime horror que en torno vaga
 —————
 de sus copas inmóviles. Unidas
 —————
 forman entre ellas bóveda sombría,
 —————
 que la tímida luna con sus rayos
 —————
 no puede penetrar. Morada fría
 —————
 de grato horror y oscuridad sombría,
 —————
 á tí me acocjo, y en tu amigo seno
 —————
 mi tierno corazón sentiré lleno
 —————
 de agradable y feliz melancolía.
 —————
 Y concluye con estos versos:
 La mano impía
 —————
 de la suerte cruel negó á mi pecho
 —————
 la esperanza del bien; solo amargura
 —————
 me guarda el mundo ingrato,
 —————
 y el cáliz del dolor mi labio apura.
 —————
 La *Estacion de los Nortes*, *Los recelos*,
 —————
Mi cumpleaños, son tres composiciones
 —————
 llenas de sentimiento; la de *Mi cumpleaños*
 —————
 concluye con los siguientes versos:
 Y he de vivir por siempre
 —————
 ardiendo en mil deseos insensatos,
 —————
 ó en tédio insoportable sumergido?
 —————
 Un lustro há que encendido
 —————
 busco ventura y paz, y siempre en vano.
 —————
 Ni en el angustioso horror del bosque umbrío,
 —————
 ni entre las fiestas y pomposos bailes
 —————
 que á loca juventud llenan de gozo,
 —————
 ni en el silencio de la calma noche,
 —————
 al esplendor de la callada luna,
 —————
 ni entre el mugir tremendo y estruendoso
 —————
 de las ondas del mar hallarlas pude.
 —————
 En las fértiles vegas de mi patria
 —————
 ansioso me espacié; salvé el Océano,
 —————
 trepé los montes que de fuego llenos
 —————
 brillan de nieve eterna coronados,
 —————
 sin que sintiese lleno este vacío
 —————
 dentro del corazón. Amor tan solo
 —————
 me lo puede llenar; él solo puede
 —————
 curar los males que me causa impío.
 —————
 Siempre los corazones más ardientes
 —————
 melancólicos son: en largo ensueño
 —————
 consigo arrastran el delirio vano
 —————
 é impotencia cruel de ser dichoso.
 —————
 El solterrible de mi ardiente patria
 —————
 ha derramado en mí alma borrascosa
 —————
 su fuego abrasador; así me agito
 —————
 en inquietud amarga y dolorosa.
 —————
 En esta composición el poeta pinta su
 —————
 vida.
 Placeres de la melancolía. Es el título de
 —————
 un poemita dividido en siete fragmentos:
 —————
 «yo lloraré, pero amaré mi llanto—
 —————
 y amaré mi dolor»
 —————
 Del gran Quintana es el epigrafe de
 —————
 esta sublime composición.
 O. si el poeta hubiera conocido á este
 —————
 venerable sabio, el más grande ingenio
 —————
 español de nuestros tiempos, el más
 —————
 consecuente liberal de los hombres, ¡qué
 —————
 alegría tan dulce probará su corazón si
 —————
 hubiera podido estrechar como yo sus
 —————
 manos y merecer el dulce nombre de
 —————
 amigo que tantas veces me dió su labio.
 —————
 La última carta que este pensador ha
 —————
 escrito, desde el lecho de la muerte, para
 —————
 mí, la trazó el día 15 de Enero de 1857;
 —————
 después no escribió más que un renglón
 —————
 á instancia de sus sobrinos, temerosos
 —————
 que no curara de su enfermedad y queriendo
 —————
 conservar un autógrafo de los últimos
 —————
 días de vida tan eminente. ¡Aht!
 —————
 ¡Cuántas veces medijo Quintana: «Heredia
 —————
 es un gran poeta; Heredia no morirá,
 —————
 y es la honra del suelo americano!»
 —————
 Si Heredia lo hubiera oído, ¡qué tranquilo
 —————
 bajara á la tumba!
 —————
 José GÜELL y RENTÉ.
 —————
 (Concluirá.)
 —————
 CONSIDERACIONES SOBRE ESPAÑA.
 —————
 España es, indudablemente, la nación
 —————
 de Europa que encierra en su seno un
 —————
 número mayor de elementos de prosperidad,
 —————
 tanto como ella á las grandes especulaciones
 —————
 agrícolas, mercantiles é industria-

les. La latitud en que se halla situada favorece de tal modo su vegetación, que se disputan su suelo con iguales probabilidades de triunfo las palmas de Jerusalem y los róbles del Pirineo, las hayas y los álamos que desafían las escarchas, y los pimenteros y algodones que demuestran prácticamente al sol de los trópicos que no temen sus rayos verticales.
 ¡Oh tierra privilegiada! No es extraño, siendo tan hermosa, que hayas tenido tantos pretendientes, que de los países más remotos hayan venido á hacerte la corte amartelados adoradores, atraídos por tu ambiente perfumado, tu temperatura agradable, tu suelo fertilísimo. ¿No eres tú la que llamaban tus amadores el paraíso terrenal, la única copia del cielo que regaló Dios á la tierra? No son las brisas de tus costas las que acarician esas manzanas de oro, tan codiciadas por los extranjeros, como las del célebre jardín de las Hespérides? ¿No es cierto acaso que esceden á toda exageración los encantos de la Bética, y que todas las artes reunidas se empeñarían en vano en dar una ligera idea á los que no te han visitado de las brillantes gracias que atesoras en las pintorescas orillas del Guadalquivir, y en las fecundas vegas de Granada?
 Magníficas son tambien esas cordilleras de montañas que entrecortan caprichosamente tus horizontes desde las cumbres de los Pirineos, cuyas eternas nieves no derretiría un eterno sol; hasta los flancos meridionales de la sierra Estrella. ¡Cuántas variedades de temperatura te ha concedido la naturaleza, que ha querido, sin duda, hacer de tí el punto de cita de la vegetación de todos los climas!
 Cubren aún algunos de tus cerros bosques seculares, tan antiguos quizás como ellos; tus valles sombríos están cruzados por arroyos murmuradores, cuyas aguas purísimas esperan con ansia para asimilárselas el Miño, el Tajo, el Guadalquivir y el Ebro, y ellas como para aumentar más y más sus deseos, no van á satisfacerlos sino después de haber serpenteado jugu-tonas por espacio de mucho tiempo y escrito sus celos, besando al pasar todas las flores de la ribera.
 ¡Cuántas maderas preciosas para la industria y construcciones navales podrían suministrarle esos bosques virgenes que cubren tus montañas! Y esos arroyos, que te proporcionarían poderosos saltos de agua para mover infinitas máquinas, que transformarían muy pronto tus desiertos en sederías, hilanderías y talleres de toda especie, capaces, por sí solos, de atraer una población numerosa á parajes casi inhabilitados; esos arroyos, cuyas corrientes subyugadas por una mano hábil convertirían sus improductivas orillas en vastas y halagüeñas praderas, donde innumerables ganados se encargarían de duplicar tu riqueza y alimentar tus ciudades, en que tan cara se paga la carne, á pesar de ofrecer tu suelo los más abundantes recursos para la propagación de las reses; esos arroyos limitan toda su acción y utilidad á dar movimientos á algun molino solitario.
 Las bellas y apacibles colinas, que separan tus montañas de tus orillas, ofrecen todas las condiciones apetecibles para el cultivo de la vid, y bajo una buena dirección producirían infaliblemente vinos que se harían envidiar de los mejores de la Borgoña. Y la morera, que tanto se recrea en las regiones templadas, la morera, que desde tanto tiempo forma la principal riqueza de una gran parte del Mediodía de Francia, del Piamonte y del Milanésado, y que para tí, España, no es más que el objeto de un cultivo, muy secundario, podría llegar á ser dentro de pocos años un manantial fecundo de prosperidad que permitiría á tu industria ponerse al nivel de la de Génova, y tal vez hasta de la de Leon de Francia.
 ¡Y las llanuras!... ¿Qué nación puede rivalizar con las tuyas por la blandura del clima y la riqueza del terreno? Hasta las de la Beuce y de la Bria, de que tan justamente hace alarde la Francia, no podrían sostener la competencia con las fértiles campiñas de Andalucía ó del reino de Granada y menos aún con la vasta llanura de Urgel, la cual sometida á un buen sistema de cultivo y de

riego, bastaría por sí sola para alimentar a todos tus hijos.

En cuanto a las riquezas minerales, estás prodigamente dotada de todas las que son más propias para dar aliento al comercio y a la industria. La hulla, este motor por excelencia, que se lanza por enmedio de los mares a despecho de vientos y borrascas, que alimenta nuestras fraguas, pone en juego nuestras máquinas, y parece decir al hombre y a los animales: *Trabajad, producid; yo me encargo de la confección y de los trasportes*, se presenta en una inmensidad de puntos de la Península ibérica, y solo pide que se la saque de las entrañas de la tierra. El hierro, este agente de vida ó de destrucción, según el buen ó mal uso que hace de él el hombre, es en ti abundante y de excelente cualidad. Abundans en plomo, mercurio, sal, azufre y una multitud de agentes químicos, que ofrecen a la industria humana recursos que en todo el resto del globo se ven los industriales obligados a mendigarlos a comarcas diferentes.

Y como si la naturaleza hubiese querido prodigarte todos los tesoros de su munificencia, se estrellan dos mares inmensos en tus costas, desde el golfo de León hasta el de Gascuña, y dejan a tu elección el camino de Levante ó el de las Indias para dar salida a tus productos.

Añádase a lo dicho que tus hijos, noble España, son inteligentes, activos, laboriosos y sobre todo muy amantes de la limpieza, de la comodidad y hasta de la compostura; y fuerza será convenir en que hay pocos países en el mundo que reúnan como tú un número tan crecido de elementos de prosperidad.

Y sin embargo, España, nos vemos obligados a decirlo: eres un país desapiadadamente explotado por todos tus vecinos. ¿De qué te sirven tus ricas minas de carbón de piedra si no pueden sostener la competencia con la Inglaterra que viene de mil leguas de distancia para alimentar tus fraguas? ¿Qué provecho sacas de tus inmensos bosques, si mendigas a Nápoles su carbón vegetal, y a las naciones del Norte sus maderas de construcción y de servicio? Tu suelo está cubierto de praderas, y la carne en tus mercados se vende a precios tan subidos, que a los extranjeros deben parecerles fabulosos. Vastos campos de maíz y otros granos análogos que cubren tus llanuras no impiden que te veas obligada a sacar de Tolosa tus aves de corral.

En resumen, en tu suelo y en el de tus colonias podrías hallar todas las primeras materias para alimentar tu industria, tales como hornagueras, maderas, algodón, seda, cáñamo, lana y toda especie de palos ó plantas de tinte, y te ves obligada a entregar a la exportación todos estos productos para en seguida importarlos confeccionados con exorbitantes gastos.

Sin duda, viendo la prodigiosa actividad que reina en Barcelona, el extranjero que visite la España por primera vez se sentirá inclinado a afirmar que nuestros asertos son erróneos, y que esta nación nada tiene que envidiar a León de Francia, a Lila ó a Birmingham. Pero por poco que se tome la molestia de reflexionar que Barcelona se halla en una condición completamente excepcional, pues es la única ciudad del reino en que se manifiesta semejante actividad, no tardará en convencerse de que ni una palabra aventuramos que no sea rigurosamente exacta.

Por lo demás, cualquiera que sea la actividad de una sola ciudad y la variedad de sus productos, es insuficiente para alimentar el consumo de una nación entera. Así es que la industria española, lejos de poder exportar sus productos, se halla aun muy distante de satisfacer las necesidades nacionales.

Y por otra parte, no basta producir y producir bien.

El gran secreto de la época consiste en producir mucho, bien y barato, y Barcelona se halla aun tan lejos de haber resuelto este problema, que sus fabricantes no son capaces de dar sus géneros bajo las mismas condiciones que los de Inglaterra, Bélgica, Suiza y Francia, siendo igual, y aun si se quiere inferior, su calidad.

De aquí la necesidad de tarifas muy elevadas, de un numeroso cuerpo de aduanas y de un contrabando cuya actividad se halla en razón directa de la elevación

de las tarifas, porque estas son las que vuelven más lucrativo el tráfico.

¿A qué causas, pues, debe atribuirse el mal? Hé aquí lo que nos proponemos investigar más especialmente.

II.

La España es una nación excepcional que nada tiene de común con ningún pueblo conocido.

Separada de la Francia por una gigantesca cordillera de montañas, y de todos los demás pueblos por seiscientos leguas de costas que la ponen a cubierto de toda invasión que no sea muy poderosa; estas mismas trincheras la han tenido aislada hasta hoy de todas las naciones vecinas, de las cuales nada le han permitido tomar su orgullo instintivo y el recuerdo de sus antiguas glorias.

Este país estaba dividido en otro tiempo en una inmensidad de pequeños reinos, gobiernos ó provincias, que si bien reconocían un solo poder político, se diferenciaban entre sí por sus costumbres é idioma; tenían leyes particulares, gozaban de derechos más ó menos latos, y sus pesos, medidas y monedas no se han sometido a la unidad sino de muy poco tiempo a esta parte, y Dios sabe a costa de cuántos sacudimientos y sacrificios se ha intentado esta reforma, que no se ha llevado aun a cabo completamente.

Un tiempo fué, sin embargo, en que la España, como la Italia, imponía la ley al resto del mundo, y era en cierto modo considerada como el centro de las artes y de la industria. Sus magníficas hojas de Toledo, tan célebres por su tersura como por su temple, sus paños de Segovia y sus curtidos de Córdoba eran un objeto de comercio con toda la Europa, y le daban una actividad de la cual hoy se buscarían en vano tan siquiera las huellas.

Vamos a examinar rápidamente de qué manera subita esa prodigiosa actividad se ha convertido en una funesta apatía que ha llegado a hacerse proverbial.

La nación española puede dividirse en dos razas distintas, la visigoda y la mora. En cuanto a la raza primitiva, exceptuando algunos rincones de Navarra y Vizcaya, no se encuentra en parte alguna. Allí, como en todas partes, se ve que ha pasado la civilización romana y la barbarie escandinava.

El tipo visigodo se conserva, al parecer en toda su pureza en las comarcas montañosas, cuyos habitantes, independientemente del color de su tez y de su vigorosa musculatura, han conservado una inclinación a la vida activa que distingue a los pueblos del Norte; en tanto que los sarracenos, que dominaron en la llanura por espacio de siete siglos, que sometieron bajo su dominio a sus moradores y mezclaron con ellos su sangre, no han podido jamás sujetar a esos bravos montañeses, que siempre con las armas en la mano les declararon la guerra incesante, y después de una lucha desesperada lograron arrojarlos de su suelo.

Pero expulsados los árabes, necesario era volver a empezar una civilización, y entonces nacieron las dificultades, gracias a los esfuerzos del poder teocrático que, convencido por instinto y por experiencia de que el progreso de las luces debe darle el golpe mortal, se aferra con todas sus fuerzas al pasado, y hace todo lo posible para que los pueblos permanezcan envueltos en los pañales de la infancia.

Así es que en tanto que la Italia del siglo xv y del siglo xvi procura cicatrizar sus heridas haciendo revivir el comercio y las artes, en tanto que Florencia y Génova levantan magníficos palacios y confeccionan objetos de lujo, que Venecia se corona reina de los mares, que la Alemania avanza a marchas dobles hacia la civilización, y que la Francia y la Inglaterra corren resueltamente por la senda del progreso a despecho de sus guerras civiles, ¿qué hace la España? Quema judíos, magos y herejes, y envanecida con sus minas del Perú y los tesoros de Motezuma, se ocupa en trastornar la Europa para extender sus dominios; y deja los campos sin cultivo, deja languidecer su comercio y anonadarse su industria, sin pensar un solo instante en que puede llegar un día en que Perú y Méjico se le escapen de la mano, y en que sus inmensos tesoros, adquiridos a costa de tanta sangre, vayan a enriquecer a otros pueblos que sabiendo apre-

ciar mejor la verdadera riqueza, la busquen en su industria ó en el cultivo de su suelo, ó, por mejor decir, en ambos medios reunidos.

Todo el mundo reconoce la inteligencia y aptitud de la nación española, y sin embargo, ¿cuál es el grande hombre en España que haya ilustrado a su país en las artes ó en las ciencias? ¿Cuál es el astrónomo, el físico, el químico que no se haya visto obligado a llevar a otros pueblos el tributo de su inteligencia, seguro de no hallar recompensa en su país, ya que no de ser calificado de brujo ó de hereje, y tratado como tal?

Galileo revela la rotación del globo y la gravedad atmosférica, que conduce a Pascal y a Torricelli a la invención del barómetro; Leibnitz y Copérnico someten a su cálculo el sistema planetario; Descartes entrevió la filosofía moderna; Newton descubre las leyes de la gravitación universal; Bufon conoce la incandescencia del globo; Franklin arrebató el rayo de la mano de los dioses, y lo sujeta a su mando, y Lavoissier hace descender a su crisol todas las producciones de la naturaleza, y descubre esa piedra filosofal, mucho más preciosa que la que Ramon Sully y sus adeptos buscaron en vano por espacio de muchos siglos.

¿Qué hace la España mientras tantos prodigios se realizan en torno suyo, y mientras las artes y la industria toman un vuelo hasta la sazón desconocido? Lo hemos dicho ya, quemar judíos, herejes y hechiceros, y, desgraciado el imprudente que se hubiese atrevido a reproducir públicamente las maravillas de la ciencia! Las mazmorras del Santo Oficio le hubieran devorado.

Hé aquí las principales causas que se opusieron al desarrollo de todo progreso en el país que hay en el mundo más ricamente dotado, que mas elementos de prosperidad encierra en su seno.

Por fortuna tan desastrosos tiempos se han alejado ya. Los pueblos han salido de su indolencia; el espíritu de tolerancia y de concordia se consolida más y más cada día, y es de esperar que el gobierno, conociendo sus verdaderos intereses, proteja con todas sus fuerzas esos primeros arranques, que, debidamente secundados, elevarán a la España al puesto que debe ocupar entre las naciones, y la librarán del oneroso tributo que hasta ahora la han impuesto todas las industrias del mundo.

El primer paso está ya dado en el camino de tan halagüeño porvenir. En todas partes se ha proclamado y reconocido la unidad nacional; la uniformidad de pesos, medidas y monedas no se hará esperar mucho; numerosas vías de comunicación se hallan ya proyectadas, y todos estos medios reunidos no pueden dejar de dar vida al país.

Pero es menester no hacerse ilusiones, porque si comparamos lo que se ha hecho con lo que aun queda que hacer, veremos que el espacio que hay que recorrer es inmenso. Pero como el bien es lo mismo que el mal, contagioso, una vez que ha entrado un pueblo en el camino del progreso y de las mejoras, se sienta naturalmente dispuesto a seguir esta pendiente, en la cual está seguro de verse alentado por el buen éxito.

Indicaremos próximamente los medios que a nuestro ver prometen mejor resultado.

A. RIBOT Y FONSERÉ.

ITALIA.

ENSAYO DESCRIPTIVO, ARTÍSTICO Y POLÍTICO.

por D. Joaquín Francisco Pacheco.

Hé aquí una producción singular: por su punto de vista, inesperada por la época de su publicación; más inesperada todavía por la posición y las circunstancias personales de su autor.

En estos momentos de agitación política, de enconos electorales, de lucha parlamentaria, de amagos reformistas, de lamentables reminiscencias, de rencoresas recriminaciones, de anatemas implacables.—vivo aun y palpitante el recuerdo del pasado bienio, tan mal comprendido como apasionadamente calificado.—retumbando todavía en nuestros oídos los ecos del cañón de Julio último y los ayes de los que entonces morían en uno y otro campo, vindicarse acaso bastante cuenta de la verdadera naturaleza del conflicto:—rotos y dispersos

los antiguos partidos.—embrionarios aun y débilmente diseñados los que por la lógica de los acontecimientos han de sucederles en el estadio legal de la política activa;—fallidas las esperanzas, vacilantes las creencias, retractados los compromisos, entronizada la lucha, incierta y varia la brújula para apreciar los hombres y las cosas, los caracteres y las instituciones;—¿quién diría que el antiguo escritor político, el orador de todas las Camaras electivas de veinticinco años a esta parte, el jefe del fugaz puritanismo; el ex-presidente del Consejo de ministros, el eminente jurisconsulto, el laborioso abogado práctico, el vocal de la Junta de Salvación de Madrid, el ministro de Estado del gabinete Espartero; O'Donnell, el embajador en Roma tendrían vagar sobrado para ocuparse en la estética del arte, para profundizar sus misterios, trazar sus vicisitudes, señalar sus límites, apreciar sus más delicados matices y determinar con mano segura y en una compleja síntesis el carácter de su actualidad y las probabilidades de su porvenir?

Y, sin embargo, esto es lo que ha hecho en su *Ensayo* el Sr. Pacheco, del modo más natural del mundo, sin pretensiones de dogmatismo, con cierta especie de candidez casi infantil que enamora a par que convence, que nos introduce en la región de las más profundas apreciaciones estéticas, cuando cree solo referir lisa y llanamente sus impresiones personales.

Un *Viaje a Italia*, una *Descripción de Italia*, un *Ensayo sobre Italia*, unos *Recuerdos de Italia*, unas *Impresiones de Italia*! La aparición de un libro con cualquiera de estos títulos, es hoy día la más significativa de las advertencias, a la vez que el más eficaz de los estímulos para no abrirlo siquiera. Tanta es la profusa copia de ellos desde las célebres *Cartas del Presidente Dupaty* hasta la fecha!

De nosotros sabemos decir, que a no tentarnos la justa nombradía del autor, apenas si hubiéramos leído la portada de la obra, la oficina y el año de la impresión. Quié más, quién menos, todos sabemos ya de memoria nuestra Italia.

Pero al cabo le abrimos. El nombre del Sr. Pacheco prometía novedad, y no era justo desechar sin examen lo que con tal recomendación se ofrecía a nuestra curiosidad.

Y a fe que muy luego, en vez de arrepentirnos, hubimos de darnos el parabién de nuestra deferencia por la reputación del autor.

El Sr. Pacheco ha querido confiar al público el secreto de sus impresiones de viaje, y ha hecho mucho más que esto: ha hecho un tratado de la metafísica del arte, un sumario de sus evoluciones lógicas, una revelación de sus más fecundos y trascendentales principios.

Suprimid en su libro la parte puramente narrativa, las incidencias del viaje, los recuerdos personales, las descripciones de la ruta, la perspectiva de los sitios, y las sagaces consideraciones políticas y morales, que a veces le sugiere la índole misma de su relación. Suprimid todo esto, que por lo común constituye el fondo de la mayor parte de las obras de esta clase. ¿Qué quedará?

Quedará lo principal: quedará el jugo, la sustancia, la idea predominante y generativa del libro: quedará la luminosa exposición de la marcha y de los principios del arte en su aplicación concreta a la escultura, la pintura y la arquitectura; quedarán las profundas observaciones con que ha ilustrado su pasado, caracterizado su presente y augurado su porvenir.

Respecto del primero, las del Sr. Pacheco son siempre sutiles, a veces nuevas, a veces también casi paradójicas de puro atrevidas y apartadas del común sentir y convenida apreciación de los críticos.

Para el Sr. Pacheco, lo que se ha convenido en llamar *Renacimiento* y *Restauración* de las artes (coetáneo con el de las ciencias) a fines del décimo quinto siglo, no fué más que la resurrección del espíritu y el gusto griego en contraposición al espíritu y al gusto de los pueblos occidentales.

Sin duda algo renació, algo se restauró entonces. Pero no fueron las ciencias ni mucho menos las artes, que de seguro no estaban muertas, sino bien vivas florecientes a la sazón. Fué el arte gre-

co-romano el que se tomó como tipo único: fué el arte antiguo el que se quiso exclusivamente imitar: fué la forma lo que atrajo á sí con preferencia la admiración y la imitación de los grandes artistas que formaron escuela.

Más claro y expresivo todavía. El renacimiento fué la *paganización* de las artes, el paganismo redivivo, el neo-paganismo. No que por ello se abandonase la fe cristiana, ni se afectase el fondo de las creencias ortodoxas, ni se tendiese á restablecer el culto de los dioses del gentilismo; sino que por ello se restableció un paganismo externo, intelectual y no moral, artístico y no dogmático, que tocaba é influía de cierto en las concepciones de la mente y en las aficiones del ánimo; que reañaba el influjo y la importancia de los sentidos, deprimiendo la ingénita actividad y la supremacía del alma enseñadas por el cristianismo; y que sublimaba, en fin, como en los siglos de la antigüedad clásica, la forma material y la anteposición á las altísimas nociones del espíritu, que la habían vencido y dominado hasta entonces.

Reconoce el Sr. Pacheco que alguna modificación parecía necesaria en las artes hacia fines del siglo xv; porque, llegado á su apogeo, el espiritualismo de aquellas, la ley eterna de la ilimitada actividad humana (ley, que en materia de artes nos hace correr tras la belleza ideal y cuando la hemos hallado ó creído hallarla bajo un punto de vista, aspiramos á otro nuevo que nos la ofrezca mejor, ó por lo menos de distinto modo); la ley, repetimos, de la ilimitada actividad del espíritu humano lo impedía en aquellos momentos á dar más estima á la forma, á hacerla entrar un poco más como elemento de vida y de novedad en las artes idealizadas hasta su fórmula suprema por la tendencia invenciblemente espiritualista del dogma cristiano.

Así, no censura el Sr. Pacheco, no condena el *renacimiento* artístico del siglo xv, porque hubiese inclinado los ojos hacia la forma y ocupádose con interés de su belleza. Su delicado criterio le hace confesar que á algo había de volverse el génio del arte, agotado ó saciado de sus concepciones exclusivamente ideales, y que legítimo era cuanto natural que en tales circunstancias tomase semejante rumbo. Lo censura, lo condena solo, porque de tal suerte arrastró los artistas á ella, que no fué una modificación sino un cambio fundamental lo que produjo; porque, tornando la cara á la materia, volvió al espíritu la espalda; porque paganió de todo punto el arte, abandonando el principio cristiano y tradicional para sustituirle con un fervoroso y repentino apasionamiento de las cosas antiguas, de las cosas clásicas y paganas.

La personificación, la encarnación de esta tendencia fué el inmortal Miguel Angel Buonarroti. Aguda en la mirada, gigante en el esfuerzo, comprendiendo todas las artes, soportando en sus hombros el peso de todas, tuvo la desgracia de apasionarse exclusivamente por la forma, por lo puramente material, por lo absolutamente exterior. La inmensidad de su génio y la grandeza de su carácter empujaron á sus contemporáneos y prolongaron un movimiento análogo y concordante en la posteridad.

Los artistas todos, escultores, pintores, arquitectos; el mismo Rafael, el divino Saúz, se prosternaron y adoraron la forma, y sólo á intervalos, y por excepción, campean en sus obras los rasgos dominantes del espíritu y de la idea cristiana. Los Sumos Pontífices y los reyes pusieron bajo su poderosa protección el neo-clasicismo de Miguel Angel y su escuela; Italia lo prefirió á las tradiciones de Giotto y de Ghiberti, de Leonardo de Vinci y de Andrés del Sarto; y el unánime concierto de las edades contemporáneas y posteriores apellidaron *renacimiento* y *restauración* de las artes lo que sólo fué el renacimiento del principio antiguo, la restauración del arte greco-romano, de la idea pagana, del culto exclusivo de la forma.

Con cuánto vigor de razonamiento, con cuánta copia de selecta erudición, con cuán subidos quilates de delicado gusto haya demostrado el Sr. Pacheco este pensamiento fundamental aplicado al pasado del arte; cómo lo haya elevado al más alto grado de la evidencia con numerosos ejemplos sacados de la comparación del género greco-romano con el

bizantino y el gótico en la arquitectura, de las estatuas del período mitológico con las de la posterior era cristiana en la escultura, y de los cuadros de Giotto, de Vinci y de los otros maestros de las escuelas puramente cristianas con los de Miguel Angel, Rafael y los demás partidarios de la restauración neo-clásica en la pintura; con qué sagacidad haya deslindado el dominio peculiar de cada una de esas bellas artes, explicando la índole esencialmente pagana de la escultura, el carácter rigurosamente cristiano de la pintura, y la aptitud universal de la arquitectura para todas las evoluciones de la idea religiosa como para todas las épocas de la humanidad y todos los períodos de la civilización; concepciones son estas que abundan en el *ensayo* y no pueden caer en el presente artículo. Para ello sería preciso hacer un nuevo libro, y en tal caso vale mil veces más leer el libro mismo del Sr. Pacheco, que no estos incoherentes y desaliñados renglones.

En cuanto á lo presente, las ideas del Sr. Pacheco no son ni menos ingeniosas, ni menos profundas, ni menos salpicadas de oportunos rasgos de erudición y de brillantes chispas de fantasía.

Para el autor, como para todo el que haya meditado un poco sobre las facultades esenciales é ingénitas del alma humana, el arte no ha muerto; el arte no muere; el arte no puede morir. El industrialismo, las corruptions, las pasiones políticas; el mal gusto de los tiempos pueden engendrar su decadencia temporal; sus extravíos pasajeros, sus transitorias exageraciones. Su principio es eterno como la belleza ideal que es su objeto, —inmortal como el alma en la que Dios ha grabado ese perdurable sentimiento. Si el arte decae á veces es para levantarse luego: si oscila como un flujo y reflajo evidentes, es para explorar nuevos caminos después de haberse acercado á la perfección en los senderos ya conocidos: si duerme también á veces no es el sueño de la muerte, sino el de la saciedad y del descanso para alzarse con las nuevas fuerzas adquiridas durante el reposo.

Italia —por qué negarlo?— no es hoy lo que fué en sus grandes éfortunados siglos. No es el centro, no lleva en sus manos el cetro, no cibe sus sienes la corona espléndida de las artes. Ni Pisa es el manantial, ni Florencia la aurora, ni Roma el foco, de donde emana hoy y viene á resumirse el culto de lo bello, ese noble é inextinguible instinto de la humanidad. El espíritu de Rafael duerme en su tumba del panteón de Agripa, y el génio de Buonarroti yace oprimito por la inmensa pesadumbre de la cúpula del Vaticano.

Y sin embargo, Italia vive. El letargo no es la muerte. La antorcha de las artes está caída, pero no apagada. Todavía puede dar y dará nuevos resplandores.

El génio de las artes, —es verdad,— no se asienta sólo en su antiguo trono de la Ansonia; hoy cubre también con sus alas otras regiones menos favorecidas un día. La vieja Inglaterra levanta el palacio de St. Stephen, y las casas parlamentarias de múltiple arquitectura; las grandes concepciones de Ingress, de Overbeck, de Cornelius y de Kaulbach adornan á París, á Munich, á Berlín y á Francfort.

Pero estas mismas creaciones deponen en favor de la supremacía italiana. Son líceas desprendidas de aquel claro cielo. Allí han ido á buscarlas, á bebérselas, á asimilárselas los hijos de la Galia y de la Germania, de la Escandinavia y de Albión. Allí, en esa rica mina, es en donde han podido entresacar y apropiarse tan preciados tesoros. Allí, en esa perdurable hoguera velada por los vapores de la decadencia, y cumplida con los hierros de la esclavitud, es donde el moderno Prometeo ha arrancado la llama con que alumbró á los hijos del Occidente y del Septentrión.

Ni Florencia ni Roma han desaparecido. La religión las cubre con su manto divino, el arte con sus alas inmortales. Sus mármoles respiran el sentimiento de la idea eterna; de sus lienzos se desprenden la plegaria incesante de la humanidad que vuelve sus ojos al cielo; y sus activos *duomos* y sus afligridos *campaniles* se elevan á la región etérea como los pensamientos misteriosos del alma en las horas solennes de la meditación. La religión es en Italia el tutor y el guar-

dian del arte. El arte es también una religión.

Más qué es el arte moderno, el arte el día de hoy, á los ojos del Sr. Pacheco? Digamos cuatro palabras sobre ello.

Desde mediados del pasado siglo ya aparecían más purgadas las tres nobles artes de los adornos y caprichos de mal gusto que las habían corrompido y desfigurado durante muchos años. En la escultura, se abandonaron los follajes que pervertían toda noción de forma. En la arquitectura, se proscribieron los exagerados delirios que borrraban las líneas artísticas para sustituirlas con engendros de una fantasía calenturienta. En la pintura, Mengs resucitaba la pureza y la naturalidad perdidas; é imitando á Rafael sin elevarse al sublime del insigne maestro, rompía la tradicional y acompasada manera que habían consagrado los copistas de los copistas.

El siglo en tanto avanzaba. La filosofía sujetaba al análisis todas las doctrinas, todos los principios, todas las creencias, en la religión como en la política, en las ciencias como en las artes. Hostil en un principio al cristianismo y á la monarquía, esas dos grandes ideas dominadoras en los siglos melios, puso los ojos en la antigüedad, pidiéndola instituciones y civilizaciones; y naturalmente hubo de pedirle también arte y buscar entre sus recuerdos y sus ruinas inspiraciones y modelos. No le bastó el clásico de Miguel Angel, quiso más puro, más crudo, más cristiano; y copiando el templo ateniense y la columna corintia, jactóse de haber encontrado la perfección en todas las formas de la belleza.

El primero y más célebre de los artistas de esta nueva restauración, de este novísimo neo-clasicismo, fué David, imitador é inferior á Miguel Angel; David, increíble, filósofo, convencional, regicida á quien faltaba la viva creencia de los maestros florentinos y romanos, y cuyas obras no dejan hoy frío, lo mismo que las de todos los de su escuela, por querer arrancar el arte á la sociedad y civilización modernas y colocarlo en unas condiciones en la actualidad imposibles.

David fué la personificación de las tendencias materialistas del siglo último y el epílogo de una reacción harto descarriada contra fautas anteriores. En todas partes fué imitado. Roma misma cedió hasta cierto grado á la fascinación general; y Benvenuti y Camuccini, hijos del Tiber, se constituyeron en representantes de la escuela nacida á orillas del Sena.

El empeño de resucitar el helenismo puro cuandó también á la arquitectura y la escultura, esas hermanas de la pintura. Levantóse la Magdalena en París sobre el modelo único de los monumentos religiosos de la antigua Grecia, con sus purísimos órdenes; con su planta simple, con su mero fronton triangular, sin cruz, sin cúpula, en su desnuda composición de líneas rectas. Así se llevó la servil imitación del arte helénico hasta el extremo de suprimir no solo los accidentes cristianos que conservó el mismo Miguel Angel en la época de la restauración, sino aun los propios adelantos de la arquitectura clásica romana, —el arco y la bóveda,— con que el pueblo rey había modificado, adelantado y embellecido la arquitectura griega pura.

Igual destino cupo á la escultura, y con mayor razón por cierto, porque la escultura es arte esencialmente pagana, que no se amalgama con nuestras costumbres, ni procede de nuestra civilización. Los dos célebres estatuarios, Canova y Thorwaldsen, adoptaron la idea artística universal de Italia y de Europa. El espíritu de su escultura se identificaba de todo punto con el espíritu de la pintura de David, con el espíritu de los que levantaban en París el templo pagánico de la Magdalena. Un mismo pensamiento generador presidía en las tres nobles artes. El *barroquismo* de los siglos xvii y xviii cedia ante una completa reacción, y se reemplazaba en todos los géneros por la tendencia clásica afectadamente pura. Esa reacción iba más allá que el renacimiento, sin tener ni su género ni sus excusas. Así, pasó como una llamarada que presto se consume, en vez de durar, á semblanza de aquel propio renacimiento, como un faro perenne que derrama por siglos sus claros resplandores.

Mientras que, no satisfechos con el

frio amaneramiento del neo-clasicismo, buscaban sus partidarios expresiones más análogas á nuestro tiempo y nuestra sociedad, un alemán reflexivo á par que modesto, Overbeck, abandonando el Tiber por el Tiber, arrobado en la contemplación de las artes cristianas, pensó que solo en ellas, en el período en que ellas dominaron, en las obras que ellas produjeron, se encontraba la expresión genuina, adecuada y pura de la belleza artística. Su punto de partida es Giotto; y después de Giotto, la escuela de Perugia, preferentemente á la de Florencia. Overbeck ha sido el antitesis de David. Pero su pensamiento, ora por la debilidad de la ejecución, ora por las demás causas que se explican en el *Ensayo*, no ha podido dominar las tendencias de la época. Overbeck era asaz débil para la inmensidad de la carga; el pincel no corría parejas en la concepción; y su doctrina, llevada á la práctica, no podía tener una satisfactoria justificación con las obras de su mano.

Fracasó, pues, el purismo neo-católico, como había fracasado el purismo neo-clásico. Sintió el mundo artístico que no podía desandar lo andado; sintió que no le era dable prescindir de conocimientos que ya tenía y de verdaderos adelantos que había hecho.

Después de Overbeck no ha habido quien intente reavivar con mano poderosa los elementos tradicionales del arte. Mas bien se ha caído en otro peligro diferente. Oigamos al Sr. Pacheco textualmente explicándolo:

«Un eclecticismo frío, escéptico, desconsolador, ha tomado el lugar de toda fe, de todo entusiasmo, de toda doctrina; una falta de creencia artística, que á todo se aviene, que lo concede todo, que está igualmente pronta para todo, ha reemplazado á las antiguas convicciones enérgicas, exclusivas, intolerantes, que no conocían sino un perjuicio, y que marchaban por un camino solo, negando y conteniendo cuanto no era conforme y armónico con ellas. La duda y la negación han proclamado su ley. En todo el mundo hay más que en la ciudad eterna, pero hasta en la ciudad eterna menos que en todo el mundo, se ha valido á parar á esa vaga incredulidad de idea, que unida á mucho saber práctico, mecánico, califica y resume mejor que nada la actual situación de las bellas artes.»

Este elocuente cuadro con los no menos elocuentes rasgos que le completan y terminan en los párrafos sucesivos, dan la medida de la opinión del Sr. Pacheco respecto del estado y condiciones del arte en los momentos presentes.

Pero, si es así ¿cuál será su porvenir? ¿Cuál debe ser su carácter? ¿Cuál su norma? ¿Cuál su destino? ¿Qué camino le conviene seguir en adelante?

Condenada la nueva restauración neo-clásica; condenadas las tentativas de un renacimiento neo-cristiano; condenado el eclecticismo, esa expresión indeclinable de nuestra filosofía, de nuestra política, de nuestra sociedad ¿que podemos prometernos en cambio? ¿A que estrella hemos de volver la vista, pidiéndole esperanzas en lo presente, satisfacciones para lo porvenir?

El autor nada ofrece, nada señala, nada predice. El denso velo de lo futuro edubre los destinos del arte, como cierra las perspectivas de la humanidad, en cuyo seno se desarrolla el arte mismo, que debe vivir tanto como ella. El señor Pacheco, no obstante, adelanta algunas conjeturas sin pretensiones de infalibilidad.

El gran arte tiene tres páginas, y no más que tres páginas: la Religión, la Mitología, la Historia.

Para el arte religioso carecemos de fe. No que se halla acabado, ni que esté á punto de acabarse el cristianismo. Pero la época, en globo, es más descreída que lo fué en los pasados siglos; la fe es un resultado de la reflexión y del infortunio, más que una cándida inspiración de la inocencia; los que somos cristianos, lo somos de seguro más filosófica y menos sencillamente que nuestros abuelos. ¿Cuántos pintores comulgarían hoy al empezar sus cuadros como lo hacía el insigne Murillo? Y bien: los artistas que no sean religiosos, completamente religiosos de cabeza y de corazón no harán Saeras Familias como Leonardo de Vinci, Madonas como Rafael, Santos como Zurbarán, Cristos crucificados como Velazquez, Concepciones y Glorias como Murillo.

La otra página del arte, la Mitología, no ofrece la dificultad de la fe; pero tiene otra desventaja para los modernos, la posterioridad en el orden, la inferioridad en el entusiasmo. La restauración, que exhumó el paganismo y se apasionó por sus obras, la restauración, que hizo de él su modelo, su novedad, su amor: la restauración que lo acarició, lo estudió en todos los sentidos posibles, y no olvidó ni dejó por imitar ninguna de sus bellezas, ¿podría ser sobrepujada, podría siquiera sufrir competencia por la edad presente, hastiada del Olimpo y de sus divinidades, y llevada por sus instintos filosóficos al mito, a la idea, a todo lo que es más contrario a la personalidad corpórea de los dioses?

Esto no es posible, y la razón es obvia y clara. Los artistas modernos tienen que colocarse en condiciones facticias para los asuntos mitológicos. El neo-paganismo no ha igualado, ni aún durante el fervor de la restauración, y mucho menos podrá igualar en lo futuro, al paganismo verdadero. No harán una Venus ni un Jupiter como los que nos quedan de la Grecia, los que no creen ni pueden creer en el hijo de Saturno ni en la hija de las ondas.

Resta la tercera página del arte, la Historia. En esta es donde cree el señor Pacheco que puede luchar más ventajosamente con los tesoros de lo pasado el arte, que tal nombre merezca en nuestros días; porque comprendemos la historia mejor que los antiguos; porque hemos estudiado más; porque alcanzamos más hondamente en los graves accidentes que se han sucedido en la vida de los pueblos; porque distinguimos con más viva claridad las fisonomías de los personajes ó de las naciones, que han ajitado al mundo y logrado fijar sobre ellos la atención de las edades. Esto por lo que toca a la pintura.

En lo respectivo a la escultura, su fallo es consiguiente con las ideas y principios desarrollados en toda la obra. Para el autor, como para nosotros, como para todos los que han meditado algo sobre estas materias, la escultura, en su aplicación genuina y primitiva, en su esfera de la simple y desnuda forma, en su carácter y en su idea pagánica, es irremediablemente un arte muerto. Cabe la imitación, cabe la copia; como Alvarez lo hacía respecto a los colosos de Monte Cavallo; como lo hacía Canova respecto a los Apolos y a las Venus de Florencia y de Roma, pero esas copias y esas imitaciones no se elevarán jamás a la condición de un arte vivo, de un arte verdadero y propio.

No así la arquitectura, que se diferencia mucho de sus dos hermanas en cuanto representa necesidades más íntimas y continuas de la humanidad. La arquitectura no es accesoria de ninguna de las artes, y puede tener por accesorias a todas. Puede existir y ha existido en todas las civilizaciones. Su historia se remonta más que las de las otras artes, y podrá durar más también; pues que no se concibe su término en tanto que subsista en el mundo una cultura cualquiera.

La marcha de la arquitectura ha sido permanente, y en todos sus altos se ha distinguido por dignas condiciones. De los monumentos indios, egipcios y babilónicos, pasó al Partenon de Atenas, de este al Panteón de Agripa, y de este a las catedrales de Florencia y Pisa, a las de Sevilla y Colonia, a la Alhambra de Granada, a San Pedro de Roma, para venir de período en período, de novedad en novedad, de transformación en transformación a las nuevas creaciones arquitectónicas, bellas también, también nobles, también dotadas de porvenir, que admiramos en el Palacio de Cristal, en la Estación de Paddington, y en el Puente de Cubzac sobre el Dordoña. Cada civilización, cada creencia, cada necesidad se ha realizado en la piedra, según que cada una ha ido apareciendo en el mundo.

No hay, pues, que abrigar temores por el porvenir de la arquitectura. Esta insigne arte es de todos los siglos que tienen una idea, de todos los pueblos que la simbolizan ó la resumen. No empero se crea por esto que no influya en ella, como influye en las demás, el eclecticismo de nuestro tiempo, que todo lo confunde, con todo se aviene, levanta en París el Palacio de la Industria, neo-clásico, enfrente de Santa Clotilde, neo-gótica,

y eleva en Madrid con las propias contraposiciones el San Gerónimo del Retiro y el Congreso de los Diputados. Pero de todos modos y a pesar de esta inevitable anarquía, es indudable que con otras nociones y otras necesidades no conocidas ni por la antigüedad ni por la restauración, han surgido y se desarrollan nuevos gérmenes, que vaticinan nuevos, mas amplios y más variados destinos para la arquitectura.

Tal es el espíritu del precioso *Ensayo* del Sr. Pacheco. Seguirlo en todas las ampliaciones, en todo el desenvolvimiento de su idea fundamental, ya lo hemos dicho, sería hacer un nuevo libro. Y nosotros carecemos del raro talento del Sr. Pacheco; de ese talento que sabe condensar en breves líneas una serie innumerable de pensamientos.

Tampoco diremos nada de estilo. ¿Quién no conoce en España y fuera de España el estilo del Sr. Pacheco? ¿Quién no ha saboreado esa dición pura, castiza, natural, propia, nítida como el acero bruñido, corriente como el agua que se desliza de su manantial, salpicada de matices variados y deslumbradores como las gotas de rocío en que se quebran los rayos del sol naciente; esa dición tan fácil para comprendida cuanto difícil para imitada, que abraza la afectación, que huye del neologismo, que desprecia los oropelos, que traduce sus pensamientos con la misma rigurosa fidelidad que el daguerreotipo reproduce las líneas y las formas; esa dición una y múltiple, siempre idéntica y siempre varia, que truena impasible en la tribuna, pero solemne en el foro, enseña magistral en los tratados jurídicos, descuello ingeniosa en el periodismo, diserta grave en la cátedra, y cuando nos la imaginamos solo propia para trazar las altas y raudas de la ciencia y las profundas enseñanzas de la política, hémosla que salta de súbito con las alas multicolores de la mariposa al florido campo de las artes, y canta con voz de sirena el himno de sus misterios, y revela, inspirado vate por el génio de la estética, las perfecciones lineales de la Venus Callipige, la inefable belleza de la Madonna de Tolignó, las inimitables proporciones de la Rotonda de Agripa y el encanto de los arabescos afiligranados de la Alhambra?

No nos despediremos del *Ensayo* sin una última observación, que pone de manifiesto el corazón del autor, como el *Ensayo* mismo ha dado testimonio de su talento. ¿No nos ha llamado ya, como él mismo dice, a la Alhambra?

Mientras que el Sr. Pacheco apuraba la copa de sus investigaciones y recuerdos artísticos en los lugares mismos de su más espléndida manifestación, un hado cruel tejía la urdimbre de la mayor de sus desgracias. En esos propios lugares, que en cantaban al adorador del arte, comenzaron las angustias del adorador de la esposa. La del Sr. Pacheco sintió allí los primeros ataques de la enfermedad que había de llevarla al sepulcro, joven todavía, bella como una estatua de Praxiteles, dulce como una Madonna de Sanzio, virtuosa como una santa de los pasados siglos. El sol de Italia alumbró el principio del eclipse de la brillante hija de España, y las nieblas del Sena helaron luego con su glacial aliento la lozana flor del Bétis. El autor termina su *Ensayo*, consagrando a tan tristes recuerdos líneas igualmente tristes, que prueban cuán hondamente se penetrado la punta del dolor en las mas íntimas y delicadas fibras de su corazón.

Nosotros, que tuvimos la honra de conocer y tratar a tan digna señora, al leer tan inconsolables líneas, movidos de la simpatía irresistible que siempre nos inspiran el talento y el dolor, sentimos caer las lágrimas de nuestros ojos y el libro de nuestras manos.

Francisco Muñoz del Monte.

LA DESAMORTIZACION EN ESPAÑA

Materia de vasto y provechoso estudio ofrecen los escritores políticos españoles de los siglos XVI y XVII, que fundadamente acaba de esponer el Sr. D. Manuel Colmeiro, al ser recibido en la Academia de la Historia, que, sin consultarlos, no es posible pintar los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II con verdad y con el color propio de su tiempo. Muy acertado anduvo también el

Sr. D. Antonio Cabanillas al encarecer la necesidad de una historia económica de nuestra patria, respondiendo al discurso de su nuevo colega. Ambos señores indicaron algunas especies de las emiendas ya hace dos siglos por hombres celosos para remediar los males que afligían a España; pero tan abundante es el asunto; que solo muy someramente pudieron citar algo de lo que se propuso para amparar y socorrer a los pobres, fomentar la labranza; la ganadería, la industria y el comercio, asentar el crédito público sobre sólidas bases, y algo también de lo que circula impreso desde entonces acerca de la alteración de la moneda, de los vejámenes con que los arrendadores y recaudadores de los tributos abrumaban a los pueblos sin ventura, de las causas de que se derivan tantas y tan crecientes angustias como afligían a la nación española. Sin embargo, hay un punto sobre el cual nada insinuaron uno ni otro, y es de tanta monta que no parece sino que la callaron de intento. Se alude a la manera de pensar de nuestros escritores políticos del siglo XVII sobre el excesivo número de clérigos y frailes y sobre la desmesurada aglomeración de bienes raíces en manos muertas. Supliendo esta omisión notable, examinando igualmente lo que se pensó y puso en planta sobre lo mismo durante el siglo XVII, se adquirirá el íntimo convencimiento de la legitimidad y urgencia de las reformas efectuadas en nuestros días, y de la improcedencia y temeridad de procurar que se renueven los abusos ya dichosamente extirpados, ó que tomen cuerpo y se vigoricen aquellos de que todavía quedan resitiosos.

Haciendo memoria de las interminables guerras exteriores sostenidas desde el advenimiento de la dinastía austriaca al trono; de que, según el historiador Luis de Cabrera, ya en tiempo de Carlos V se estuvo a punto de abolir las dendas de la corona ó de hacer bancarota; como diríamos actualmente, por la enormidad de su importe; de que reinando Felipe II fué necesario agregar la contribución de millones a la ominosísima de alcabalas, y se celebraban frecuentes juntas en casa del marqués de Póza para ver de buscar remedio a los apuros del Erario; de que por entonces estalló también la guerra de Flandes; tan influyente en nuestra ruina, pues al decir de un varón eminente y de crítica muy juiciosa (1) debajo de aquella máscara y en el campo y figura de holandeses peleábamos con la emulación de Francia, con la heregía de Alemania, con los celos de Venecia, con los horrores de Inglaterra y Escocia y con todos los defidentes de Italia; después de reconocer la autenticidad de tales datos, fácil es comprender con cuánta exactitud espuso Felipe III a las Cortes de Madrid del año de 1600 que su patrimonio estaba acabado y de rey solo había heredado el nombre y las cargas, por hallarse vendida gran parte de la cantidad á que ascendían las rentas fijas de la corona, quedando empeñadas por muchos años, y sencillísimo es designar el origen de las desventuras que ocasionaron nuestra decadencia y nos pusieron a punta de ruina; desventajas ya notorias a los ojos de los perspicaces cuando nos coronabamos con los inmarcesibles laureles de Pavia, de San Quintín y de Lepanto.

Desde que Felipe III ocupó el trono, quiso poner enmienda a los daños que se agravaban de día en día, y no pudo menos de reconocer, como uno de los mayores, el excesivo número de conventos, creciendo así el desconsuelo de los vasallos, que no podían socorrer tan grandes necesidades. Ya en el año 1603 confirió secretamente este grave negocio con individuos de las comunidades religiosas. Entre ellos contóse fray Francisco de Losa y fray Sebastian de Bricianos, obispos después uno y otro, y ambos le aconsejaron que mandara no fundar más conventos. Por testimonio del segundo de estos varenos, con apariencia de bien y piedad, se habían multiplicado los monasterios de religiosos, pareciendo que se multiplicaban más siervos de Dios y santos, y también más ministros para la administración de los sacramentos de la penitencia, y para ayudar á vivir y á morir bien a los fieles. Con este título y color procuraban los señores fundar conventos en sus lugares, introduciéndolos por vanidad y por emulación de sus semejantes, alegando por excelencia de sus estados el mayor número de conventos, y erigiéndolos de descazos por menos costosos. Lo mismo opinaron fray Maslien, arzobispo de Caller, y fray Serafin Freitas, catedrático de Cánones en la universidad vallisoletana; ambos mercenarios; y fray Luis de Miranda, religioso franciscano de gran virtud y doctrina, dedicó al Real Consejo de Castilla un tratado lleno de luz para que atinara en el caso. (1) Cristóbal Pérez de Herrera, prot. médico de Felipe II, y escritor político de mucha nota; animándole a serlo fray Diego de Yepes, confesor del monarca, y llegando á merecer que se le nombrase *protector general y procurador de los pobres de España*, trató diversas veces del propio asunto. En sus discursos sobre el amparo de los legítimos pobres, en sus *doce advertencias de mucha consideración para la utilidad y riqueza de estos reinos*, y en sus *remedios para el bien de la salud del cuerpo de la república*, propuso que no se permitiera en muchos años la fundación de nuevos conventos, á no ser por gran causa y razón muy justa, y que se refundieran los más pobres en otros más ricos. Para que la nación se hinchiere de ciudadanos, creía muy conveniente que se favoreciera el estado del matrimonio, y se pusiera algun limite, y se estrechara más la admisión de vicios en las órdenes religiosas. Con suprimir tantos preceptores y estudios de gramática en lugares cortos, y dejarlos no más que en las universidades y grandes poblaciones; se honseaba de que no habría tan gran número de gente ordinaria que sabiendo lengua latina, por solo su comodidad, se hicieran clérigos ó se entraran religiosos, en vez de ser labradores, como sus padres, ó de ocuparse en otros oficios ó ministerios provechosos al Estado. Esforzando su dictamen sesudo, manifestaba que no existía villa ni lugar de alguñ vecindario, donde no hubiese muchos conventos y clérigos de sobra, de lo cual resultaba que viviesen con menos autoridad y decencia que si fueran en número más proporcionado, á pesar de enagenarse y apurarse las haciendas, de forma que no eran de provecho, para ayudar y servir como debían a la corona. Conducente a la ejecución feliz del proyecto, le parecía que, bajo la presidencia del cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, primado é inquisidor general de España; se juntasen algunos prelados á tratar de la reformation del estado eclesiástico en razon del gran número de sacerdotes; y aseguraba que, hablando con algunos generales de las órdenes religiosas de esta materia, les había oido decir que de buena gana tomarian este cuidado y trabajo, por ser cosa muy conveniente al bien universal de la cristiandad y de estos reinos.

Aunque publicada en nombre de otro, al célebre Antonio Pérez se atribuye una obra dirigida al duque de Lerma y titulada: *Notas de principes, vireyes, consejeros y gobernadores y advertimientos políticos sobre la particular y público de una monarquía, importantísimos á los tales, fundados en razon y materia de Estado y gobierno*. Allí pedía que se considerase lo mucho que las rentas y bienes raíces eclesiásticos iban creciendo, y que se reconociese que, si no se ponía término y medida á las mandas, y donaciones, y herencias y compras que hacían con lo que les sobraba, dentro de breves años vendrian á ser de eclesiásticos así las casas y viñas como las heredades y los juros, quedando enteras las necesidades de los seglares. No se le alcanzaba que sobre estos, ya de sustanciados, se cargaran los pechos y derechos de la corona, y de lo que discurría sobre esta materia y de la disminución de gente de servicio público en España recelaba males é infortunios que aun para pensados eran grandes. También instaba con el fin de que se calculase que, si las personas eclesiásticas eran tantas que habian menester sus fincas todas y lo que se les aumentaba de continuo, muy brevemente no quedaría quien labrara las tierras ni defendiera la monarquía.

Por el año de 1612 daba á luz fray Juan Marquez su *Gobernador cristiano*, y

(1) Pablos y Mendoza (D. Juan). *Juicio interior y secreto de la monarquía para mí solo*. Se halla impreso en el tomo V de la edicion completa de sus obras y en el VI del *Semanario erudito* de Valladares.

(1) Maestro Gil Gonzalez Dávila, *Vida y hechos de Felipe III*, capítulo 85.

sin vacilaciones decía que un monarca no tiene de quien temer sino de los grandes señores y de los coligios de rentas gruesas. Siete años más tarde imprimió Sancho de Moncada, catedrático de Sagrada escritura en la universidad de Toledo, su *Restauración política de España*, y fijaba la consideración asimismo en la creencia divulgada por aquel tiempo de ser frailes, monjas, clérigos, beatos, miembros de la Orden Tercera, eremitas y gente de voto de castidad la cuarta y aun la tercera parte de los españoles, con lo cual se iba disminuyendo la jurisdicción real, é introduciéndose grande relajación y mal ejemplo. Muy de bulto hacía resaltar el dato de no encontrar-se quien acudiera al comercio, oficios, guerra, labranza, y á las demás necesidades públicas, por entrar algunos á comer, y al parecer sin vocación, de Dios, en los conventos donde ocurría á menudo que de ochenta predicadores solo dos tuvieran sermones, y los demás no alcanzaran ni una misa, viviendo de consiguiente ociosos. Finalmente, se asociaba al dictamen de los que tenían por evidente que el reino ya no podía mantener á tantos pobres, porque á la sazón pedían limosna los más de los que solían darla antes; y aconsejaba que se instara á los prelados de las comunidades religiosas para que no dieran hábitos sino á las personas de las calidades que pedían sus estatutos, y que se sacara bula de Su Santidad para que nadie fuera ordenado de sacerdote sin estar graduado de bachiller de teología ó Cánones en universidad aprobada.

Perseverante Felipe III á los últimos días de su reinado en el noble propósito de remediar los males que á toda prisa iban acabando con la monarquía por las continuas leyes de gente, y la falta de Hacienda, y la imposibilidad en que se hallaban los lugares de satisfacer sus tributos, acudió al Consejo de Castilla, y de aquí provino la famosa consulta de 1.º de Febrero de 1619. Entre otras cosas propuso aquella corporación respetable que se suplicara á Su Santidad que no se erigiesen nuevas órdenes religiosas, y que se tuviera la mano en dar licencia para muchas fundaciones de monasterios, y que se pusiera límite en el número de religiosos. Desu inuchedumbre, según aseveraba acertadamente el Consejo, se seguía á las mismas órdenes el perjuicio de la relajación que las desautorizaba por ser recibidas en su seno muchas personas que más se entraban huyendo de la necesidad y con el gusto y dulzura del ocio que por devoción que les moviera á apartarse del mundo; fuera del daño que resultaba á la conservación universal de la corona de faltar por este camino mucha gente útil y provechosa para el real servicio, y de empobrecerse los seglares sobre quienes pesaban tantas obligaciones con las muchas y muy grandes haciendas que se incorporaban al estado eclesiástico para no circular nunca. Esperanza abrigaba el Consejo de que, alcanzando Breve de Su Santidad para que no se admitiesen novicios de menos de diez y seis años ni profesaran hasta los veinte, se retraerían muchos de ir por este camino, que, aun cuando para ellos fuera el mejor y más seguro, para lo público venía á ser muy perjudicial y dañoso, y de que también ayudaría á igual objeto la reforma de algunos estudios de gramática nuevamente fundados en lugares de escaso vecindario, pues, con la ocasión de tenerlos tan cerca los labradores, divertían el ejercicio y la ocupación en que nacieron y se criaron sus hijos, poniéndoles al estudio, en que la mayor parte aprovechaban poco, y del cual salían ignorantes, por serlo también los preceptores.

Glosando esta consulta escribió la utilísima obra titulada *Conservación de monarquías* el canónigo Pedro Fernández Navarrete. Sin conocimiento suyo imprimióse en Barcelona el año 1621, bien que de una manera incompleta. Con cinco años de posterioridad se hizo la edición en que tuvo parte. No entró receloso en la materia de que se trata, porque los más graves y doctos varones de las comunidades religiosas habían escrito papeles tan superiores en igual sentido que, solo con referirse á ellos, le pudiera bastar para dilucidarla del todo. Sobre la muchedumbre de órdenes monásticas dijo que era deseo en la cristiandad ya antiguo el que no se crearan otras nuevas, y nacido cuando no había la tercera

parte que entonces. Eficazmente apoyó lo representado por el Consejo de Castilla para que no se fundaran más conventos, y no se admitieran novicios menores de diez y seis años, ni antes de los veinte se efectuaran las profesiones; y también que el número de clérigos se limitara por ser excesivo, y contarse muchos que entraban con poca literatura y suficiencia á estado en que tan necesaria es la sabiduría, y muchos otros sin competentes beneficios ó suficientes patrimonios con que sustentarse, de que resultaba ya verse en España tantos eclesiásticos mendicantes en oprobio del sacerdocio. Aun sustentando Navarrete que se exageraba mucho lo que el clero secular y regular poseía, y que á la Iglesia no le alean las riquezas, sino su abuso; y que el estado secular recibía poco daño de que las comunidades religiosas fuesen ricas, pues muchos que, viviendo en el siglo, consumían pingües rentas, no gastaban cien ducados en el claustro, y si no volvían á salir de las manos muertas las propiedades, salían los frutos por medio de las compras y limosnas, que con mano larga daban las religiones; no le parecía inoportuno que algunas iglesias catedrales y algunos conventos con dotaciones suficientes de aniversarios y capellanías desechasen algunos, ya que en su cumplimiento se ofrecían siempre mil dificultades, por ser muchas en su número y alcanzarse de esta suerte las unas á las otras. Trayendo á la memoria el público prego de Moisés, para que el pueblo no acudiese con más ofrendas, al saber que el Tabernáculo podía ser construido con las ya presentadas, se declaró por su renovación donde la riqueza hubiera llegado á ser superabundante. Finalmente, estampó el digno canónigo de Santiago estas elocuentísimas palabras: —«Póngase el mismo estado eclesiástico á la reformation, sin dar lugar á que los políticos censuren su riqueza, que muchas veces daña para la modestia y para las demás buenas costumbres, dando motivo á que la ambición, fortalecida con el dolo y el engaño, á desear el sueldo y el grado de la disciplina eclesiástica, haciéndolos más insaciable cuanto más poseen. Con lo cual no debemos admirarnos los eclesiásticos de que los seglares ponderen y exageren de qué está muy rico el estado clerical, estando el secular atenuado y pobre. Treinta y dos Universidades y cuatro mil estudios de gramática latina, se contaban á la sazón en España; al consignarlo así Navarrete, y exponiendo que muchos, por falta de hacienda ó inseguridad de títulos, se quedaban en los principios del estudio, y con ellos tenían ánimo de aspirar al sacerdocio, y algunos que no llegaban á conseguir las órdenes sagradas, se quedaban en estado de vagabundos por los caminos de estudiantes, y otros fingiendo ser sacerdotes, no solo esforzaban las razones del Consejo de Castilla, para la reforma ya fijada, sino que juzgó conveniente poner raya á algunas fundaciones de Universidades y estudios y tantas de colegios, persuadiendo á los fieles que quisieran dotar obras pías, que las efectuaran para casar huérfanos y para socorrer necesidades de labradores.

De consiguiente, se va empezando seguir y fomentar el retrato de Felipe III, aumentados los conventos; multiplicándose los frailes y clérigos fuera de medida; cayendo en sus manos las mejores propiedades del reino; señalándose por los políticos la enormidad de tales abusos; buscando remedios para extinguirlos ó atenuarlos; hallándolos, sin duda, y aplicándose á pesar de todo, porque, cimentado en la Inquisición de funesta memoria, el omiso poder monacal era preponderante entre nuestros mayores.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

LOS FERRO-CARRILES.

Y SU ADMINISTRACIÓN CONSIDERADOS BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO Y SOCIAL.

Artículo I.

La grande y fecunda revolución del año 93, desencadenó sobre el mundo el federalismo de los intereses materiales; pero el agente de igualdad (*el camino de hierro*), más eficaz que el nivel de aquella época, les después de treinta años de existencia un mito, considerado económica y socialmente bajo el punto de vista de su valor industrial, de la influencia

que ha podido tener sobre la distribución del trabajo, y de la riqueza de las naciones; y por último, sobre el progreso de la civilización y la vida de las sociedades.

Los ferro-carriles son un hecho positivo hoy, y el sintoma de una transformación profunda en las aspiraciones de la familia humana. Nació la idea y se desarrolló en medio del protestantismo, y aunque el catolicismo denunciaba los ferro-carriles hace pocos años á los fieles, hoy ya reconoce su error y patrocinó la invención.

El ferro carril tiene el consentimiento universal, ley de todos, ley legítima, y por lo tanto del porvenir; pero hasta hoy es más bien un instrumento de privilegio que un magnífico sistema de transporte capaz de civilizar los pueblos.

La clase media teme que la primera revolución, que ha producido el trabajo industrial aplicado á todo por medio de órganos inertes; es decir, el federalismo industrial, ha ya abierto una era de retroceso en vez de una época de progreso. La duda y las vagas aspiraciones se manifiestan.

Sin embargo, la máquina se mueve, podemos decir con Galileo; por lo que la vemos activa, variada, y en su función múltiple, aparece como el gran redentor de todas nuestras penas corporales, como la solemne promesa de bienestar, y el testigo más tangible del poder progresivo que pertenece á la humanidad.

Revela al hombre de la esclavitud de la materia, prometiéndole la emancipación completa de su inteligencia, y le asegura la conquista de esa libertad individual y social, que es el derecho merecido é inalienable de las civilizaciones perfectas.

En el estado salvaje, que debió ser la cuna del mundo la esclavitud del hombre á la naturaleza fué una fatalidad. Después se creó la esclavitud del hombre al hombre, que siendo ya un progreso, permitió á las primeras aristocracias del pensamiento constituir las sociedades antiguas. Este progreso se llama barbarie.

La civilización empieza. El período al cual pertenecemos, período en que el elemento liberal y reformista se consolida cada vez más en nuestras instituciones á medida que una conquista nueva de la ciencia se confirma en el orden material, no es más que la victoria continua del espíritu sobre la materia. La clase oprimida reduce poco á poco su deuda diaria de fatiga corporal, llamando inteligentemente á la naturaleza en su ayuda, descubriendo sus recursos, utilizando su acción, y transformando los para sus usos; así adquiere á su manera su parte de reposo físico, su derecho al trabajo del pensamiento; así va el progreso; de la ruina que fué su causa, hace el beneficio que produce.

En toda sociedad, la forma política se deduce y es una consecuencia del estado económico; el arte debe estar subordinado á la ciencia.

Así en la antigua Egipto vemos el gobierno determinado a priori por el estado agronómico del país. La casta sacerdotal es un colegio de agrimensores con obligación, después de las crecidas del río, de presidir cada año á la distribución de las tierras, al reconocimiento de las heredades, á la buena explotación y conservación del patrimonio de todos; y para no perder el predominio y la influencia sobre las clases inferiores, hacían de la geometría y de las demás ciencias una enseñanza oculta, inviolable y misteriosa, que impedía á los profanos levantar el velo sagrado del Isis.

Ese es todo el sistema egipcio; lo demás no era más que accesorio. La sociedad egipcia murió porque del antagonismo entre el sacerdocio que entonces era verdadero rey, y el poder real, esencialmente subalterno, nació la duda, la lucha, la revolución y el despotismo extranjero.

Atenas permanece feudal, bajo la opresión de los tiranos heráclidas, hasta el momento en que su comercio con el mar empieza á desarrollarse. A medida que su población de marinos y mercaderes se fortifica, se democratiza; vuelve á perder más tarde su libertad, tanto por el desarrollo subversivo de su mercantilismo como por las armas extranjeras.

Esparta, donde se conservó el espíritu militar, bárbaro, de los Dorios; Esparta, enemiga de la industria, del comer-

cio, del trabajo, no fué nunca más que una comunidad de nobles servida por los Hilotes. Nada de estado económico en Lacédemonia, nada, por eso de verdadero gobierno.

¿Qué fué Roma en sus primitivos tiempos?

Una sociedad formada de dos clases; de patricios ocupados en cultivar su escaso dominio y diseminados sobre el *ager romanus* deseosos de estenderlo más y más, y de plebeyos, aglomerados en el asilo de Romulus, y ejerciendo las profesiones industriales. Mas de dos siglos se sostuvo el poder real apoyado por la plebe; hasta que por el efecto de las conquistas territoriales, predominó el elemento rústico y rompiendo el equilibrio económico, arrojó á los Reyes.

Durante la República, el patricio lucha con el plebeyo; aquel abandona los campos por las voluptuosidades de la Ciudad Eterna, y se convierte en ciudadano abdicando así de su origen; se rompe el equilibrio económico del Estado, y surge un período revolucionario. De Mario á Augusto, Roma estuvo agitada durante sesenta años por guerras civiles, al cabo de las cuales el partido aristocrático fué vencido. Pero la industria del pueblo-rey victorioso, que logró estender sus legiones de Occidente á Oriente, consistió en domar á los rebeldes, y en explotar á los vencidos. En Roma, como en Esparta, el estado económico pasó á ser un estado militar, el gobierno una dictadura sin fin, y la República, cayendo bajo el absolutismo de los Pretorianos y de los Césares, dejó de existir completamente con la aparición del cristianismo y de la barbarie.

En virtud de la igualdad política y civil inherente á las costumbres de los Barbaros, el territorio conquistado se dividía entre las familias que conservaban la autoridad soberana, la ejercían colectivamente, y sometían á ella hasta el mismo emperador Carlomagno, reasumiéndose todo el estado económico de entonces en la propiedad alodial ó immune, y en una tendencia marcada por este emperador hacia la centralización destruida poco después de su muerte por sus mismos hijos ayudados de la indisciplina germánica.

Nace la feudalidad del caos de los siglos IX y X. Luchan los señores feudales desde sus castillos y moradas dispersos por el suelo, contra los industriales y los mercaderes; que indudablemente hubieran vencido si aquellos no hubieran sido ayudados por la población aglomerada de las ciudades, que quería conquistar poco á poco sus franquicias. El sistema económico-político de los feudos toca á su término. Poco á poco, y á fuerza de trabajo, el siervo se liberta de la esclavitud y de las jornadas de trabajo gratuito que dedicaba á su señor, y se hace colono y propietario. Se emancipa ya á vender las propiedades, fórmase la clase de los villanos parecida á la de los ciudadanos de Roma, se modifica el estado económico, el centro de gravedad política oscila, el poder real, apoyado por sus fieles comunidades, llega á su apogeo, y el feudalismo espira en el siglo XV entre los brazos de Fernando y de Isabel.

De la antigua sociedad feudal nacieron los abusos, los monopolios y privilegios, que cuatro siglos no han podido desarraigar de nuestro suelo todavía; desaparecieron los lazos que unían entre sí los diversos elementos que componían entonces la vida política del país. Ni el espíritu de organización, ni la inteligencia política existieron en las municipalidades de España y en la nobleza feudal, elementos tales que no supieron medir sus fuerzas con sus superiores; y era natural que las comunidades de Castilla murieran en 1522, en la lucha que emprendieron por la libertad.

Al aparecer el siglo XVI, punto de partida de la historia moderna, y en el momento en que los restos de la antigüedad pagana se mostraban en todo su esplendor, dos inmensos sucesos correlativos, aunque distintos, vinieron á agitar el espíritu y la sociedad humanas: la reforma de la Iglesia y la fundación de las grandes monarquías de Europa; pero la Edad Media fué impotente para organizar y reformar la condición de la cristiandad, por el renacimiento de la antigüedad clásica, ó por la reformation de Lutero y de Calvino.

Cuasi vislumbraba el siglo XVII, y tres sistemas políticos distintos (que aún hoy

se disputan el imperio de la sociedad moderna) estaban ya en plena actividad en los tres grandes estados de la Europa occidental. En España, el absolutismo católico; en Inglaterra, un sistema esencialmente protestante; en Francia, un sistema de catolicismo moderado pero ilustrado.

Tres siglos han pasado desde esa época; dos razas, rivales antes de gloria y de poder, han ocupado sucesivamente el trono; la una y la otra han dejado la nación en el desfallecimiento y en la apatía; ellas comprendieron que sus intereses ganarian si el país estaba preparado y resuelto a aceptar uno de aquellos dos sucesos que hemos mencionado, cual es la fundación de una gran monarquía, pero se obstinaron estúpidamente en que la reforma religiosa penetrase en los inmensos territorios que se componían entonces el imperio español: la oposición continúa hoy aún.

En España se ha trabajado algo y con algún fruto (en estos sesenta años últimos, para tener libertad intelectual, libertad política, libertad civil, libertad religiosa, y si la industria de la nación, la riqueza, las flotas, la hacienda, la literatura y la poesía nacionales, su política, su inteligencia, su prestigio en el exterior, su ascendiente gubernamental, las ciencias, las artes, no han llegado al grado de perfección que hoy vemos tienen en otros países, debemos convenir en que no son lo que eran hace treinta años.

No nos queda duda que nuestro país puede tener pronto vida propia; todas las instituciones han de resentirse en un corto plazo de esta verdad, a pesar de tres siglos de apatía, de esterilidad y de decadencia que son una horrible pesadilla más difícil de sacudir que la del yugo extranjero. El reinado de Carlos III y la guerra de la Independencia son dos magníficos destellos de luz, que como avisos sobrehumanos, indicaron al mundo que la sávia todavía circulaba por el tronco: ellos disfraczaron y aplazaron la ruina con algunas reformas incoherentes e incompletas, pero hechas con buena intención. Pasados estos dos cortos minutos, si es verdad que nada de nuevo ni de verdaderamente grande ha ocurrido debajo del sol, creemos firmemente, a pesar de lo que puedan decir los pesimistas, que la convalecencia del Ibero adelante, aunque lentamente.

La sociedad española puede tener instituciones legítimas, y las tendrá: dotada de conciencia y de espontaneidad, mas todavía no bien organizada, cuerpo con grande alma, su existencia anormal no es un peligro para sí misma ni para los otros pueblos, que encontrarán en ella una ardiente defensora, de los que combaten los males ocasionados por el contagio de la esclavitud, del monopolio, de la hipocresía y de la inmoralidad. La confusión en las cosas ha engendrado, sin embargo, la contradicción en las ideas; del gobierno la agitación puede pasar al pueblo, y los novadores predicen ya un nuevo campeón en la lucha: el espíritu revolucionario, en cuya via se labzó la España desde que en 1808 despertó de su dulce reposo, por el llamamiento del honor nacional y de la guerra, y del cual no la salvarán ni el espíritu de sus antiguas costumbres, ni su arraigado amor al Trono y a la Iglesia, que no han conseguido vencerlo, aunque sí contenerlo.

El cambio de nuestro estado económico traerá consigo con el tiempo una gran transformación en nuestro estado político. Por casamiento y por conquista, Fernando e Isabel redujeron la Península a un solo reino; la unidad había triunfado en el gobierno del mismo modo que en el territorio. La aristocracia feudal estaba subyugada; los nobles no iban siempre a ocupar su asiento en las Cortes: la Corona llamaba, de preferencia para aquellos puestos, a los delegados de las ciudades, clase dócil y fiel que quería votar poco dinero y que se le respetasen sus franquicias. El elemento urbano se mantenía de abusos, entre los que hay que colocar los privilegios de corporaciones (tan estimados por el mismo elemento francés hasta en 1789) y que constituían el verdadero estado económico de nuestro país hasta hace pocos años.

El estado militar y el sacerdocio se ha conservado preponderante hasta nuestros días en el gobierno de nuestro país. La política española está todavía en la edad

en que los pueblos se batan; tiempo es ya de que entremos en la edad en que los hombres se cuentan, ó sea en la edad de la libertad, para pasar después a la de la ciencia.

El único hogar aparente que queda, último refugio de la vida política, es la ciudad; montón de edificios, aglomeración de hombres sobrepuestos y centro común de la agitación plebeya, urbana y aristocrática. Ni al elemento plebeyo, es decir, a las clases menos avanzadas, ni al elemento aristocrático pertenece el porvenir; el elemento urbano tiene más que temer del primero, ó de la clase trabajadora y asalariada, que del elemento aristocrático.

España, donde se ha conservado también, como en Esparta, el espíritu militar, España, poco amiga hasta hace poco de la industria, del comercio y del trabajo, no ha tenido verdadero gobierno porque su estado económico no ha existido: en general hablando, desde Felipe II; pero hoy ya se mejora su situación cada día. Desde hace sesenta años que los hechos han marchado, el estado económico se ha vuelto a modificar de nuevo. Un nuevo trabajo de refundición en los partidos políticos, se está operando en nuestro país; el partido plebeyo protesta contra el federalismo de la clase media; el elemento urbano a su vez proscribía la democracia, porque dice que un gobierno fundado sobre el instinto del proletario; es decir, de las clases menos avanzadas, en un siglo que ha tomado por divisa el progreso, es un contrasentido: el elemento militar, no tan unido como el sacerdocio y otras varias instituciones, han renegado de su origen; dichas clases deben reformarse en una época en que el trabajo es el símbolo de las naciones; pero encima, y sobre todo este caos, la revolución, absorbiendo toda diversidad en su síntesis, ha formado ya la base para levantar un orden político superior, en el que clase media y proletariado tienen que refundirse definitivamente.

La transformación del estado económico única capaz de resolver todos los problemas políticos, se verificará por los caminos de hierro.

P. C. CALVO Y MARTÍN.

LUISA MOLINA.

No es una novela la que titulamos con el nombre desconocido que encabeza estas líneas; tampoco es una biografía; pues, no vamos a ocuparnos, lo confesamos desde el principio, de ninguna de esas individualidades importantes que han sabido conquistarse poderosamente el interés del público, dándole en cambio el derecho de conocer y examinar todos los títulos, más ó menos legítimos y gloriosos, por los cuales han merecido aquel envidiado privilegio. Dedicamos los cortos renglones que hoy traza nuestra mano con emoción profunda, a una existencia oscura, ignorada, humilde, y que, sin embargo, no nos parece menos interesante que la más bella creación de los novelistas, ni menos digna de simpatía que la celebridad más pura.

En la Isla en que nacimos, y de la que conservaremos siempre dulcísimo recuerdo; en la virgen Cuba, bajo aquel cielo espléndido y risueño, que cubre, no obstante, grandes desventuras y dolores, a las agrestes márgenes de un pobre arroyo, honrado con el nombre de Moreto, existe una mujer, una joven, a la que el destino concedió los dones celestiales de la inteligencia, a trueque de la perenne privación de todas las ventajas sociales. No hace mucho tiempo que cuantos tuvimos ocasión de pasar por el pueblo de Manzanares, hablabamos con interés de una muchacha ciega, que pedía limosna en sentidos, aunque desahinados versos, improvisados por ella con asombrosa facilidad. Y bien: Luisa Molina es como la ciega de Manzanares, una naturaleza inculta, una pobre niña del pueblo, que ha nacido y que vive todavía bajo el pajizo techo de una choza; en uno de los sitios menos pintorescos del rico suelo cubano. A trazarnos en la imaginación el triste cuadro de su prosaica y laboriosa existencia, viene-senos también a la memoria, involuntariamente, otra aldeana de tiempos ya remotos: otra pobre doncella ignorante y oscura, que ha dejado, sin embargo, un nombre imperecedero en los anales de la

Francia. Juana de Arco, tegiendo coronas de silvestres flores para la virgen de Domremy, bajo las ramas seculares de la Encina de las Hadas, ó cardando lana a la sombra del negro paredón de la iglesia, oía sin cesar aquellas voces aéreas que la llamaban enérgicamente a las escabrosas sendas de la gloria. Luisa Molina ha escuchado también desde sus primeros años y entre las ásperas faenas del campo, esas intenciones irresistibles de la inspiración y del entusiasmo, que en balde intentarían sofocar la voluntad y el raciocinio.

Como los ángeles belicosos, que descendían de las esferas azuladas para poner en la mano ferretil de la pastorcilla de Orleans el sagrado acero de la patria, gritándole: — ¡tú serás su salvador! — así ha contemplado también la joven campesina del Moreto, bajar resplandecientes a su humilde cabaña las divinas visiones del mundo de las ideas, trayéndole la lira, y anunciándole con inefables acentos — ¡tú serás poeta! — Y Luisa cumple la extraña profecía: Luisa es poeta, como fué Juana héroe; pues no es dado al hombre eludir jamás los decretos del destino, ni nada alcanza a desviar la fatal aureola de aquellas frentes marcadas por la Providencia con el doble sello del infortunio y del genio.

Luisa es poeta, a pesar suyo; a pesar de una vida de trabajos y de privaciones; a pesar de la soledad del alma, que ha cubierto con un velo de tristeza las juveniles inspiraciones de su tropical fantasía. Luisa es poeta, y lo prueba sin pretenderlo, cuando sola y desconocida, sin ambición ni esperanza, les cuenta a las brisas de los bosques, en el silencio de la tarde, el hondo desahío de su genio.

Triste es la soledad, triste la calma, triste el ambiente que en la tarde aspira, triste el mundo vegetal donde suspiro, y triste sienta y adormida el alma...

Mas ya el sol trasmonta... Desvanecida queda mi mente en vagos pensamientos, y al lánguido susurro de los vientos declina en tanto mi ignorada vida.

Estos acentos dolorosos no se disiparon, sin embargo, en la vaguedad del aire, a la que los entregaba con amargura la melancólica cantora: llegaron felizmente hasta sus generosos compatriotas, que no podían ser indiferentes a la inesperada revelación del talento y la desgracia. Jóvenes escritores, cuyos nombres nos hacemos un deber de consignar en las páginas de LA AMÉRICA, los Sres. Milanes, Aguilar Logsel, Angulo Heredia, Casal, Iturrondo, Cruz, Peoli, Acosta, Tolon, Blanchet, Guiteras, Betancourt, Delmonte, Qtero, Pontillo, Valiente, y otros varios asociados a ellos y animados del mismo sentimiento, se apresuraron a tender sus amigas manos a la pobre solitaria del Moreto, implorando al mismo tiempo, a favor suyo, la nunca desmentida liberalidad de los hijos de Cuba. A la vista tenemos una linda colección de versos publicada recientemente a costa de sus autores, y cuyos productos están destinados al socorro de Luisa Molina, de cuyas poesías se proponen también hacer más tarde una edición esmerada; dando al público mientras tanto, por vía de muestra, algunos fragmentos arrancados con no poco trabajo a la modestia de la autora. Revelante en todos ellos tanto ingenio y sentimiento como ignorancia del arte, y hay sobre todo, una sencillez y una espontaneidad encantadoras, que desarman completamente a la crítica. Aunque leídas una vez sola, se nos han quedado en la memoria las siguientes quintillas, en las que la poetisa cubana pretende caracterizarse ella misma:

«Soy de la selva un ramor; soy no solitario eco que sale de lo interior de un hondo y oscuro hueco, como doliente clamor.

Soy de estos alrededores la humilde planta campestre, que brota pálidas flores sin esmalte y sin olores, entre la grana silvestre.»

Estimulada a cantar por uno de sus jóvenes bienhechores, exclama con profunda tristeza:

«No puedo espaciar mi pensamiento por los siglos que cita tu memoria, ni enriquecer mi pobre entendimiento con los nobles perfidos de la historia! Monótona canción, sin sacro fuego, brota de un alma desmayada y triste, que solo ve la calma y el sosiego de que este campo inculto se reviste.»

Pero entre lo poco que conocemos de

Luisa, nada es tan bello, tan original, tan candoroso y característico como una carta dirigida por ella al Sr. D... y de la que no podemos ménos de transcribir algunos párrafos:

«Las circunstancias que me rodean (dice); mis pocos recursos; la adversidad de mi suerte, siempre uniforme, me han privado del placer de servir a V. en lo único que es dado a mi inutilidad; pero aunque hice los versos que V. me pidió, no tuve papel ni tinta para escribirlos. Me dice V. que ya ha hablado con el Sr. G... sobre publicar mis versos. No apesure V. la suscripción: el género de vida que llevo no me permite arreglar pronto lo que tengo escrito, ni concluir algunas composiciones empezadas, todas faltas de lima y corrección. No aspiro a alcanzar gloria; peo le temo al desprecio; y pienso muchas veces que yo, pobre mujer rústica debe vivir siempre ignorada, bajo la sombra de mis azahares y de mi casi arruinada choza. La obra de perfeccionar los conocimientos humanos ha sido de muchos siglos y de centenares de genios eminentes y privilegiados. ¿Y qué persona habrá de las que escriben que no tengan su imaginación enriquecida con muchas ideas y variedad de estudios? Así es que escriben sus inspiraciones con toda la propiedad de que es capaz la expresión de los sentimientos; encumbran sus conceptos por que sus alas pueden recorrer una dilatada esfera; no incurrir en errores porque el país que recorren no les es desconocido; describen los efectos cuyas causas comprenden; hermosean la naturaleza porque entienden sus arcanos; y, en fin, se expresan con verdad, gracia y exactitud, porque lo que con claridad se concibe con claridad se expresa. ¿Cómo le pareca a V. que yo, sin ningún estudio que aclare mis ideas sobre innumerables cosas que ignoro, pueda tener acierto para escribir? Mi estimado amigo, espero merecerle un favor, y es que tenga la bondad de buscarme una obra de filosofía, que yo le cuidaré con todo el esmero posible; de modo que V. no tiene peligro en prestármela. Si encuentro en esa ciencia lo que deseo, a V. mismo le daré la molestia de encargarme otro libro igual para mí; ahora solo quiero ver una obra de esa clase y se la devolveré lo más pronto. Quisiera entender muchas cosas y no puedo alcanzarlas con mi entendimiento; quizá no sea esa ciencia la que me las enseñe; pero no importa, deseo verla...»

«Es imposible leer firmemente las ingenuas y encantadoras líneas que acabamos de copiar; y que no pudieran ser imitadas por los primeros escritores del mundo. No; el talento, el arte, no alcanzarían jamás la expresión candorosa y llena de gracia de esa joven ignorante, agitada por las misteriosas aspiraciones del poeta, y buscando, sin saber dónde hallarlas, las fuentes de lo bello y de lo grande, de que tiene sed su inteligencia. Nosotros, lo confesamos, hemos regado con una lágrima algunas de las palabras de esta carta; y cuando después de admirar las observaciones que co tiene sobre las dotes que necesita el escritor, llegamos a los inimitables renglones en que pide la autora una obra de filosofía, para ver si puede encontrar en ella todo lo que desea saber, levantamos nuestros votos involuntariamente al Ser Supremo para que no permitiese que los delirios orgullosos de la razón humana, llegasen nunca a nublar la pura luz de aquel virginal talento. No, Luisa, no estudies en los pobres libros de los hombres, tú que tienes abierto ante tus ojos el libro inmenso de la naturaleza, en el país más magnífico del globo.

«¿Qué falta te hacen los conocimientos especulativos, las contradictorias teorías, los flotantes sistemas de los hombres? Dios que conténció de locura, como dice admirablemente San Pablo; a todo el saber humano, Dios solo hace al poeta, dándole privilegiadamente la preciosa facultad de sentir y gozar la belleza en todas sus relaciones y armonías; de inspirarse por ella y de reproducirla bajo formas nuevas y admirables, que no están sujetas al frío análisis ni a las deducciones del raciocinio.

El poeta conoce por intuición cuanto es hermoso, grande, verdadero; y su mente divina es la misteriosa generadora de aquel gran mundo ideal en el que todo es vida y color; en él que los entes abstractos toman formas y movimiento; en que los árboles, los ríos, los montes y

las peñas todos sienten, todos hablan, con ese lenguaje que solo comprende el géneo, y que solo él traduce. ¿Qué quieres aprender, pues, pobre Luisa? Tú eres poeta; poeta de la tristeza y de la soledad, como Dios lo ha dispuesto. Cumple tu destino, y canta como esos sinsontes que acompañan, con no aprendidos gorreos, los susurros de las ramas, los murmurios de los arroyos, los suspiros de las auras. Cuba, la rica, la hospitalaria Cuba, no permitirá por más tiempo que la helada mano de la miseria llegue a apagar bajo sus dedos de plomo la noble inspiración de tu mente. Ella, llenando también los designios del cielo, sabrá cumplir en ti la sagrada obligación de consolar al triste, proteger al huérfano, amparar al desvalido. Ella se mostrará, lo esperamos con entera confianza, digna como siempre de la fama de su proverbial generosidad y digna también de ser madre gloriosa de muchos talentos como el tuyo.

Mientras tanto, reciban nuestras felicitaciones los escritores de Matanzas que han sido los primeros en acudir al auxilio de la interesante Luisa Molina, haciendo contribuir hasta a la Musa del malogrado Heredia, para la obra benéfica que apoyamos presurosos con nuestra más sinceras simpatías; y séanos permitido enviar a la solitaria del Moreto, en las páginas de esta Revista, consagrada a los intereses de nuestros hermanos de Ultramar, el débil consuelo de ver su modesto nombre acogido con amor y fraternidad, hasta en estas áridas orillas del lejano Manzanares.

G. G. DE AVELLANEDA.

EL 13 DE JUNIO.

ESTUDIO SOBRE LAS PREOCUPACIONES.

Nos hallamos en el 20 de Junio.

Esto quiere decir que el fin del mundo anunciado para el día 13 ha sido una de tantas quimeras como inventan los sabios, y que el vulgo acoge con lamentable candidez.

No nos sorprende este resultado, así como no nos había sorprendido tampoco la noticia. La mentira es tan antigua como el hombre, y precisamente los siglos que más blasonan de incrédulos, son los que presentan rasgos más notables de extravagancia y de preocupación.

El papel que ha representado el astrónomo alemán en este suceso, es el mismo que representaba en tiempo de Manasés, rey de Israel, aquella muchedumbre de embaucadores de quien se dijo: *Habebas secum magus, etc., incantatores multaque mala operatus est.* Entre la magia de entonces y la de ahora no han cambiado más que los espectadores. Si ahora ha habido gentes crédulas y sencillas que han temblado de buena fe por la suerte del mundo, entonces las había que creyeran, como afirma San Clemente Romano en las Constituciones apostólicas, que Simon el Mago hacía andar las estatuas como si tuvieran vida; que paraba las corrientes de los ríos; que hacía manar fuentes de la tierra, y que merecía, por último, las inscripciones públicas en que se le llamaba *Simoni Dei*.

Las predicciones sobre el fin del mundo son tan numerosas, que ya no debían despertar ni siquiera la curiosidad de los pueblos. Entre los autores de tan terrible profecía hallamos en la antigüedad a Herodoto, Dion de Siracusa, discípulo y amigo de Platon; Orfeo, cuyos cantos amansaban las fieras, y Casandra, la hija infortunada del rey Priamo. Estas profecías son, sin embargo, tan distintas, que mientras el padre de la historia daba al universo una duración de diez mil ochocientos años, la esclava de Agamemnon creía que el globo terrestre antes de llegar a su ruina tardaría un millón seiscientos noventa y cinco mil años en dar la vuelta alrededor de su eje. Fecha consoladora para los que cifren sus esperanzas en el porvenir.

Como es natural, el fin del mundo debía anunciarse esta vez por la aparición de un cometa, cuyo choque con la tierra había de producir la catástrofe. En vano muchos hombres encanecidos en la ciencia han demostrado lo absurdo de semejante idea; en vano han desvanecido los errores del visionario astrónomo; los crédulos han esperado el momento fatal llenos de religioso terror, y hasta han apelado a la historia para justificarse. Al

cercos de Viena por Soliman en 1529 precedieron grandes tormentas; a las inundaciones del Rin en 1512 siguió la conspiración contra Carlos V; las de Sevilla y el Potosí en 1526 fueron la señal de la pérdida de nuestra flota. Para los espíritus tímidos estos hechos son otros tantos avisos milagrosos.

¿Qué tendría, pues, de extraño que se acabara el mundo? dirán ellos. No debió acabarse según Aristarco en el año 3484, según Doreter en 5582, y después de la era cristiana en 1335 según Arnaldo de Villeauve; en 1651 según Juan Hiltéu; en 1765 según Pablo Falgeluhaver, y en 1716 según Wistons, el comentador del Apocalipsis? En nuestros mismos días, ¿no se anunció el fin del mundo en 1816 por un astrónomo distinguido, en 1833 por M. Lebeustero, en 1836 por M. de Salmar-Monfort, y en 1840 por algunas revistas extranjeras?

Sin embargo, a pesar de todos estos argumentos que el tiempo se ha encargado de rebatir victoriosamente, el mundo no lleva trazas de acabarse tan pronto, y los temores de los fanáticos y los ignorantes sólo se fundan en absurdas preocupaciones de que está llena la historia de todos los países.

Hemos dicho ya que sin más diferencia que los espectadores, los falsos profetas de hoy son los mismos que se titulaban magos ayer. Y en verdad que habiendo sido la magia el fundamento de todas las aberraciones de nuestros antepasados, y estas aberraciones las que han infiltrado en las costumbres de las épocas sucesivas esa afición a lo maravilloso que lleva a aceptar como verdades las más necias patrañas, bien merece que le consagremos un recuerdo, y consignemos alguna de las muchas tradiciones de que están llenos sus anales.

El primero que se reconoció por maestro del arte mágica entre los gentiles fué Hermes Trismegisto, nieto de Atlas, rey de España según Horacio. Floreció Hermes en este país cerca del año 300 después del diluvio, y saliendo de él llegó a Egipto donde enseñó a sus naturales, a los babilonios, a los persas y a los más antiguos filósofos, como Museo, Lino, Tales, Solon, Pitágoras, y Argantonio que fué, si se le da de creer a Morales, inventor de las letras con que se escribe. Esta costumbre nos trajeron después los hebreos pobladores de Toledo, donde llegó el arte mágica a tanta altura, que llegó a nombrarse arte de Toledo. Su excelencia y superioridad fué también muy conocida de los persas que escogían al más insigne y señalado de los que la profesaban para que les gobernase como rey.

La magia ejerció gran influencia en los destinos de Roma hasta que el emperador Claudio desterró a sus iniciados del imperio, no sin hacer quemar a algunos, como afirma Suetonio. Ochocientos treinta años antes de la guerra de Troya estaba la magia diabólica muy recibida en Egipto, y así consta de la Sagrada Escritura, donde se cuenta cómo los magos de Faraon hicieron cosas muy maravillosas, semejantes a las que hizo Moisés.

Por último, la magia contaba entre sus adeptos y entre los que se consagraban a su ejercicio, gran número de filósofos, y hasta de ilustres varones calificados después de santos, entre los cuales sobresalía San Isidoro, arzobispo de Sevilla, de quien refiere cierto obispo de Tuy, hizo, entre otras cosas, en tiempo de D. Alonso VI una candelera que una vez encendida era imposible apagar.

Del estudio de la magia y de su desarrollo nacieron sin duda esas creencias absurdas que han causado la decadencia y la ruina de muchos pueblos, y que nuestro siglo no ha desarraigado por completo. Para comprender hasta qué punto llegaba el fanatismo y la buena fe de aquellos tiempos, citaremos algunas de las ridículas fábulas que consignan como hechos reales los escritores más celebrados.

Solino cuenta que Demócrito en algunas ocasiones en que sus enemigos querían matarle, usaba de una piedra llamada Camethietes, que se halla en la ciudad de Córcega, la cual detiene a los que quieren acercarse al que la lleva. Probablemente esta piedra será la misma de la que dice Filostrato se encuentra en la cabeza de los dragones de Indias, cuyo dicho confirma el mismo Ciceron.

Plinio y San Ambrosio hablan de la

existencia en la isla del Hierro, en Canarias, de un árbol que tiene la virtud de atraer las nubes, las cuales, resolviéndose en agua, depositan en sus hojas la necesaria para el consumo de toda la isla.

Plutarco asegura que si una cabra toma en la boca la yerba del eringio se paran las demás que van con ella.

Eusebio habla de una plantá del Perú, pronosticadora de la muerte y de la vida, según el enfermo al tenerla en la mano se alegra ó se entristece, y de una fuente por la cual no se atreven los judíos a pasar de noche, porque el que lo intenta queda loco y espira poco después.

¿Quién puede sondear el abismo de las preocupaciones humanas?

Hay quien afirma, como Scaligero, que una araña rompió un espejo solo con pasar delante de él; quien cree que el jaspe colgado sobre una taza de vino tiembla; quien sostiene que en el estado de Ferrara se anuncia la muerte de los príncipes de cierto linaje, oyéndose un gran ruido en la capilla donde yace Beatriz Alestina, cuyo cadáver se encuentra después removido y cambiado de posición; misterio que en nuestro país se ha unido durante mucho tiempo a la familia de los Castillas, cuyas desgracias se pronosticaban por los golpes que se sentían en la tumba de uno de ellos, enterrado en Valladolid.

Y esto sin contar las virtudes milagrosas ó el poder maligno atribuido a los objetos más insignificantes. Pontano tenía un perro que huía de las pechugas de galina. Guerrero refiere de un hombre que si le daban a oler una manzana echaba sangre por la boca. Libanio conoció a otro que con hallarse en una casa donde hubiera una anguila le daban congojas de corazón. Y un historiador muy grave dice del cardenal D. Enrique de Cardona, que solo de oler una rosa se desmayaba.

¿Qué efecto no causaría en aquellas épocas la caída de un aerolito, la erupción de un volcan, la oscuridad de un eclipse, cualquiera de esos llamados fenómenos que hoy no son para la ciencia más que efectos naturales y hasta marcados? ¿Quién puede hoy imaginarse la consternación de Pompeya en el año 79, la de Smirna en 1040, la de Holanda en 1421, la de Lisboa en 1756, la de Alepo y Antioquia en 1822, la que habrán causado tantas y tantas catástrofes como ha presenciado el mundo? ¿Cuál no sería el terror que causaría en los primeros siglos la aparición en el cielo de esos cometas, espadas de fuego entonces, y de los cuales ha dicho un astrónomo en nuestros días que son la *nada visible*, completando de este modo la idea de Kepler, que aseguraba que hay en el cielo más cometas que peces en el Océano?

Un día, en el siglo X, los bosques y las ciudades de Alemania se estremecieron al eco de una terrible profecía. Un ermitaño, Bernardo de Thuringia, anunciaba, en nombre de la religion, la ruina del mundo. De espíritu exaltado, con esa elocuencia salvaje y avasalladora del fanatismo que convence imponiendo, el obcecado monge recorrió desde la Selva Negra a las orillas del Iser exhortando a la penitencia y a renunciar los bienes y las dietas de la tierra para merecer los de la eternidad. El pueblo salía al encuentro del falso profeta, escuchaba aterrado sus palabras, y leía después el pasaje del Apocalipsis, que había inspirado a aquel su predicción.

«Y vi descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano.

Y prendió al dragon, la serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y los ató por mil años.

Y le metió en el abismo, y lo encerró y puso un sello sobre él para que no engañase más a las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años, y después de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.

Y vi sillas, y se sentaron sobre ellas, y les fué dado juicio, y las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, ni a su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes ó en sus manos, vinieron y reinaron con Cristo mil años.

Los otros muertos no entraron en vida hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección.

Y cuando fueren acabados los mil años,

será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel, y engañará a las gentes que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog, y a Magog, y los congregará para batalla, y su número igualará al de las arenas del mar.»

Según Bernardo de Thuringia, la serpiente sería el Antecristo, y estando próximo a cumplir el plazo de los mil años, el mundo tocaba también a su fin.

¿Quién no ha leído la narración de las escenas de dolor y de espanto a que dió lugar el eclipse de sol de 1664? Y entre estas escenas dolorosas, ¿quién no admirará la serena incredulidad de aquel cura de aldea, que no pudiendo oír en confesión a todos los que le rodeaban, se vió obligado a decir en medio de un sermón, a sus feligreses contristados, que no se apresurasen tanto, porque el eclipse acababa de ser aplazado por quince días más?

La historia de las predicciones está llena de episodios de este género.

El reinado de la preocupación no ha pasado aún, ni tal vez pasará jamás para los hombres; legado funesto de todas las edades, podrá modificarse, disminuirse tal vez, pero siempre conservará el sello de su bastardo origen.

Por eso el hombre tendrá eternamente ese fondo de credulidad que es sin duda la base de su destino futuro; credulidad que puso a Napoleón al nivel de la baronesa de Krutner, que ha enlazado a la historia de Lamartine el nombre de Lady Stanhope; que aún hace pocos días ha llenado de lágrimas muchos ojos, y de terror muchos corazones.

Solo nos resta consignar para que sirvan de consuelo a los demasiado crédulos, algunas de las predicciones que han llegado a nosotros de generación en generación en forma de leyendas fantásticas, y de las cuales se ha ocupado recientemente un notable escritor francés.

Una de las más populares es sin contradicción la que anuncia que siete años antes del fin del mundo las mujeres no tendrán hijos, y que apenas los profetas Elías y Henoch desciendan del cielo para examinar al género humano por la senda de la virtud, un hombre dotado de una belleza extraordinaria, y salido del matrimonio de una religiosa y un sacerdote, el Antecristo, vendrá a recoger la cosecha del infierno. Esta leyenda no deja de ser muy pintoresca; pero nada hasta el presente anuncia que deba realizarse en nuestros días.

En las inmediaciones de Avignomet, pequeña villa del cantón de Villafranca, en el alto Garona, se encuentran dos enormes peñascos de granito, antiguo restos de un monumento druídico. Una tradición muy acreditada en el país asegura que el día en que los dos peñascos lleguen a tocarse, el mar saldrá de su centro, la tierra se abrirá, se desbordarán los ríos, las estrellas caerán del cielo sobre la tierra, y el fin del mundo será llegado. Para dar más colorido a esta leyenda, los ancianos dicen regocijándose, que desde hace cien años las dos moles de piedra se han aproximado sensiblemente, hasta el punto de que en otro tiempo podía un caballero completamente armado, pasar con facilidad por el espacio que las separa, y hoy difícilmente puede hacerlo un hombre de medianas proporciones.

Debemos añadir en obsequio de los pobres de espíritu, que los mismos que dan semejantes datos creen tan poco en ellos que no hacen cosa alguna para impedir la union de los dos peñascos.

Finalmente, y para concluir, mencionaremos que existe en Montpellier una antiquísima torre cuadrangular coronada por un jardín al estilo de Babilonia, en el cual se pueden admirar tres vigorosos pinos que ostentan orgullosamente sus ramas siempre lozanas. Estos tres pinos, según otra tradición popular, son en cierto modo el *palladium* de la ciudad, la cual no debe temer por su conservación mientras estos árboles existan.

Ante semejante asercion, los habitantes de aquel país no han hecho caso del 13 de Junio, ni piensan hacerlo de los pronósticos sucesivos. Puede acaso perecer la tierra existiendo Montpellier?

Algunas predicaciones más como las que llevamos apuntadas y el arte mágico de los primitivos tiempos, el don de la profecía de los modernos, el secreto de lo maravilloso, pasarán a ser una inocente fábula cambiando por este nombre aquel que ostentaba en lo antiguo: *Scientiam*

perspectivam per quam natura cernuntur
clarius.

MANUEL DEL PALACIO.

TEATRO DE MORATIN.

FRAGMENTO DE UNA CARTA TRADUCIDA AL
FRANCÉS POR M. HOLLANDER.

La traducción de las comedias de don Leandro Fernandez de Moratin, hecha recientemente en francés por el Sr. Ernesto Hollander, parece en general una obra apreciable. El traductor se ha propuesto verter con fidelidad á su lengua, así el texto de las dos comedias que escribió Moratin en prosa, como el de las otras tres compuestas en verso; y á este fin el Sr. Hollander traduce literalmente, todas las expresiones que por su sencillez y claridad pasan sin tropiezo de un idioma á otro, y busca equivalentes, cuando la version literal no es admisible. En estos casos acierta casi siempre, y son muy de estimar diferentes pasajes de *El viejo y la niña* y de *La comedia nueva*, donde á pesar de ofrecer el texto español algunas dificultades de inteligencia y muchas de los dramas, casi luce en la traducción la mista soltura y chiste que en una y otra obra de Moratin.

Distinguese además el trabajo del señor Hollander por la oportuna sustitución de los proverbios y modismos del original que traduce, sustitución difícil en todo escrito del género cómico, y en las obras del célebre Ynarco Celenio más aventurado acaso que en todas las demás comedias de su tiempo, dignas de traducirse. Pero la viva penetración del Sr. Hollander no siempre se ha empleado con igual intensidad ó fortuna en todos los pasajes de los dramas que trasladaba al francés: hay de cuando en cuando ciertas inexactitudes de poca monta, que más parece efecto de precipitación en el trabajo, que falta de la comprensión necesaria, porque no recaen sobre frases de difícil sentido. Cuando en *El viejo y la niña* acto 1.º escena 7.ª dice Muñoz con ira á su amo:

«¡No es mala
la aprension! Salir ahora
sin saber sobre qué caiga,
con esa pata de gallo!

M. Hollander traduce: *La farce est bonne, de venir maintenant, sans rime ni raison, comme un vieux coq, me lancer votre coup de patte!* El propio Muñoz dice en el acto segundo que quiere hablar, porque no es ningún podenco; y esta metáfora aparece vertida como la anterior al francés en el sentido recto y con estas palabras: *Je ne suis pas votre chien*. La interjección ¡hombre! tan común en las comedias de Moratin como en cualquier diálogo entre españoles, se sustituye con la palabra *drole* que no es propia del caso; y cuando al fin de la citada comedia *El Viejo y la niña*, declara doña Isabel su firme propósito de retirarse á un convento, y emplea estas palabras:

Apartada
de vos en la más estrecha
clausura vivir intento,
si es vida la que me resta,

El Sr. Hollander no expresa con la debida precisión la última frase: porque traduce: *si toutefois le séjour du cloître pent s'appeler encore la vie*.

A estos se pudieran añadir algunos otros leves desvíos que, sin embargo, no deben defraudar al traductor la gloria de haber hecho una traducción, casi siempre feliz de un original, que pide para ser bien interpretado, una pluma ejercitada más de una vez en el diálogo cómico.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

1856.

Hé aquí el texto de la ley de abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, votada el 22 de Marzo por la Asamblea Nacional:

«La Asamblea Nacional, en uso de su soberanía, decreta y sanciona la siguiente ley:

Art. 1.º Queda abolida para siempre la esclavitud en la Isla de Puerto-Rico.

Art. 2.º Los libertos quedan obligados á celebrar contratos con sus actuales poseedores, con otras personas ó con el Estado por un tiempo que no bajaré de tres años.

En estos contratos intervendrán con el carácter de curadores de los libertos tres funcionarios especiales nombrados por el Gobierno superior con el nombre de protectores de los libertos.

Art. 3.º Los poseedores de esclavos serán indemnizados de su valor en el término de seis meses, después de publicada esta ley en la *Gaceta de Madrid*.

Los poseedores con quienes no quisieren celebrar contratos sus antiguos esclavos, obtendrán un beneficio de 25 por 100 sobre la indemnización que hubiera de corresponderles en otro caso.

Art. 4.º Esta indemnización se fija en la cantidad de 35 millones de pesetas, que se hará en efectivo, mediante un empréstito que realizará el gobierno sobre la exclusiva garantía de las rentas de la Isla de Puerto-Rico, comprendiendo en los presupuestos de la misma la cantidad de 3.500.000 pesetas anuales para intereses y amortización de dicho empréstito.

Art. 5.º La distribución se hará por una junta compuesta del gobernador superior civil de la Isla, presidente; del jefe económico, del fiscal de la audiencia, de tres diputados provinciales, elegidos por la diputación; del síndico del ayuntamiento de la capital, de dos propietarios elegidos por los 50 poseedores del mayor número de esclavos, y de otros dos elegidos por los 50 poseedores del menor número.

Los acuerdos de esta comisión serán tomados por mayoría de votos.

Art. 6.º Si el gobierno no colocase el empréstito, entregará los títulos á los actuales poseedores de esclavos.

Art. 7.º Los libertos entrarán en el pleno goce de los derechos políticos á los cinco años de publicada la ley en la *Gaceta de Madrid*.

Art. 8.º El gobierno dictará las disposiciones necesarias para la ejecución de esta ley, y atender á las necesidades de beneficencia y de trabajo que la misma hiciera precisas.

Lo tendrá entendido el Poder Ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Palacio de la Asamblea Nacional 22 de Marzo de 1873. Francisco Salmerón y Alonso, presidente.—Cayo López, representante secretario.—Eduardo Benot, representante secretario.—Federico Balart, representante secretario.»

Es positivo que la ex-reina Isabel tiene el proyecto de ir á Roma á visitar al Santo Padre y hacer que Pio IX confirme á las infantitas. Nada, sin embargo, hay resuelto sobre la época de este viaje. Su Santidad ha manifestado por su Nuncio en París el placer con que verá en Roma á los antiguos reyes de España, aunque hoy no pueda recibirlos como soberanos, pues está á su vez destronado también. Igual situación ocupa el duque de Aosta, instalado ya en su mando militar de Florencia.

La prensa de Londres y París publica el telegrama anunciando que el Senado de Washington votó una moción declarando que la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico es un acto de sincera y leal política por parte de España, y que contribuirá á consolidar la República española.

Con la perseverancia que todo el mundo reconoce en el príncipe de Bismark, éste trabaja en Alemania sin descanso para fortificar aquella parte del partido católico que quiere separarse de Roma.

Merece leerse atentamente el discurso en que Disraeli, al dar cuenta de las causas que le habían impedido tomar el poder en Inglaterra, pasa revista al estado del mundo y á la situación interior de la Gran Bretaña. La Europa, dice, con el imperio alemán en vez de la Confederación, con Francia perdidas las fronteras que pudo conservar aun después de Waterloo, y con el poder del Pontificado destruido; no se parece en nada á la Europa de hace veinte años.

En Inglaterra la extensión del sufragio, el voto secreto, las proporciones que toma la Internacional, las huelgas obreras, la guerra que se hace á la Iglesia y á la Cámara de los Lores, obligan, en su sentir, al partido conservador á grandes esfuerzos; si quiere salvar la Constitución y las bases fundamentales de la sociedad inglesa.

La izquierda de la Asamblea francesa celebró el 22 una reunión, en la que fueron presentadas varias peticiones recogidas por el *Siecle* reclamando la disolución de la Asamblea, y que suscribían en junto 192.205 firmas: La reunión acordó un voto de gracias á el *Siecle*. En la misma reunión se suscitó un debate sobre la reconstrucción de la columna de la plaza de Vendome. Después de hacer notar las muchas cargas que pesan sobre el Tesoro, declaró la reunión que la proposición de reconstruir la columna era cuando menos inoportuna, y que en todo caso votaría contra la intención de reponer la estatua de Napoleon en la

cúspide, proponiendo una enmienda para que se sustituya á aquella la estatua de un soldado francés.

El 23 fué votado por la población de Ginebra el proyecto de ley que dispone la elección de los curas por el pueblo. De 9.475 votantes, 9.081 fueron favorables al proyecto, y 151 contrarios.

La tranquilidad se había mantenido inalterable.

El presidente de la República francesa ha nombrado una comisión que examine la cuestión colonial suscitada entre Inglaterra y Portugal. La comisión la componen M. Renouard, procurador general del Tribunal de Casación; el almirante La Graviere, M. Desprez, director en el ministerio de Negocios extranjeros, M. Chateauxenard, consejero de Estado, y M. Baudin, ex-ministro en el Haya.

El 22, cumpleaños del emperador de Alemania, recibió S. M. las felicitaciones de la familia imperial, de los príncipes alemanes residentes en Berlín y de otros ilustres personajes, así como de los ministros, generales y altos empleados. Las casas de la capital estaban engalanadas con banderas, y durante el día hubo un gentío inmenso congregado delante de palacio, por el que era aclamado el emperador cada vez que se asomaba al balcón. Por la noche hubo iluminación.

Tres grandes columnas rusas han entrado ya en campaña contra Khiva, habiendo partido de tres puntos diferentes del Cáucaso. La Rusia no cree que el Turkestan pueda resistir á su poder.

La situación de Lyon se va haciendo insostenible; la Commune, más ó menos disfrazada, sigue imperando allí, y no será extraño, en vista del estado á que han llegado las cosas, tome la Asamblea antes de separarse una determinación en este asunto.

EL GÉNIO.

Su inmortal frente de astros coronada
el géno de los siglos alza altiva,
y desde el fondo de la edad pasada
reina en el porvenir su imagen viva.

Polo glorioso, atrae las miradas
de las razas futuras, del Océano
de la vida en las rocas escarpadas,
faro inmenso que guía al sér humano.

Sobre el mármol pedestal, radiante
la estatua de oro al tiempo desafia,
y en actitud de magestad triunfante,
revela su divina gerarquía.

El tiempo, que destruye veleidoso
monarquías, repúblicas, imperios,
vé el eterno fulgor del astro hermoso
que inunda con su luz los hemisferios.

Sol que ilumina con su roja llama
los horizontes de una y otra zona;
con su gérmen fecundando el orbe inflama,
con sus ópimos frutos le corona.

Aguila que del suelo se destierra
sobre los astros remontando el vuelo,
pregona que, si es hijo de la tierra,
es su morada la región del cielo.

¿Y en qué profundidades magestuosas
se elaboran los génois inmortales,
de Dios legados, almas prodigiosas,
que cumplen sus misiones ideales?

La sublime intuición que las inspira
inquiere los misterios más profundos,
y á la infinita inmensidad aspira
en que giran los astros y los mundos.

¿De dónde nace el átomo divino
que encarna la grandiosa inteligencia?
¿Qué maravilla creó su destino
y al Universo dá su rica esencia?

¿La terrestre molécula ascendiendo,
se une acaso á molécula divina?
¿La inspiración del géno descendiendo
de un mundo superior, cómo germina?

Del infinito, mina inagotable,
brota una inteligencia soberana,
sublimación moral, inmensurable,
que es el asombro de la raza humana.

Quien sube al promontorio de la idea,
y vislumbra su antorcha esplendorosa,
ciencia, filosofía y arte crea,
y otros siguen su huella luminosa.

Al morir Galileo, Newton nace:
se transmiten su fe las grandes almas,
el inmortal espíritu renace
bajo otra forma á conquistar más palmas?

¿No hay comunidad de alma é inteligencia
en el legislador griego y hebreo
ignorando uno de otro la existencia,
los dos creando á un tiempo el jubileo?

Se adhieren por estuivos misteriosos
los génois más diversos, eslabones
de la cadena universal grandiosos,
para abarcar á cien generaciones.

Confucio, Mahomet, Moisés, distantes,
Orfeo, Manú, Buda, Zoroastro,
del espíritu humano otros gigantes
aspiran el fulgor del mismo astro.

El infinito que en sus obras brilla,
su luz irradia en siglos venideros
de todas las edades maravilla,
y son de la verdad los mensajeros.

¿Quién descifra el enigma tenebroso?
¿Es un rayo del sér desconocido,
y ha visto otro universo misterioso
el géno que á la tierra ha descendido?

¿Y quién reduce á condición humana
el átomo celeste? ¿Quién le envía,
para ser Apolonio de Tyana,
Homero, Job ó Eschilo, la poesía?

¡Inmenso abismo que á la mente asombra,
á sus regiones Kant desciende osado,
y responde el abismo vuelto en sombra,
que al misterio la sonda no ha alcanzado.

Solo una certidumbre en la conciencia
derrama los eternos resplandores
de la verdad, de Dios la inteligencia,
que refleja en el géno sus fulgores.

¡Sacerdos magnus! A la cima sube
del Sinaí que rugen tempestuosos;
reumba el trueno en la sombría nube,
y alumbró el rayo el caos tenebroso.

Y desciende el oráculo divino
de la montaña envuelta en velo denso;
Moisés anuncia al orbe su destino,
y el orbe rinde á Dios tributo inmenso.

¡Sacerdos magnus! Ezequiel, profeta,
de progreso y de paz construye un mundo;
Dante, del infinito audaz poeta,
esclarece el abismo más profundo.

Pitágoras admira entusiasmado
de la naturaleza la armonía;
Sócrates y Platon, han proclamado
la ley moral que al universo guía.

Y las leyes del globo Galileo,
Newton, Kepler, Copérnico inmortales,
y Kant, Descartes, Gutemberg, Linneo,
Cervantes, Calderon, en gloria iguales.

¡Crea un mundo Colon en el Océano,
Milton un paraíso, el gran artista
Beethoven, rey del corazón humano,
y Miguel Angel lauros mil conquista.

Y César, Alejandro, Bonaparte,
los génois gigantes de la guerra,
victoriosos tremolan su estandarte,
bañado en sangre por la vasta tierra.

Washington, de la gloria en el camino,
funda la libertad que le engrandece;
la virtud es el rayo más divino
que en la aureola del géno resplandece.

Cada uno de estos génois colosales
una nación, un siglo representan,
firmes en sus eternos pedestales,
y de la humanidad la gloria aumentan.

Y al marcar un progreso en su camino,
brillan y desaparecen en la sombra,
de astros formando el grupo peregrino,
que allá en el infinito al mundo asombra.

EUSEBIO ASQUERINO.

Madrid, Junio, 1871.

Píldoras Holloway.—La vivacidad y el buen humor.—Muchas veces, sin que nos imaginemos el motivo, sentimos que la alegría es súbitamente reemplazada por una tristeza inaplicable. Suele echarse la culpa muy á menudo á los vientos y al tiempo, al paso que la indigestión es comunmente el origen de la dolencia. Las píldoras Holloway son especialmente á propósito para regularizar el estómago y los órganos de la digestión. Ellas remueven infaliblemente la saciedad y opresión que algunas veces experimentamos después de comer. Dichas píldoras son el mejor antídoto que se conoce para la falta de apetito, las náuseas, la flatulencia, la cardialgia, la languidez, el abatimiento de ánimo y esa apatía que acompaña casi siempre al desarreglo crónico de la digestión.

Agua circasiana.—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil: copiamos la opinión de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritación que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello: estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y tuvieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, sino que reúne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, Dr. Duval.

Madrid: 1875.—Imprenta de LA AMÉRICA,

á cargo de José Cayetano Conde.

San Marcos, 57, bajo.

SECCION DE ANUNCIOS.

INFALIBLE ANTIREUMATICO.

El aceite de bellotas con sávia de coco cura admirablemente el reumatismo, articular ó muscular, incipiente ó crónico, más pronto, cómodamente y barato que las aguas de Albama de Aragón, y que toda la clase de termas conocidas, que los baños rusos, que los específicos que anuncia la prensa, preconizan las farmacopeas y memorandums médicos de todos los países de la tierra, descubierto en los 3876 años que registra la historia del mundo.

Está recomendado por médicos alópatas, homeópatas, farmacéuticos, y por más de 80 periódicos de todos matines y países de ambos hemisferios.

Se usa friccionando la piel, y poniendo encima una franela si el reuma es agudo: se ome además nueve días en ayunas una cucharadita al interior, si fuese inveterado; también es excelente para la gota, y toda clase de obduraciones de las piernas y brazos, romo callos, etc.

Para preservarse en países fríos, húmedos, basta untarse el cuerpo. (A los ancianos facilita la traslación) y da mucha vida y agilidad. A su vez es portento para curar llagas, quemaduras, escrófulas, raquitismo, y a su vez es depurativo de la sangre; mejor que la zarzaparrilla de Bristol, y toda clase de enolaturros y jarabes.

En Inglaterra está dando felices resultados para combatir todas las dolencias dichas, así como para despejar el cerebro, atormentado por sus constantes y peligrosas nieblas. Se vende en la única fábrica, calle de la Salud, núm. 9, cto. pral. y bajo, y Jardines, 5, Madrid, y en 250 farmacias, droguerías y perfumerías, a 6, 12, y 18 rs. frasco. Por mayor 25 por 100 de descuento en el alma en. Exijase mi prospecto con certificados médicos, mi firma y busto en la etiqueta, nombre y domicilio grabados en el vidrio, porque hay cuines falsificadores.

El inventor, L. DE BREA Y MORENO.

NO MAS AGUAS NI TINTURAS PARA LA CARA.

Los inimitables e inofensivos Polvos blancos de fres., rosa y ambrosia, blanquean y embellecen el rostro de las señoras, como ninguna articulo de tocador conocido. Precio: 4 y 8 rs. frasco; 25 por 100 de descuento por mayor; Jardines, 5, y en 200 perfumerías. —Brea y Moreno, inventor acreditado.

NOTA. Son admirables par artistas líricos, coreográficos y dramáticos.

AGUA DE COLONIA, SUPREMA, JOHANN MARIA FARIMA,

Rei dem Julisch Platz in Coln.

REPRESENTACION EN MADRID, JARDINES, 5.

- Perfume persistente y agradable.
- Gotas en lumbre exahuma el aposento.
- Fricciones en púvda vida genit.l.
- En agua estrecha é impide la sífilis.
- Gotas en thé para flatos y estómago.
- Cucharadita en agua para vómitos.
- En frotaciones quita el cansancio.
- En baño tonifica y forta ece.
- En agua lustra y suaviza el cutis.
- Pura, quita dolor de muelas en el acto.
- Un chorrito en agua aclara la vista.
- 5 rs. frasco, 20 botella y 12 cuartillo.
- Han llegado 5.000 litros.—Calle de Jardines, núm. 5, Madrid.

NO MAS REINA DE LAS TINTAS.

Nuevos inventos para escribir el comercio.

- TINTA de lila, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA azul, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA roja, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA verde, 6 rs. frasco, 11 cuartillo.
- TINTA negra, 4 rs. frasco, 7 cuartillo.
- TINTA cornalina, 4 rs. frasco, 2 cuartillo.
- TINTA diamantina, 4 rs. frasco, 3 cuartillo.
- Soa aromáticas, no se alteran, secan en el acto, y dan duracion á las plumas.
- Frasquitos de todos colores, para prueba, viaj y bolsillo, á real.
- Jardines, 5, y Salud, 9, bajo.—25 por 100 de descuento.—L. Rrea, inventor.

PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO,

DE LOS CONOCIDOS DESDE SU ORIGEN.

LEED UN SABIO DOCUMENTO EXPEDIDO A FAVOR DEL INVENTOR DEL ACEITE DE BELLotas CON SAVIA DE COCO.

D. Silverio Rodríguez Lopez, licenciado en medicina por la Universidad de Salamanca, y en cirugía por la de Madrid, fundador é individuo de varias sociedades científicas, médico del ejército y de la Armada, etc., etc.

Certifico que he observado los efectos del Aceite de bellotas con sávia de coco ecuatorial, invencion del Sr. L. de Brea y Moreno, y hallado que es efectivamente un agente higiénico y medicinal para la cabeza, utilísimo para prevenir, aliviar y aun curar varias enfermedades de la pie del cráneo é irritacion del sistema capilar, la calvicie, tña, herpes, usagre, dolores nerviosos de cabeza, gota, reumatismo, llagas, males de oidos, vicio verminoso, y segun experiencia de varios profesores, distinguiéndose entre otros el Dr. Lopez de la Vega, es una especie de est. Aceite para las heridas de cualquier género que sean; es un verdadero balsamo, cuyos maravillosos efectos son conocidos; puede reemplazar tambien con ventaja al Aceite de higado de bacalao, en las escrófulas, tñs, raquitismo, en las leucorreas y otras muchas afecciones; recomiendo su uso en las enfermedades sífilicas, como muy superior al «Bálsamo de Copiba», y en general en toda enfermedad que esté relacionada con el tejido capilar que refresca y fortifica. Pueden asegurar, sin faltar en lo más mínimo á la verdad, que el Aceite de bellotas es un excelente cosmético medicinal indispensable á las familias. Y á petición del interesado doy la presente en Madrid á ocho de Setiembre de mil ochocientos setenta.—Silverio Rodríguez Lopez.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en 250 droguerías, perfumerías y farmacias de todo el globo, con mi nombre en el frasco, capsula, prospecto y etiqueta, por haber uñes indigno falsificadores. Dirijirse á la fábrica para los pedidos calle de la Salud, número 9, cto. pral. y bajo, y Jardines 5, Madrid, á L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

COMPANIA GENERAL TRASATLANTICA.

VAPORES-CORREOS FRANCESES.

- El 7 de cada mes, servicio directo de Saint Nazaire á Fort de France, La Guayra, Saranilla y Colon. —Servicios en combinacion desde Fort de France á Saint-Pierre, Basse-Terre, Pointe á Pitre, Santa Lucía, San Vicente, Granada, Trinidad, Démerari, Surinam y Cayena. —Servicio desde Panama hasta Valparaiso con escala en Guayaquil, Payta, San José, Callao, Islay, Arica, Iquique, Cobija, Caldera y Coquimbo.
- El 20 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á SANTANDER, San Tomas, LA HABANA y Veracruz. —Servicios en combinacion desde San Tomas hasta Guadalupe, Martinica, PUERTO-RICO, Cap Haitien, SANTIAGO DE CUBA, Jamaica y Colon.
- Servicio en combinacion desde Panamá para Ecuador, Perú, Chile, América Central, California, etc.
- Salidas del Havre ó de Brest para Nueva-York: Del Havre: 24 de Octubre, 7 y 24 de Noviembre; 5 y 19 de Diciembre. De Brest: 26 de Octubre; 9 y 23 de Noviembre; 7 y 21 de Diciembre. Dirijirse para mayores informes, billetes, fletes, etc., En Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 9, y Puerta del Sol, núm. 9. En Santander, Señores hijos de Dóriga. En Paris, en el Grand hotel, (boulevard des Capucines 12.) En Saint-Nazaire, á M. Bourbeau, agente. Y en las principales poblaciones de la Peninsula á los agentes de la compañía de seguros El Fénix Español.

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, CURADAS POR LAS FEBRAFUGO-INFALIBLES PILDORAS DE FERNANDEZ,

único que ofrece la devolucion de las seis pesetas que cuestan las cajas si no curan, por rebelde que sean, sin que un solo caso falle.

Pedit prospectos detallados á los autores Fabian Fernandez, Calzada de Oropesa, y Pablo Fernandez, Madrid, Ruda, 14, boticas, los que rebajan por mayor y remiten Valencia Cabello; Zaragoza, Rios; Logroño, Zaragoza; Pamplona, Esparza; Canarias, Las Palmas, Lizana; Puerto-Rico, Mayaguez, Nogueiras; Málaga, Calvet.

PALMERSTON RESTAURANT OLD BROAD STREET LONDRES.

El mayor elogio que puede hacerse del único establecimiento español que hay en Londres, es que no lo frecuenta una persona que no resuelva al mismo. Diariamente se encuentran en el families de las principales casas de España.

Veinte años de éxito atestiguan la eficacia de este potente derivativo recomendado por los primeros médicos para la curacion rapida de los constituidos, irritaciones del pèdo, males de garganta reumatismo, dolores. Una ó dos aplicaciones son suficientes y no causan sino un poco de picazon. Depósito general en Madrid, L. Ferrer y C., Montera, 51, principal; Chicote, Ancha de San Bernardo, 41; Guitari, Cármen, 41.

Jarabe vegetal del Dr. Chable, de Paris, para curar sarripillos, derramamientos, enfermedades venereas Baños interiores, pildoras, pomada anti-berbérica.—Depósito en Madrid Ferrer y Compañía, Montera, 51 principal.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

LINEA TRASATLANTICA PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

- Salidas de Cádiz el 30 de cada mes.
- Salidas de Santander el 15 de id.
- Salidas de Coruña el 16 de id. (escala.)

LINEA DEL LITORAL EN

COMBINACION CON LAS SALIDAS TRASATLANTICAS

Salidas de Barcelona el 22 y 29 para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 9 y 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES.—Cádiz, A. Lopez y C.; Barcelona, D. Ripol y C.; Santander, Perez y García; Coruña, E. Da Guarda; Valencia, Dar y C.; Alicante, Faes hermanos y C.; Madrid, Julian Moreno, Alcalá 28.

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.

Estas pildoras son universalmente consideradas como el remedio mas eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber: a impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las pildoras Holloway, que, limpiando el estómago y los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificacion completa de la sangre, dan tono y energia á los nervios y músculos, y fortifican la organizacion entera.

Las pildoras Holloway sobresaen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestion. Ejerciendo una accion en extremo salutar en el higado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas pildoras, con tal que, al emplearlas, se atengan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va envuelta cada caja del medicamento.

UNGÜENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aqui, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella; circulando con el fluido vital expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, el tic-doloroso, y la parálisis.

Cada caja de Pildoras y bote de Ungüento van acompañadas de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden, en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el profesor Holloway, en su establecimiento central 244, Strand, Londres.

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

COMPANIA DE NAVEGACION. POR VAPOR AL PACIFICO.



LINEA REGULAR SEMANAL.

VAPORES-CORREOS INGLESSES

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARICA, ISLAY, CALLAO DE LIMA Y TODOS LOS PUERTOS DEL PACIFICO

tocando cada 15 dias en Pernambuco y Bahia.

- Salidas... { De Liverpool todos los miércoles. De Santander. } una vez al mes.
- { De Burdeos todos los sábados. De Coruña. }
- { De Lisboa todos los martes. De Vigo. } dos veces al mes.

De Madrid, sábados. Los pasajeros 1.ª y 2.ª pueden anticipar salida.

PRECIO de los billetes.	A Pernambuco, Bahia ó Rio-Janeiro.			A Montevideo y Buenos-Aires.			A Valparaiso, Arica, Islay ó Callao.		
	1.ª Rvn	2.ª Rvn	3.ª Rvn	1.ª Rvn	2.ª Rvn	3.ª Rvn	1.ª Rvn	2.ª Rvn	3.ª Rvn
Desde Madrid (via Lisboa).....	2675	2060	1083	3441	2060	1149	6308	4166	2681
Santander, Coruña ó Vigo.....	2940	1960	1175	3430	1960	1175	7345	4900	2940
Lisboa.....	2700	1960	1175	3430	1960	1175	6700	4200	2800

Los magníficos buques de esta Compañía reúnen todas las comodidades y adelantos conocidos. Tratado inmejorable. Los señores pasajeros que teniendo tomado billete quieran diferir su marcha, pueden hacerlo avisando á la agencia.

AGENTES CONSIGNATARIOS.—Santander, C. Saint-Martin.—Coruña, José Pastor y Compañía.—Vigo, M. Bécena y hermano.—Lisboa, E. Pinto Basto y compañía.

Para informes, tomar pasaje y fletes, dirijirse al agente general de la Compañía

L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12, MADRID.

PLUS DE COPAHU

JARABE DE HIERRO del Dr. Chable de Paris para curar Gonorrhéas, Debilidades del canal y Píldas de las mercuriales.—Inyección Chable.—Depósito en Madrid, Ferrer y C., Montera, 51 pral.

AGUA CIRCASIANA.

Usada por todas las familias reales y toda la nobleza de Europa. Aprobada por los médicos mas eminentes y por toda la imprenta extranjera.

EL AGUA CIRCASIANA restituye a los cabellos blancos su primitivo color, desde el rubio claro hasta el negro azabache, sin causar el menor daño a la piel. «No es una tintura,» y en su composicion no entra materia alguna nociva a la salud; hace desaparecer en tres dias la caspa por inveterada que esté; evita la caída del cabello, y vuelve la fuerza y el vigor a los tubos capilares.

Mas de 100.000 certificados prueban la excelencia del Agua Circasiana, cuyo uso reemplaza hoy en todos los países los otros preparados y tinturas tan dañosas para el cabello.

Precio del frasco 4 pesetas, frascos conteniendo el doble 7 1/2 pesetas. Todos los frascos van en magníficas cajas de carton acompañadas de un prospecto con la marca y firma de los únicos depositarios.

HERBINGS etc. C.
LISBOA.

Véndese en la botica de los Sres. Borrell hermanos, Puerta del Sol, núm. 5.

GUIA MÉDICA DEL MATRIMONIO

é instrucciones para asegurar su objeto moral. Acompañada de direcciones personales de importancia vital, dedicadas a los casados y solteros de ambos sexos. Por el médico consultor

DR. J. L. CURTIS,

Traducida al castellano por D. G. A. Cueva. Un tomo en 8.º de 200 páginas, ocho reales.

POR EL MISMO AUTOR.

DE LA VIRILIDAD

DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

é instrucciones para obtener su completo restablecimiento; ensayo médico, dedicado a los que padecen de resultados de sus excesos, de hábitos solitarios ó del contagio; seguido de observaciones sobre la espermatorrea, la impotencia, la esterilidad, etc.; el tratamiento de la sífilis, de la gonorrea y de la blenorragia; cura del contagio sin mercurio y su prevencion usando la receta del autor. (Su infalible locion.)

Un tomo en 8.º, con 16 láminas, estampadas con tinta de color, al precio de catorce reales, franco de porte.

Véndense estas obras en Lóndres, domicilio del autor, 15, Albemarle st. Piccadilly.

Barcelona, en casa de su editor Salvador Manero, Ronda 128, á donde pueden dirigirse los pedidos acompañados de su importe.

España y América, los corresponsales de la casa.

Los enfermos pueden dirigirse por correspondencia al doctor Curtis, para consultarle, remitiéndole el honorario de 100 reales vellón en sellos de correos.

Consultas en cualquier idioma

Madrid: Librería de San Martín y demás de la capital.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

POR

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto.

Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se halla en las principales librerías.

HEMORROIDES.

Curacion radical por las pil-doras nomada de Escorido, del doctor Leibel (Andrés), Las Pildoras y la Pomada de Escorido, aprobadas por las Facultades de Medicina de París, de Bélgica, de Inglaterra y de Italia, autorizadas en Rusia por el Consejo del Imperio, están dotadas de propiedades muy notables, calman los dolores como por encanto y atacan las hemorroides de toda especie, en pocas dias (sin ninguna pérdida de supuración). El frasco de pildoras de Escorido, 5 f. — De Extracto de Escorido, 4 f. — De Pomada de Escorido, 5 f. — París.—Perceiros, Borrell hermanos, Sanchez Ocaña, M. R. Hernandez, Moreno Mi-quel, Just, Peligros, J. L. Ferrer y C.º.

Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoria y en la practica.

Otra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de All-cante, y de gran aceptación por el comercio en España y América.

Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º protomado, que se vende, 50 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante, Barcelona, Nímb, Espaderna, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillière.—Habana, Cino, Habana, 100.

FOR D. EMILIO GALLUR.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

FOR D. EMILIO GALLUR.

FOR D. EMILIO GALLUR.

FOR D. EMILIO GALLUR.

VERDADERO COW-POX NATURAL. VACUNA SACADA DE LAS VACAS JOVENES

y procedente del Instituto parisiense de vacunacion, fundado en 1864 por el doctor LANGIX, caballero da la Legion de Honor, etc.

Por medio de la vacunacion practicada con el Cow-pox tomado directamente de las vacas jóvenes, no solo se evitan los funestos efectos de la viruela, si no que tambien se está seguro de no inocular otra enfermedad alguna contagiosa, como acontece frecuentemente con la vacunación humana, llamada vulgarmente de brazo á brazo y en partic lar la sífilis, segun resulta de los experimentos hechos con este objeto por la Academia de medicina de París, y otras.

Este nuevo método, dado á conocer por el célebre Dr. Lanox, ha sido universalmente adoptado en Francia, Inglaterra, Alemania, en América, etc.

La vacuna que remite el Dr. Lanox viene en tubitos de vidrio, donde se conserva mucho mejor que en cristales planos es pura y tan eficaz como si se tomara directamente de las vacas. Las remesas se reciben todas las semanas.

Precio de cada tubo, 1.º rs.

Depósito exclusivo para to la España y posesiones americanas, farmacia del Dr. Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 5. Madrid,

FARMACIA DE LOS PANORAMAS
151, RUE MONTMARTRE, 151,
PARIS.

ROB CLERET
DEPURATIVO AL YODURO DE POTASIO.
EL MAS POTENTE DEPURATIVO DE LA SANGRE Y DE LOS HUMORES

DRAGEAS PURGATIVAS Y LAXANTES DE BAUDERON.
Contra las afecciones del Estomago, y de los intestinos, del Hígado y del Bazo, dan inmejorables resultados en todas las enfermedades que producen exceso de bilis y flegma, y en las enfermedades del Cutis, como herpes y diviesos.

PAULINIA CLERET
Contra la Jaqueca, Neuralgias, Afecciones nerviosas del Estomago.

PILDORAS CLERET
Al Yoduro de hierro y de quina, el mas activo de los ferruginosos, y de todos los productos el que mejor efecto tiene contra las calenturas intermitentes rebeldes, combate la causa de la intermitencia y restablece las cualidades primitivas de la sangre. (BOICHARDOT), Profesor de Higiene en la facultad de Medicina de París.

DEPOSITO GENERAL EN ESPAÑA: Sres Y. FERRER y Cia, MORA, 51, Madrid; — Barcelona, Boticas de la Estrella y de MONSERRAT, UNIACH y ALOMAR, plaza del Borne, 6; — Valencia, Boticas de GREGU, ANDRÉS y FABIA, CAPAFONS y DOMINGO, CORONA, BESCANSA BROS y J. VILLAR, Oviedo, E. MARTINEZ y C. SANTAMARINA, Gijón, A. R. S. PEDRO, E. CUESTA.

PARIS 19, Montorgueil **CH. ALBERU** ENFERMED Secretas
Tratamiento infalible por VINO de ZARZAPARRILLA (Precio 24 r.) BOLOS de ARMENIA
51, pral.: F. Izquierdo, Ruda, 14; Puente, Desengaño, 10.

CORRESPONSALES DE LA AMERICA.

<p>ISLA DE CUBA.</p> <p>Habana.—D. Francisco Diaz y Rios. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.º. Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez. Bamba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquin Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Río-Blanco.—D. José Cadenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarien.—D. Hipólito Escobar. Guatao.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Ctmarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Río.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—D. Juan Perez Dubrull.</p> <p>PUERTO-RICO.</p> <p>Capital.—D. José María Sanchez. Arroyo.—D. Isidro Coca.</p> <p>FILIPINAS.</p> <p>Manila.—D. José Villeta. Celestino Miralles, agentes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia.</p>	<p>SANTO DOMINGO.</p> <p>(Capital).—D. Joaquin Machado. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.</p> <p>SAN THOMAS.</p> <p>(Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini.</p> <p>MÉJICO.</p> <p>(Capital).—D. Juan Buxó y C.º. Veracruz.—D. Manuel Ochoa. Tampico.—D. Antonio Gutierrez Vic-lory. Mérida.—D. Rodolfo G. Canton. Mazatlan.—D. Francisco Echeguren. Puebla.—D. Emilio Lezama. Campeche.—D. Joaquin Ramos Quintana.</p> <p>VENEZUELA.</p> <p>Caracas.—D. Martin J. Larralde. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa. La Guaira.—Sres. Salas y Montemayor. Maracaibo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera. Carúpano.—D. Juan Orsini. Barcelona.—D. Martin Hernandez. Maturin.—M. Philippe Beaupertuy. Valencia.—Sres. Jaime Pagés y C.º. Coro.—D. J. Thielen.</p> <p>CENTRO AMÉRICA.</p> <p>Guatemala.—D. Ricardo Escardille. D. Norberto Zinza. San Salvador.—Sres. Reyes Arrieta.</p>	<p>San Miguel.—D. Joaquin P. Guzman. Manuel Soto. Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros. Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez. San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas. Sonsonate.—D. Joaquin Mathé. Rivas.—D. José N. Bendaña. Granada.—D. Zacarias Guerrero. San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina. D. Casto Gomez. Bélize.—D. José María Martínez.</p> <p>NEUVA GRANADA.</p> <p>Bogotá.—D. Lázaro María Perez. Santa Marta.—D. Martin Vergara. Cartagena.—Sres. Macías é hijo. Panamá.—D. José María Aleman. Colon.—D. Matias Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Juan J. Molina. Mompos.—Sres. Ribou y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanaidaba.—D. José Martín Tatis. Sinccelejo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y C.º.</p> <p>PERÚ.</p> <p>Lima.—Sres. Redactores de La Nacion. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. Benigno G. Posada. Puno.—D. Francisco Laudaela. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—Sres. Colville, Danwson y C.º. Arica.—D. Carlos Euler.</p>	<p>Piura.—M. E. de Lapeyrouse y C.º</p> <p>BOLIVIA.</p> <p>La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—Sres. Aguirre-Zavala y C.º. Cochabamba.—D.ª Benedicta Reyes de Santos. Potosí.—D. Adolfo Durrels. Oruro.—D. José Cárcamo.</p> <p>ECUADOR.</p> <p>Guayaquil.—D. Antonio de La Mota. D. L. Abadie.</p> <p>CHILE.</p> <p>Santiago.—D. Augusto Reymond. Valparaiso.—D. Nicasio Ezguerra. Copiapó.—Sres. Roselló hermanos. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate. Santa Ana.—D. José María Vides.</p> <p>PLATA.</p> <p>Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Andrés Gonzalez. Salta.—D. Sergio Garcia. Santa Fé.—D. Remigio Perez. Tucuman.—D. Camilo Caballero. Gualeguaychú.—D. José María Nuñez. Paysandú.—D. Miguel Horta. Mercedes.—D. Serafin de Rivas.</p>	<p>BRASIL.</p> <p>Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crehuet.</p> <p>PARAGUAY.</p> <p>Asuncion.—D. Isidoro Recalde.</p> <p>URUGUAY.</p> <p>Montevideo.—Sres. A. Barreiro y C.º—Don Hipólito Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Morillo y Gozalbo. Colonia del Sacramento.—D. José Murtagh Artigas.—D. Santiago Osoro.</p> <p>GUYANA INGLESA.</p> <p>Demerara.—MM. Rose Duff y C.º</p> <p>TRINIDAD.</p> <p>Trinidad.—M. M. Gerold etc. Ulrich.</p> <p>ESTADOS-UNIDOS.</p> <p>Nueva-York.—M. Echevarria y compañía. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.</p> <p>EXTRANJERO.</p> <p>Paris.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Lóndres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.</p>
---	--	--	---	---

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Política, administracion, comercio, artes, ciencias, industria, literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. Se suscribe en la Administracion de este periódico, calle de San Marcos, número 33, y en las librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de letras, libranzas ó sellos de correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, número 2; Lóndres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. La correspondencia se dirigirá á la Administracion de LA AMÉRICA, donde se reciben anuncios, reclamos y comunicados.